EL ÚLTIMO EDÉN

José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

El sueño de la Última tarde

De los cuadernos del anciano

En el Cortijo de la Viña, ayer por la tarde y después de volver de la huerta de recoger una caja de nísperos, la niña me dijo:

- Este otro cuaderno del Anciano también me gusta mucho.

Me mostraba en sus manos uno de los muchos cuadernos que, como herencia, nos ha dejado nuestro buen amigo.

- Tanto lo recuerdo y tanto recuerdo a las amigas que se fueron al país blanco, que ya ves, a veces parece que nada me consuela, excepto estos cuadernos. Tocarlos, olerlos, repasarlos… ¡Qué hermosos fueron, todos, en nuestras vidas y qué bueno fue él! Ellas, las amigas dulces que dejaron por aquí tantos sentimientos hermosos, siempre estarán presentes en mi corazón y sueños. Por eso, esta tarde, especialmente tengo ganas de que me leas lo que dejó escrito en este cuaderno. ¿Quieres?

Y le dije que sí. Que con gusto yo le leía lo que me estaba pidiendo.

- Lo que el Anciano ha dejado escrito en sus cuadernos, bien lo sabes tú, son trozos de lo mejor de su vida, los sueños de su alma, su testamento.

Y cogí el cuaderno de las manos de la niña, lo abrí y leí lo que sigue a continuación.

“Cayendo la tarde

Como estos días me he quedado solo, sin bullicio en el recinto del rincón pequeño, sin la sierra que me alimentaba y con las calles del pueblo llenas de un calor agobiante, tengo mucho tiempo para meditar. Y medito aunque no quiera porque en el corazón hay un dolor que punza sin parar.

Mi pensamiento se va hacia el futuro como si quisiera encontrar un aliciente que animara o consolara lo suficiente. No lo encuentra y como por aquí se me acaba el tiempo aun se me acongoja más el alma. Intento buscar una idea brillante que me sirva lo suficiente para escribir y encerrar la realidad que tengo pero no la encuentro. Y lo necesito porque lo siento como el único alivio que ahora mismo puede darme fuerzas. ¿Y sabes un secreto que por estos días medito en lo más íntimo? Pues te lo voy a decir para que veas hasta donde es el dolor que llevo dentro: a cada momento, a cada instante, a cada segundo, me paro un rato y alzando mis ojos al cielo le pido al Señor que me lleve. Que me arranque de este mundo. Que me libere de la cruz que ahora llevo sobre mis espaladas porque ya no puedo soportar más tanto tormento. ¿Me concederá el cielo este deseo y sueño dulce?

Y entre todas estas cosas también le pido a Dios que tú, la aurora que has sido desde la luz de la hierba y el amanecer limpio en las altas cumbres, no falles nunca porque de lo contrario no seré capaz de soportarlo y temo lo peor. Rezo con todas las fuerzas que llevo en mí y con los ojos llenos de lágrimas pidiéndole a Dios que me dé una señal para saber que hasta la eternidad podré contar contigo. ¿O también fallarás como han fallado tantos en este mundo? Pero quisiera que Dios me mostrara con claridad lo que en el futuro va a ser. Si tengo que perderte y para siempre, más me valiera saberlo ya y no vivir en la incertidumbre mientras rueda el tiempo para

llevarme al final, a tu pérdida. Quisiera que lo que en el futuro tenga Dios escrito, fuera ya, al fin de no pasar por la tortura de la espera siempre en la incertidumbre y el dolor. Esto rezo y pido a Dios y de verdad que ahora mismo necesito que se me muestre con claridad.

Sigo conmigo solo meditando, ya sin ganas porque hasta el cansancio físico se apodera de mí y todo cuanto pienso se queda sin utilidad. No me sirve en la medida que mi necesidad precisa. Así que aquí me tienes: con un monótono dolor en el corazón que me empuja a meditar por si encontrara algo que me aliviara y nada hay. Dios sí está pero parece como si trayendo más melancolía a mi vida. Es duro, te lo digo. Necesito del calor humano y del consuelo mortal que dan las cosas de la materia. No me apartarían más de Dios sino lo contrario.

Mi razón de existir
¿Quién lo sabe, Dios
mío?
Eres tú, desde luego
en el fondo del río,
en la tarde dorada
que se muere conmigo,
en la lluvia y la nieve
que son mis amigos
desde las horas primeras
de mis juegos de niño.

Mi razón de existir,
el sueño escondido
que entre noches y
días
y tormentos y alivios
siempre va en mi alma
buscando infinitos
y amores de plata
que creo adivino
y hasta bebo su agua
y a veces dolido
lloro y te imploro
por cumbres y ríos.

Mi razón de existir,
hierba y rocío
y por ella, la hermana
que es nieve, viento o
frío
y también la fragancia
que une contigo
por donde las
montañas
y el cielo chiquito
del latir de mi alma
y siempre tú, Dios mío.

Hoy el día se levanta algo gris. Con nubes en el cielo y con una brisa mucho más fresco que ayer. Pero ya por estos días está haciendo gran calor como todos los veranos. Cuando llegan los veranos siempre me quedo solo y en los últimos años, los días que he podido, los he dedicado a recorrer los viejos caminos de la sierra que voy a perder dentro de unos días. Este verano las cosas van a ser distintas. Y lo digo porque aunque sí tendré la posibilidad de recorrer algún camino más en los días que el cielo me regala por estos

rincones, quizá no lo haga. Los ánimos dentro de mí no me preparan para esto. Ya no quiero para nada tener una experiencia más por los viejos caminos de la sierra que amo. Para nada me va a servir y por eso siento la indiferencia.

Y quiero decir que ayer me vine por donde el río diamantino tiene su fuente primera. Es aquí donde viven los pastores amigos míos. Los que conocí y amé hace ya muchos años y no puedo olvidar porque ellos, vosotros como los más importantes, sí me habéis dado calor entre vuestras cosas, personas y casas. En cuanto llego me acogen y me dan a comer sus mejores chuletas de cordero, como durante años y años lo han hecho, me dan agua fresca de las fuentes que brotan por entre los álamos y cuando cae la tarde me voy por las cumbres donde la hermana cruza el campo detrás de sus ovejas. La que hace nada cumplió años, ha terminado su carrera y en su corazón es hermosa porque ama a Dios.

Y a la hermosa me la encuentro sentada ahí: a la sombra de un pino viejo, sobre las cumbres de las rocas blancas y la hierba verde, sola, rezando al cielo y algo llorando. La miro a los ojos y le pregunto:
- Y a ti ¿qué te pasa hoy?
Llora con más fuerza mientras me dice que en el colegio donde ha estudiado, al terminar ahora, le han cerrado todas las puertas. Muchos le han hecho daño a conciencia y otros hasta le han negado la palabra.
- Ahora estoy sola, sin el apoyo ni compasión de nadie y hasta despreciada por el sólo echo de intentar ser buena con todos, según Dios. Este verano, aquí me tienes: con mi título recién sacado y guardando ovejas en la soledad y hondura de estos campos. Y no es que rehuya el trabajo de guardar ovejas por los campos míos. Lo que me pasa es que tiemblo y estoy asustada porque tengo la realidad rota, las puertas del que soñé mi colegio y por eso lo amé puro, cerradas y muchos contra mí. ¿Adónde voy ahora y qué hago yo?

Le doy mi mano porque la siento buena en lo más hondo de mi corazón y luego le digo que acuda al cielo.
- Dios tiene que darte su beso porque a los que él ama no los deja abandonados.
La despido, sin querer porque también necesito calor humano y una palabra que me traiga aliento y sigo subiendo por el camino aunque voy sin rumbo. Del corazón me brota una oración que dirijo al Dios suyo y mío.

“Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso,
cólmala de gozo y vida
y permite que en su seno
florezca luz y hermosura,
el perfume de tu incienso,
el amor de tu ternura
y todos sus benditos sueños.

Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso
y a la que tanto le han roto
hasta cruel y queriendo
constrúyele un edén
en su corazón tan bueno
y que sea ante tus ojos
un jardín florido y bello
donde anide el amor
en rocío que destile cielo
para que siendo la sencilla
entre tantos tuyos pequeños
sea la hermosa a tus ojos
y la bien amada en tu pecho.

Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso,
abrázala en tu calor
de creador y padre bueno
para que la hermana de la luz
que tanto estamos queriendo
ande su camino en la noche
y llegue, en el día, a buen puerto
con las manos llenas y el corazón
de ti hasta el borde lleno.
Cuídala tú, Dios mío
y dale siempre tu beso

Tengo que decir que la hermana, en su cuerpo de carne y hueso, también lleva otro dolor. Una enfermedad que le va comiendo los intestinos por dentro, poco a poco y por eso a veces sangra mucho. Otras veces siente dolor y se queja sólo cuando está junto a las personas en las que confía. Ha ido a muchos médicos, ha practicado varios tipos de gimnasia, toma medicamentos y hierbas de estos campos junto con el agua de siete fuentes para ver si cura. Y en algunas temporadas, se siente mejor pero luego recae y otra vez sangra y siente dolor.

Es una enfermedad que en su juventud tiene aceptada y ofrece a Dios y así vive.

Cuando la veo con este sufrimiento oculto, siento deseos de ayudarle mucho. Tanto que quisiera se curara por completo para que su salud se llenara de vigor y luz. Con su enfermedad sufro pero lo único que puedo hacer es escuchar sus palabras cuando me las quiere decir, rezar al cielo y dejar que las cosas vayan siendo según Dios tenga en sus planes. En más de una ocasión por mi mente ha pasado un raro pensamiento. El de que se pueda morir siendo todavía joven por culpa de esta enfermedad. Si así Dios lo quisiera y se la llevara con Él al cielo, aunque en la realidad de esta vida mía y la tierra me doliera mucho, en la realidad de la vida que esperamos los que creemos en Dios, sería una gran dicha. Saber que estaría en la eternidad, con la belleza y bondad que ahora tiene por aquí, consuela a los que como yo no tienen en este mundo nada más que las esperanza en Dios. Esto he pensado alguna vez y sé que es un pensamiento algo egoísta por mi parte porque lo que en el fondo quisiera es que siguiera siendo la misma que ahora ven mis ojos de carne mortal. Pero yo sé que, en sus planes, hará lo que tenga que hacer. Recuerdo ahora que en alguna ocasión me dijo:
- A lo mejor me muero yo antes que tú.
La flor del río, es todavía joven y yo ya soy un viejo. Casi un viejo por completo y por eso ya me cuesta tanto ir por el mundo, adáptame a él o vivir sus cosas con el entusiasmo y gozo que lo viven los jóvenes de hoy.

Y tengo que decir que como el pensamiento mío no hace nada más que rumiar el momento de mi marcha de estas tierras y personas, al venirme a estas sierras me he traído conmigo papel y bolígrafo. Desde la soledad y belleza de los campos que tan dentro llevo, quiero escribir todo lo que pueda para recoger con la mayor exactitud los sentimientos que por mi corazón pasen en estos rincones y momentos finales de mi vida por ellos. No encuentro ahora mismo más consuelo que esta realidad y el que me pueden dar los pastores que amo.

Pero aun no sabe que me marcho de estas tierras para siempre y tampoco se lo quiero decir. Lo sabrá cuando ya no esté. La hermana, si Dios lo quiere y no pasa nada, el año que viene tampoco estará por el rincón pequeño del pueblo blanco. El rincón que siempre llamó su casa por la de veces que lo ha pisado y se ha sentido bien en él. Así que el curso próximo ni yo estaré ni estará pero sí se queda por sus tierras y mundo mientras que yo viviré lejos y en lo que considero destierro. "Cuando Dios lo quiere así por algo será", es lo que dice siempre. Debe ser por algo y así lo acepto.

Dios mío,
háblale al corazón
en un susurro fino
para que se enamore
tanto contigo
que ya no tenga nunca
más
otro camino
Si no el que representas
tú
con tu cariño.

Háblale al corazón
con puro mimo
y muéstrale con amor
de tu luz, el brillo
para que no tenga más
luz
ni gozo ni alivio
que sólo el que tú
regalas como amigo
y así se quede para
siempre
y haga su nido
al calor que das
en tu edén florido.

Háblale tú, Dios
y que ya recogido
en el dulce beso
de tu aroma vivo
se quede para
siempre
este sueño mío
y contigo y él
muera yo juntico.
cual hermoso lirio
puro de tus valles
y río cristalino
que sólo a ti
pertenece
como Dios y amigo.

Pero venía diciendo que no puedo compartir mi dolor y también lo hago por no agobiarla más. Y a mis amigos los pastores ¿cómo les voy a pedir que me consuelen y sostengan con las luchas que tienen en sus vidas? Creo que es mejor que no sepan nada y así, en los momentos que todavía puedan verme, me vean como lo hicieron siempre. Amigo suyo, que me intereso por las cosas y tareas que tienen entre manos y que de algún modo, puedo ayudarles en algo. Ellos creen que sí puedo ayudarles en algo. Sé que no porque más pobre que yo no creo que haya nadie bajo el sol pero ellos siempre han creído que tengo en mis manos y vida algo que les puede ayudar. Hasta en Dios creen ellos con más sencillez y plenitud

que yo. Por esto creo que es mejor así. Mi dolor es sólo para mí y Dios desde la soledad de mi corazón.

Este verano se lo ha planteado de la siguiente manera: al terminar el curso se matriculó para sacarse el carné de conducir y durante algunos días más todavía se quedó por el pueblo blanco de la loma larga. Luego se examinó y aunque aprobó una parte, le ha quedado el coche para más adelante. Se ha venido unos días con sus padres a la preciosa casa de piedra y asentada sobre piedra donde nace el gran río diamantino y ahora, mientras guarda ovejas y rumia su dolor por estas sierras, espera irse a su campamento de verano. Desde que era pequeña, que estudió en un colegio de monjas en ese otro pueblo de la loma de los olivos, todos los años se va de campamento con estas monjas. La quieren y las quiere mucho. A la hermana alguna vez le han planteado la vocación para religiosa. Cuando hemos hablado de este tema siempre ha dicho:
- Si Dios me llama, aquí estoy pero mientras tanto, seguiré estudiando y luchando para prepararme en la vida.

Pero dentro de los planes que tenía y tiene para este verano también entraba la posibilidad de irse a una gran casa donde crecen pinos señeros y que mira océano. Se irá con su otra hermana donde van a trabajar mucho para atender a los que tienen unos días de vacaciones. Se ganarán ellas algo de dinero pero lo fundamental es que están prestando un servicio a los demás, como siempre dice y al mismo tiempo crecen como personas y por lo tanto, en espíritu. Cuando vuelva de allí, seguirá con la tarea del coche para sacarse su carné y luego se pondrá a preparar la matricula en la universidad de la provincia. Estudiará este año en otra universidad, otro lugar y con otras personas. Por eso ya no la tendría cerca, aunque todavía yo pudiera seguir por mi rincón pequeño. Y como no va a ser así, porque dentro de unos meses también me iré, aun la tendré más lejos. Le veré mucho menos si es que alguna vez más puedo verla y este dolor viene a sumarse a los que antes ya decía.

Por eso ahora, cuando llego a estas sierras como si viniera buscando un remedio para el dolor que traigo dentro y por aquí me la encuentro, la veo y puedo tocar, no me quedo a su lado. Podría hacerlo y sería bueno, para mí más y creo que Dios lo bendeciría pero no me quedo y decido esto por dos razones que considero sublimes: primero porque quiero estar solo en medio de los campos que me pertenecen y le pertenecen para llorar ante Dios lo que tengo que llorar. Y quiero hacerlo en estos campos, los que rodean y dan forma al hermoso rincón donde sus ojos vieron la primera luz que el cielo le regaló. Por donde tengo a los mejores amigos que encontré por este suelo y son sencillos pastores. Y segundo porque de este modo ya me voy acostumbrando a saber que aunque esté y exista no la podré ver ni podré oírla ni tocarla. Y no soy cruel, pensando y actuando así, porque mi corazón quisiera lo contrario y al tomar esta decisión la dignifico. Lo hago por su bien y el mío y el Dios en el que los dos creemos. Dentro de este Dios no quiero perderla nunca.

"Bendícela y llámala, bendíceme y dámela"

Yo sé que muchos dicen, porque algunos ya lo han dicho, que este proceder y sentir es absurdo. Que en el siglo veinte ya no se lleva ser romántico. Que lo mío es de persona amargada, frustrada, solitaria porque fundamento mi vida en el corazón y los sentimientos y esto ya no se lleva hoy. Sé que esto me lo dicen y dirán muchos a lo que yo no puedo responder con otra argumentación sino que tienen razón. Que las cosas serán así y con esta realidad tendré que vivir hasta que muera. No la elegí sino que conmigo la tengo y no puedo arrancarla. Creo que la hermana sí lo comprende y como es buena y muy inteligente sabrá valorar la ofrenda que regalo. Yo sé y sabe que la sed que hay en mi corazón no podría saciarse con lo que le está permitido y, moral y físicamente, puede darme. Mi sed, sólo Dios sabe de qué es, cómo podrá calmarse y qué día.

Y también quiero decir que cuando esta tarde empiezo a irme por los campos que tanto amo, contra nadie traigo odio en mi corazón. Lo podría traer y, con razones, como también le sucede a la hermana pero no quiero darle cobijo dentro de mí porque creo hondamente en lo que tanto me ha repetido: “Ni un pelo de tu cabeza podrían tocarte si Dios no lo permitiera”. Así que ¿cómo odiar o desear el mal a nadie sobre este suelo aunque tuviera razones para ello? En el silencio de mis hondas soledades voy pidiendo perdón cada día, minuto y segundo por todo lo mal que le hice a muchos y el bien que dejé de hacerle, cuando siempre deseé lo contrario. Espero que también sepan perdonarme y me den su abrazo en el Dios que nos quiere. Y este perdón lo pido especialmente para aquellos que ahora mismo tengo en mi corazón y no voy a nombrar porque Dios sí lo sabe bien.

Piso la tierra reseca que hasta hace unos días estaba tapizada de hierba verde y cuajada de rocío y por la estreche veredilla que las ovejas han trazado, sigo remontando. Subo hacia las grandiosas cumbres que coronan a la gran fuente azul purísimo que regala sus aguas al diamantino río. El que surca el recogido y verde valle donde tiene su casa y vive, cuando no está en los colegios estudiando, con sus hermanos y padres. Subo al rincón que me conoce y conozco para quedarme en él y en la total soledad, llorar la despedida de lo que ahora tengo que arrancar de lo más fino de mi alma. Y como este rincón está frente a su valle, su casa, su mundo de infinitos, por donde tiene desparramados tantos sueños, juegos limpios, amores de primaveras, amaneceres fulgurantes, melancólicos días de nieves blancas y atardeceres plateados, aquí me voy a sentir bien mientras trago el último sorbo que me dará la muerte.

Porque en el fondo lo que esta tarde vengo buscando por aquí es la muerte. Mi abrazo definitivo con el Dios que amo y mi desaparición de la faz de la tierra. Esta es la fuerza que me empuja venir a estas montañas y donde únicamente tengo un poco de calor humano.

Recuerdo como la hermana
aquella noche tranquila
en la humilde casa,
me dijo como soñando:
- Al llegar el alba
voy a subir a las praderas
donde ahora pastan
y guarda padre las ovejas
con las cuatro cabras.

El hermano se le quedó mirando
frente a las llamas
de la lumbre que viva ardía
y como quien sueña y calla
murmuró desde el corazón:
- ¡Irte sola por la escarcha
de la sierra honda y a lo ancho...!
Y preguntó la hermana:
- ¿Temes quedarte solo
o temes que en la cumbre alta
me haga yo para siempre
nubes blancas?

Guardó el hermano silencio
y juntito a la hermana
miraba las llamas del fuego,
alegres ellas en sus danzas
mientras rodaba la noche
bien reliada en su capa
y arriba, sobre las cumbres,
la luna también brillaba,
redonda como un mar de sueños
y color sangre aunque malva.

Veinte años han sido los que por aquí se fueron quedando desgranados. Veinte años con los sueños más hermosos de mi vida y dejados en trocicos de amor por cada una de las veredas que surcan a la gran sierra, cada brizna de hierba que por las cumbres brota, cada gota de rocío que tiembla en las verdes ramas de pinos y majuelos, cada fuente, cada arroyo, río, cumbre, nube o llanura sobre las cumbres. Y a lo largo de estos veinte años, con el cariño más grande y siempre vibrando con la belleza, fui recogiendo todas las sensaciones y sentimientos que estos paisajes me transmitían. Más de diez mil páginas con letra menuda tengo ahora escritas donde recojo no sólo los nombres de los sitios, cortijos rotos, cuevas abandonadas, huertos comidos por las zarzas y hornos derruidos sino cada matiz de cada nube, romeros florecidos, gotas de lluvia, trinos de pájaros y copos de nieve.

Me quería traer conmigo estas páginas para repasarla en la soledad de estas montañas y así, por última vez, empaparme hasta lo más hondo de cuanto por estos rincones Dios me ha regalado. Me las quería traer pero no he podido por

el volumen que ocupan y lo que pesan. Y claro que ahora me pregunto, casi cada día y también cuando duermo, que qué serán de estas preciosas páginas que tanto ratos de sueño me han costado y por donde me fui quedando con lo mejor de lo que soy. Me pregunto esto porque en cuanto termine de irme es muy probable que se queden por aquí ignoradas y se pierdan o se pudran para siempre. Y sé que tienen un gran valor porque nunca se creó bajo el sol algo parecido arrancado a estas sierras, sus gentes, caminos y paisajes. Pero cada vez que miro estas hermosísimas páginas mías, siento como si ellas hubieran sido lo más inútil que a lo largo de mi vida realicé.

Rutas con sus datos correspondientes, historias de serranos que ya murieron y otros que se quedaron sepultados bajas las aguas de los pantanos, millones de escenas soñadas por entre los más hermosísimos paisajes, historias de pastores, arrieros, leñadores, sencillas pero sentidas poesías inspiradas en la soledad y belleza de los atardeceres y primaveras de estas cumbres y por eso titulé a estas páginas mías con el más bonito de los títulos: “El Último Edén”, haciendo así referencia a un grandioso jardín que sólo sirviera para que Dios se recreara. Y entre tantas cosas recuerdo, del valle verde donde tiene su nido de amor la hermana, que escribí renglones como estos:

“A pesar de lo bonito y amable de los paisajes que vais cruzando, a cada instante piensas en el momento del encuentro con el rincón en que vive tu amigo el pastor y la hermana. Tampoco sabes por qué pero sientes dentro una fuerza dulce que te atrae hacia ese puñado de sencillas casas. Buenos y muchos recuerdos tienes tanto del trocito de tierra donde se apiñan estas viviendas como de ellos, sus animales, el puentecillo y la noguera grande. También de este amigo tuyo quieres decir cosas, y ello, desde hace mucho tiempo. Hoy puede presentarse el momento que tanto has buscado y deseado desde aquellos primeros días. Es este el rinconcito de tu amada hermana.

Dejáis el camino, porque sigue por el lado derecho del río y os vais hacia las tierras llanas de las riveras que pegan a la misma corriente.
- Por entre esos álamos del fondo, creo que podremos cruzar.
Como vas mirando y no ves ningún puente, le preguntas:
- ¿Hay piedras para saltar por ellas al otro lado?
- Lo que hay son dos palos, troncos de álamos, que pusimos nosotros para colar a la otra orilla. Si no se los ha llevado la corriente, cruzaremos sin problemas.
Miras despacio la llanura que vais cruzando y al verla tan limpia, tan sin barreras y por eso abierta a la gran libertad de la amplitud de estas montañas, los recuerdas. También sabían de la amplitud de los campos por donde toda su vida habían navegado hasta que las cosas cambiaron.

Los viste una mañana y estaban sentados frente al fuego de la chimenea dentro de su humilde cortijo. Junto el uno con el otro, se calentaban del frío que por el aire corría y al mismo tiempo también se daban calor espiritualmente. Se calentaban de los golpes que le estaban dando, los que habían llegado de fuera y se hacían dueños de las tierras. Y como ellos eran pocos, sencillos, casi sin cultura y por eso sin recursos para moverse a fin de defenderse y reclamar sus derechos, de los golpes duros que les estaban dando les costaba mucho levantarse. Su único amparo era acurrucarse frente al fuego de la estrecha chimenea, extender las manos hacia las llamas para recibir el calor, rumiar en silencio la pena de sus almas y dejar que el tiempo pasara, sin saber ni siquiera para qué.

Tú los viste aquella mañana y parecían cuatro cositas de nada. Ni siquiera respirar se les oía y sí crepitaban, de vez en cuando, los tizones de la lumbre y con ellos las chispas que saltaban. Fuera ladraban los perros y se oía el repique de los cencerros al moverse las ovejas. Como con miedo, por el respeto que sentías hacia sus pequeñas personas, te acercaste y después de mirarlos tiernamente, cogiste una silla y te sentaste a su lado. Durante un rato compartiste el calor que brotaba de los troncos y acariciaste la luz dorada que las

llamas desprendían. De reojo los miraste una vez y luego otra vez los miraste frente a frente. Querías hablar porque deseabas oírlos pero dudabas cómo empezar no fueras a herirlos más. Ellos también querían hablar porque sentían que así se quitaban de encima un poco de aquella pena pero tampoco sabían cómo. Al fin rompiste el silencio preguntando:
- ¿Qué es lo que ahora os han roto?
- Nos han cerrado los campos.
- ¿Y cómo se pueden cerrar estos campos?
- Eso es lo que nosotros nos estamos preguntando.

Toda la vida trajinando por estos paisajes, surcando sus veredas, roturando las tierras para sembrar las cuatro cosillas que nos sirven de alimento y siempre los campos libres. Sin ninguna barrera que te impida ir por donde quieras y eso es un gozo. Pero ahora llegan ellos y sin pedir permiso ni avisar siquiera, van y las cierran. Y claro, te enfadas, lloras, sufres y mil veces más te repites que no te gusta porque nunca en tu vida has visto tal muralla y porque, además, te sientes pisoteado, encerrado en una tierra que, siendo nuestra, comienza a estarnos prohibida.
- ¿Pero qué ha pasado?
- Fue tan sencillo como duro.

La otra tarde subimos por las tierras húmedas de la cañada grande e íbamos tan contentos a pesar de esta dura lucha, cuando los vimos. Al asomar al collado se nos presentaron de frente y los vimos allí. No necesitamos decirte quienes eran porque lo sabes y te puedes imaginar lo que hacían.
- Puedo adivinar quienes serían pero lo que hacían, me cuesta más trabajo.
- Pues hacían lo siguiente: en el centro de las tierras el jefe había montado lo que él llamaba una oficina. Una mesa larga, una silla y por lo alto de la mesa, muchos papeles. Desde allí miraba y dando órdenes decía: “Ahora tirad para allá y clavad las estacas siguiendo aquel arroyo. Cortad ese árbol, pelad sus ramas, sacad tablas y construir la puerta. Ponedla luego en la

entrada del collado y cerradla bien. Revisad aquel portillo y tened cuidado que por aquellas rocas no quede ningún paso”.

Al ver lo que allí se estaba haciendo y sentir lo que se decía, durante un rato nos quedamos quietos intentando descubrir más detalles. Luego nos acercamos y desde fuera, frente a la puerta grande que cerraban, miramos al que estaba dentro y nos atrevimos a preguntar.
- Si es que se puede preguntar.
Le dijimos.
- Sí que se puede y está bien que lo hagáis. ¿Qué queréis saber?
- ¿Pues qué son estos alambres encerrando las tierras que hemos pisado a lo largo de los siglos?
- Vuestras ovejas se comen todo lo que la tierra cría y como a vosotros os da igual que el campo tenga flores, árboles bellos o aguas limpias, la única manera de que los pinos que hemos sembrado crezcan, es cercando las tierras para que no paséis por ellas. ¿Lo quieres más claro?
Le dijimos que no, que estaba bien claro y para confirmarlo lo estábamos viendo con perfecta nitidez.

Pero, aunque él nos cerró la entrada, nos quedamos frente a aquella puerta con el pellizco cogido en el alma y el deseo de hablar. Necesitábamos hablar de persona a persona para que ellos también notaran que aquello nos dolía mucho. A lo mejor no hubiéramos solucionado nada porque a lo mejor tampoco hubiéramos llegado a un acuerdo pero aquellas personas nos hubieran dando una oportunidad. Nos hubiéramos desahogado y puede que eso ya hubiera sido gran cosa. Habría sido un consuelo y puede que hasta hubiéramos llegado a un acuerdo razonado y humano.

Pero como vimos que no era posible, nos vinimos. Nos metimos en este cortijo nuestro y frente a la lumbre que estás viendo, nos sentamos. Nos pusimos a mirar las llamas que danzan y mientras en silencio dejamos pasar el tiempo, no paramos de pensar en lo que ellos han hecho con nuestras

tierras. No se va de nuestra mente la imagen de esos alambres cortando el paso por los caminos ni la terrible puerta gritando prohibición. Cuando has llegado hace un rato nos has preguntado por lo que ha pasado. En un momento y con dos palabras ya te lo hemos dicho. Hablar más o decir esto o aquello, no dejaría más clara la realidad ni serviría para cambiarla.

Ellos guardaron silencio y a su lado seguiste todavía durante un rato más. Luego saliste y al mirar y ver lo que por las riveras del río se extendía, comenzaste a comprender. Si algo tienen de grandioso estos rincones es precisamente esa gran sensación de libertad, de campos abiertos hacia infinitos profundos y eso es normal que los serranos lo conozcan. Quitarles sus tierras y prohibirles andar por los caminos llevando sus rebaños a pastar por las praderas, también es normal que para ellos sea casi la muerte. Los que venían de fuera ¿cómo fueron capaces de aquel atropello y declarar luego que era en beneficio de los propios serranos?

Ahora, esta tarde de sol dorado y de paisajes grandiosos que se despiertan para saludar tu presencia por el rincón, mientras cruzáis las tierrecillas de la huerta en busca del paso que tu amigo dice, recuerdas lo de ellos aquel día.
- Nosotros nos vamos a ver si podemos colar por aquí y ellas que cuelen por allí.
Te aclara tu amigo. Como no ves camino ninguno, le respondes:
- Por allí no van a poder colar ellas.
- Ya les he indicado que sigan y en Fuente Segura nos encontramos.
Las miras allá a lo lejos mientras te entretienes en la curva que el río traza. ¡Qué bonito es esto! Se ve la corriente aplastada, casi fundida con la tierra y lleno, el cauce, a rebosar.
- ¿Cómo se llama por donde queremos pasar?
- Esto se llama la alameda del tío Pasiano.
Dos palos puestos de un lado a otro y por ellos cruzáis al otro. A la hija y su amiga, se les ve por la otra orilla, mucho más

remontadas pero al mismo tiempo también mucho más lejos. Tendrán que dar una gran vuelta para llegar a las casas de la aldea que es donde habéis acordado juntaros. Nada más cruzar, comenzáis a pisar la tierna hierba de la extensa pradera.

- Esto sería una chopera, en sus tiempos ¿Verdad?
Le preguntas.
- Era la Chopera del Rallao. Y de aquí para abajo, de este lindazo para abajo, es donde estuvo el vivero que antes te decía. Aquí enfrente tenemos la montaña y lo que se ve desde ahí para arriba, es de una hermana mía.
Miras hacia el fondo del valle, por donde habéis subido y se pierde el río, y al descubrir que habéis remontado mucho, le preguntas:
- ¿Qué distancia habrá desde las casas de la aldea hasta el nacimiento del río?
- Serán cuatro o cinco kilómetros.
- Si no podemos llegar porque se cansen, nos quedamos por las casas.
- Sí llegamos, ya verás.

Al frente y ya cerca, os quedan las rocas que sirven de puerta al segundo valle. El valle de la hierba verde y la luz azul que sirvió de cuna a la hermana del alma. La primera cerrada que el río cortó para escaparse de su primer charco, justo donde surgía a la luz. Tienes también ganas de encontrarte caminando por entre este abierto y corto desfiladero por la belleza que ahí se concentra. Lo miras, mientras sigues a tu amigo y no dejas de decirte que esta imagen se parece a la que dentro llevas. Aunque la segunda es más grande, más profunda, mas llena de sombras misteriosas allá perdido en unas lejanías casi imposible de penetrar. Es el barranco hondo que para ti llamas “donde duerme el misterio”, por ese secreto apagado que sólo contigo convive. Le has preguntado a tu amigo y te ha dicho que luego, uno de estos días, vais a bajar a ese barranco. Y esto te ha preparado el ánimo por el tiempo que llevas esperando.

Pero ahora, mientras camináis por las tierras de la suave ribera del río diamantino sólo a unos metros donde éste nace, se te viene a la mente la imagen de aquel día ellos bajando en busca de la misteriosa aldea. Y se te viene también a la mente la imagen de ese que ahora anda recorriendo estas tierras con el proyecto de sacar un gran mapa a flote. Te lo encontraste el otro día y como le preguntaste, te respondió diciendo:

- Es el mejor mapa que nunca se ha realizado en estas sierras.
- ¿Y para qué servirá ese mapa?
- Para que los turistas vengan y al mismo tiempo que conocen las sierras, recorriendo los caminos, los cortijos y las aldeas, dejen dinero. Será un mapa único y con un trabajo de campo nunca hasta ahora visto.
- ¡Pues qué bien y qué estupendo que traigáis más turistas a estas tierras!

Luego quisiste decirle lo que pensabas sobre este mapa y las consecuencias que en el futuro pueda traer para estas tierras pero no te atreviste por miedo a que dijera que ya estabas criticando. Pero sí le dijiste que en el fondo, aunque la idea y el proyecto es grande y bonito, no te gustaba totalmente.

- ¿Por qué no te gusta?
- Es cuestión de pequeños matices, sensibilidad y principios pero no quiero entrar en el tema. Quizá merezca la pena ese mapa y por eso sácalo adelante. Luego, ya veremos.

Pero lo de la aldea, su misterio y el barranco profundo por donde se esconde, no se te borra del recuerdo y por eso ahora, sin saber por qué, se te abre pletórica de fuerza. Ves una senda casi borrada, que cruzando la llanura de las cumbres, desciende por la ladera hacia la oscura brecha por donde el río corre y se pierde. Y los ves a ellos, bajando lentos en busca de la misteriosa aldea. Hoy, con el joven, va la niña y la madre. Su propósito es llegar hasta la aldea que se aplasta al tiempo que se alza y descansa junto a las mismas aguas del río. En las tierras llanas del otro pequeño valle, bajo las rocas de la ladera y entre la espesura de los árboles. Y su propósito

hoy, es llegar a la casa de su amigo para preguntarle por la abuelica.
- Dicen que está peor pero ya veréis como se anima en cuanto nos vea.
Comenta el joven.
- Pero yo creo que no llegamos a tiempo.
Responde la madre.

Y lo dice porque la tarde cae y las nubes negras cubren amenazantes las cumbres del otro lado.
- Llegaremos a tiempo y si luego no tenemos luz del día para regresar, le pedimos a nuestro amigo que nos dé cobijo. Dormimos esta noche en la aldea y mañana temprano salimos de regreso.
Argumenta el joven.
- Pero sabes que la senda, al pasar por la asperilla que cae al río, se ha borrado casi por completo. Si nos quedamos sin luz del día, nos costará mucho pasarla y si, además, la lluvia cae, como parece que va a suceder en cualquier momento, ¿dime cómo vamos a bajar hasta la aldea?
Sigue preguntando la madre.

Ya han cruzado la llanura que se extiende por la cima de la cumbre y remontan la tierrecica suave que se asoma al río. Al volcar queda la ladera y mitad de ella, el cortijo de las nogueras. Más abajo ya salta la corriente y al otro lado, el otro enorme barranco oscuro. Por encima, y a un lado y otro, se levantan las rocas formando escalones hasta terminar en cumbre y entre las grietas y las repisas, crecen las encinas. Espesos bosque de encinas milenarias que cuelgan amenazantes con la belleza del vacío a sus pies y el temblor que les imprime el vientecillo que asciende del barranco.

Ya han cruzado la llanura que se extiende por la cima y por la derecha les va quedando la ladera del arroyo mediano. Algo más abajo se hunden ladera y cauce y por la asperilla naranja que por este lado del río se alarga frente a la aldea, se ve la borrosa senda. Una chispa de senda tallada en la pura

roca y retorciéndose de acá para allá mientras caen para la rivera del río. Por ahí chorrea el agua que las nubes han derramado en las partes altas y por el arroyo que va por el centro, también se despeña la corriente.

Durante toda la noche la lluvia ha caído sin parar y aunque a media mañana ha aclarado un poco, cuando ya por la tarde va apagándose el día, las nubes se tornan negras y amenazan lluvia otra vez.
- Tú decides lo que hacemos pero si la lluvia cae y el día se acaba, lo mejor es que nos quedemos en el cortijo de las nogueras. Esto te lo digo porque también es bueno que lleguemos a saludar a nuestros amigos.
Dice otra vez la madre.
- También tienes razón y de este modo, si ya esta noche no llueve, al amanecer mañana nos será fácil cruzar las rocas húmedas de la senda cuando pasa por la asperilla.

Y nada más terminar de pronunciar estas palabras, la lluvia comenzó a caer. Las nubes negras que amenazantes cubrían las cumbres, llenaron el barranco desde la parte alta y comenzaron a dejar sus gotas. Al sentir el agua chorrear por sus caras, los tres aligeran el paso descendiendo por la ladera con el cortijo ya a un tiro de piedra.
- Pues a pesar de esta lluvia y la luz del sol que se apaga, en cuanto lleguemos al cortijo ¿vosotros sabéis lo que yo voy a hacer?
Dice y pregunta la niña de pronto. El joven, que la lleva cogida de la mano porque “este ángel dulce”, como él la llama, es el gozo supremo de su alma, le pregunta:
- ¿Qué es lo que vas a hacer?
- En cuanto salude a vuestros amigos del cortijo que son también mis amigos más queridos, me voy a ir por el trozo de sendilla que baja hasta el río. Lo voy a cruzar por las piedras gordas que en la corriente pusieron y voy a subir ese otro trozo de sendilla que va por aquel lado y desde allí ¿a ver si adivináis a dónde quiero ir?

Como el hermano la conoce y conoce con todo detalle el rincón de la sendilla que sube, le dice:
- Adivino que quieres ir al misterio del segundo barranco oscuro que le entra al río por aquel lado.
- ¿Y para qué crees que quiero ir a ese barranco?
- Eso también me lo sé de memoria. Quieres hacer una visita al charco largo y verde que se esconde entre las negras sombras de los fresnos. ¿Me equivoco?
- No te equivocas y ahora que lo has mentado ¿te pregunto lo que tanto me intriga?
- ¿Qué es lo que quieres saber?
- Lo del barranco, su oscuridad, la transparencia de esa agua, la sombra de los árboles y la sendilla que por allí sube ¿qué es lo que esconde y por qué resulta tan extrañamente bello?
- Eso te lo diré luego cuando lleguemos porque aunque está lloviendo y la noche ya empieza a cubrir los bosques, yo te quiero acompañar por ese barranco.

Y esto se lo decía el joven por lo que tan hondo llevan en su corazón. Tantas veces había jugado ya con la niña por el barranco y el borde de aquel remanso verde oscuro, que venir ahora por aquí y no irse con ella a repetir el juego de siempre, era algo casi imposible. ¿Qué tenía el barranco, el charco oscuro, la sombra densa y la profundidad del cañón por donde bajaba la corriente? pregunta imposible de contestar como tampoco era posible contestar qué tenía la aldea pequeña aplastada allá a lo lejos, las aguas delicadas del río y la roca sudando chorrillos limpios a un lado y otro de la senda.

Los viste aquel día a ellos bajando hacia la misteriosa aldea y luego apartarse del camino y, mientras la lluvia los iba empapando, irse en busca del cortijo. Viste como los granizos cubrieron la tierra que pisaban y luego viste como al llegar al cortijo, lo primero que hicieron fue pararse y mirar hacia la aldea. Viste como la vieron escondida allá en lo hondo y tan repleta de misterio, mientras la lluvia caía, la noche llegaba y la niebla se alzaba barranco arriba. Viste luego como el hermano se fue con la niña de la mano y saltaba la corriente del río

limpio. Viste esto y mucho más, todo ello como en un sueño pero al mismo tiempo, tan real y dulcemente bello que luego pasado el tiempo no se te ha borrado jamás.

Aun los sigues viendo dentro de tu alma y lo mismo que la niña preguntaba por el misterio del barranco, te sigues preguntando: ¿Qué tiene el barranco, la sombra que lo cubre, el silencio que lo arropa, la senda y la aldea allí aplastada que después de la visión de aquel día, dejó tan dulce sabor dentro de tu alma? Y aun más: ¿Qué tenían ellos y aquella tierna niña, imagen de lo frágil y puro, que da tanto gusto recordarla y a pesar del tiempo no se borra nunca?

En vuestro recorrido hacia el nacimiento del río, ahora andáis frente a lo que él dice se llama el Huerto Geromo. Es justo por la hondonada en que sube la hija y con su amiga desde aquel lado del río.
- Y el vallejo que se ve algo más arriba es el que aquel día te decía se llama El Vallejo de Valle Joroca. Como puedes comprobar, queda por debajo de Fuente Segura.
Cruzáis unas tierras labradas y ya estáis caminando por el borde de la acequia que tu amigo quiere canalizar. Miras despacio y ahora te das cuenta de lo que él quería explicarte. El cauce del río, al salir de la cerrada que pega a las casas de Fuente Segura Bajo, se tropieza con un limitado montículo y por eso se desplaza un poco hacia el lado del poniente. Es la primera gran curva de este río y es la que ahora mismo recorre la hija con su amiga. Pero como el cauce se desplaza hacia ese lado, la tierra que pega a la corriente, que es el huerto de tu amigo, queda algo más baja que el cauce. Desde más arriban cogen el agua para meterla por la reguera y claro, al pasar por este trozo de terreno, sucede lo que tu amigo te ha explicado. Desde la acequia el agua se filtra e inunda las tierras de huerto. Ahora lo comprendes con claridad porque lo estás viendo.

A la izquierda os va quedando la pared de rocas que forma el espigón que ha cortado el río.

- Cuesta de Los Mulos, es como se llama la parte alta del monte que nos va quedando a la derecha. Por ahí va el camino que llevaba la gente para ir a la aldea de Los Centenares y por ahí hay un sito que le dicen los Corralejos que es por donde también pasaba el camino.
Para ti piensas que un día de estos tienes que ir por las ruinas de las aldeas de las Espumaredas, los Centenares y las Canalejas. Las tres quedan por ese rincón de la sierra y a las tres las tienes apuntadas en la lista de las cosas bellas, para en su momento, rescatarlas del olvido. Hoy no le dices nada a él.
Seguís subiendo y cuando ya estáis casi en la entrada de portillón, te vuelve a dice:
- Desde donde yo tengo las tierras del huerto hasta este punto, todo era de mi abuelo. Y desde la huelga esa, que es mía también, empezaba otra vez el abuelo, por aquel lado y llegaba hasta allá abajo.

Ya habéis dado la curva siguiendo el cauce y al frente veis el corte de la cuerda que las aguas han trazado en las rocas. Al otro lado se ven unas peñas grandes que llevan por nombro las Piedras Gordas.
- Esto que nos queda más cerca, desde siempre le hemos dicho el Charco del Tejo.
- Y el portillo por donde el río se cuela ¿cómo se llama?
- A todo esto le decimos nosotros la Huelga Carrasco. Y es porque era de uno que le decían Carrasco. Las casas que ya estamos viendo, es lo de Fuente Segura o el Cortijo Penca. Todo lo que sigue hacia allá, es Poyo de la Iglesia.
Frente, arriba y a la izquierda, en lo alto se ve una gran peña cubierta de hiedra. Un magnífico espigón que bien podría ser el aguilón que vigila al valle.
- ¿Y estos arbustos que vemos pegados a la corriente?
- Son mimbreras.
La primera noticias que tienes de que aquí, donde nace el diamantino río y a estas alturas sobre el nivel del mar, crezcan mimbreras. Plantas que ellos siempre han aprovechado para fabricar cestas y otros utensilios útiles en los cortijos.

Una gran noguera al frente y los álamos un poco antes de las primeras casas. Ya estáis llegando y lo primero que se te presenta con toda fuerza no es la realidad presente sino lo que emergen desde el fondo del tiempo. Un trozo de vida, durmiendo ahora ya en el recuerdo pero lleno de vigor que navega por entre las cosas que se han clavado en tu alma. A tu recuerdo acude aquella tarde de la tienda montada junto a la corriente de este río, tus compañeros saltando y corriendo por la corriente y la niña entretenida en el charco algo más abajo. También acude a tu recuerdo, la casa, ahora aquí solitaria, llena de desconchones gritando la presencia de los que la habitaron y ya no están. Y el otro recuerdo, es el de aquel día del incendio en el monte y, al caer la tarde, los campos llenos de ceniza, humeantes y solitarios. Tres trozos grandes recortados del gran trozo de estas sierras que no mueren jamás a pesar del tiempo que ha pasado. Y parece que ello ahora se te presenta con esta claridad para que no olvides que el presente, lo que esta tarde respira por aquí y mucho de lo que aún queda por llegar, se cimienta sobre aquello que fue y ya pasó a lo eterno.

De la casa desconchada recuerdas varias escenas hermosas. En la puerta ellos tenían unas cuantas macetas llenas de plantas que al llegar la primavera, cada año florecían. Nada importante pero aquello era el signo de la vida y daba su toque de alegría por la puerta y las paredes. Llenaba de verde las mañanas de aquellas primaveras y transmitía calor de presencia humana cada vez que las veías y a ellos trajinando de acá para allá. Cuando por la puerta los niños se entretenían en sus juegos, desde su silencio humilde, acariciadas por el sol y los chorrillos de vientecillo que pasaban, las macetas llenas de plantas, vigilaban calladas y embellecían el escenario. Cuando los mayores llegaban del campo lo primero que del hogar amable les salía al encuentro eran los tallos verdes de las macetas adornando la puerta. Casi nadie les prestaba atención porque estaban allí, crecían, florecían, se marchitaban y volvían a brotar y eran como el termómetro de la vida, marcando el ritmo de los días y de las horas, sin apenas ruido.

Todo fue así de sencillo, bello y grande hasta que ocurrió lo que nadie quería. Una mañana se fueron ellos, no se sabe a dónde, o por lo menos no lo sabes y la casa se quedó cerrada. La puerta se quedó sin el juego y presencia de los niños, las macetas se quedaron si manos que las regara y por eso las plantas se secaron. El caminillo, la entrada y el río mismo también se quedaron sin la presencia de ellos. Y hasta el montón de leña seca para la lumbre de la chimenea, que casi eterno en la puerta se veía, desapareció para siempre. La puerta de la casa perdió su color y las viejas cerraduras se oxidaron.

Por el ambiente, el aire parece que los rezuma y a todas horas grita llamándolos. Y por eso ahora, cuando acabas de penetrar en el rincón, lo primero que has notado ha sido su ausencia. Te das cuenta que las macetas se han secado y las que todavía quedan por aquí, hasta la tierra la tienen derramada y convertida en polvo. Por las paredes de la casa se ven los desconchones y por el silencio de la tarde, aun siendo hermosa y pura, los notas ausentes. Una realidad dura, sangrante y dulce al mismo tiempo que amorosamente grita sus nombres e inútilmente pide que vuelvan. Y por eso una vez más te dices que esta es tu sierra amada con su cara verdadera de lucha por la vida, la belleza siempre palpitando y a su lado, punzando el vacío de la ausencia y la muerte.

El otro recuerdo que ahora se te agranda con la fuerza de lo que no muere nunca, es el incendio de la ladera, el humo alzándose desde los barrancos y las cenizas amontonadas donde crecían los milenarios robles. Lo viste aquella tarde y para empaparte más de lo que allí ocurrió, te fuiste por la tierra de la colina. Desconcertado ibas y abrumado por lo que a cada movimiento pisabas. A un lado te quedaba la ladera que vuelca al río y sobre ella, las hondonadas repletas de nogueras.
- ¿Qué ha sido lo que ha pasado?

Le preguntaste al pastor, que había madrugado más que tú y que ya miraba desde lo más alto.
- Anoche ardió todo este monte y ahora ya lo estás viendo: ni una rama verde queda y los gruesos troncos que han resistido, lentos se los está comiendo el rescoldo en compañía de la tarde que cae.

Lo miraste despacio y seguiste mirando el campo y como en tu alma sentías casi la misma tristeza que él en la suya, le quisiste preguntar cómo había sido y por qué pero no te atreviste. Sabías lo que te iba a responder.
- Y qué importa por qué y cómo haya sido. Lo que sí está claro y ahora duele es que ayer por la tarde esto era un bosque grande, repleto de hojas verdes que se mecían al viento y más repleto de vida silenciosa. Sólo unas horas después, ya estás viendo lo que es: tierra yelmo, negra y achicharrada, cenizas grises que se lleva el viento y chorros de humo blanquecino que trazan sendas blandas camino de las nubes. ¿No lo ves?
Te decía él al tiempo que con el puño de su mano despachurraba las perlas acuosas que le brotaban de los ojos.
Y sí que lo veías y hasta querías llorar en su compañía.
- Porque ahora ¿sabes lo que dirán?
- ¿Qué es lo que dirán ahora?
- Que el monte lo hemos quemado nosotros, los pastores de estas sierras, porque estamos enrabiado por las tierras que nos quitan.
- Y a mí que soy tu amigo, ¿qué verdad es la que me cuentas?
- La misma que le diré a todo el mundo: el monte no lo quemamos nosotros, porque desde que en estas tierras caminamos, lo estamos necesitando para vivir. ¿Quién puede destruir aquello que es el sostén de su propia vida?
- Yo creo lo mismo: que nadie es capaz de destruir lo que necesita para respirar y comer pero también creo que eso es lo que dirán: “el monte lo habéis quemado vosotros”.
- Pero ahora, fíjate despacio y dime qué te grita lo que tenemos delante.

- Mirando despacio y sintiendo lo que me quieres decir, vengo todo el rato y lo que me grita, ya lo sabemos y lo sentimos. En la ladera no hay una mata verde y sí muchas piedras negras y tizones humeantes. El viento que pasa sube caliente y los pájaros que vuelan no tienen una rama donde posarse. El arroyuelo que baja desde las cumbres, corre solitario sin ni siquiera una mariposa que revolotee por encima y las cenizas, son lo que ya me decías antes: pavesas color plomo que se van de acá para allá como buscando un sitio en el espacio para desaparecer para siempre. Esto es lo que veo y aun así, me pasa como a ti: no quiero creerlo.

Este es tu segundo gran recuerdo al pisar las tierras de la aldea pequeña y a pesar de todo, te dices que el paraíso late por aquí. Al ver el rincón y las casas de la escondida aldea tan cerrada, hablas con tu amigo y le dices:
- Sin verlo, sé que en otros tiempos estas tierras de la rivera del río estarían todas bien cultivadas y sembradas con toda clase de hortalizas y legumbres ¿me equivoco?
- No te equivocas porque es verdad. En otros tiempos no había dinero pero tampoco había hambre entre las personas que por aquí vivíamos. ¿Por qué? Eso estaba claro: el que no recogía para el año entero, recogía para nueve meses y lo que le faltaba, se lo prestaba el otro. En estas tierras nunca hubo hambre: venía la gente de Villanueva, de Torafe y otros muchos sitios a pedir aquí. Dinero no había pero un trozo de pan que llevarse a la boca, siempre hubo y al que le faltaba, se lo daba el otro.

Todas estas tierras que desde aquí para arriba hacia donde nace el río, estamos viendo, siempre estuvieron sembradas. Las laderas que nos quedan frente y al otro lado, también se sembraba. La gente, hasta con los “azaones” excavaba para mover la tierra y sembrar lo que pudiera. Las umbrías que estamos viendo a ese lado del valle, yo las he conocido sembradas de centeno. Ahora viene por aquí la gente y se lo dices y lo primero que te responde es que eso no puede

ser. Pero yo te digo a ti que pudo ser porque con mis ojos lo he visto.

Estáis cruzando la cerrada que el río ha tallado conforme fue cortando las rocas del espigón para escaparse de su primer valle. Por donde se pone el sol os queda un gran picón y arriba, sabes que crece la noguera.
- Es ahí donde se encuentra la Loma de las Eras. En el mismo centro crece la noguera que antes me decías y te decía.
Por lo hondo del valle, vais pasando por entre las nogueras y los chopos. Miráis para atrás y las veis acercarse.
- A la derecha, según vamos subiendo, nos encontramos la casa de Bernardo y de Longino que son los propietarios y ya por aquí para arriba, la de Amador, Ignacio, la hermana Frasia, la Elisa y otros vecinos más.
- ¿Y la casa de uno que hace tiempo conocí y se llama Enrique?
- Esta que tenemos casi al final, es.
Las que han subido por el otro lado del río, se acercan a vosotros. Os alegráis de verlas otra vez y al preguntarle, la hija te dice:
- De chica, yo he venido mucho a esta aldea.
- ¿Y a qué se debían tantas visitas?
- Venía a ver a mi amiga, nada más. Desde chicas hemos sido buenas amigas. ¿Lo sabías?
- Sabía algo, porque eso se ve pero hasta dónde y cómo es esa amistad, si no lo explicas ¿cómo se puede conocer?
- Es que para mí no es fácil decirlo con palabras y si, como dices ya se ve, ¿de qué otro modo lo puedo poner más claro?
- Sólo tú lo tienes dentro y lo sientes. Las palabras serán torpes pero siempre que se habla desde el corazón, surge el lenguaje de la verdad más limpia. Eso se entiende aunque se diga torpemente. Habla con esa verdad para que tu amiga lo sepa. ¿No merece vuestra amistad un gran puñado de flores frescas para que se regocije y goce?

Tienes que aclarar que ella, además de ser la amiga de la hija, es la segunda hija de tu amigo el pastor y hermana de la

niña. Esta hija suya estudia en el mismo colegio y es también otro tesoro, como tesoros son cualquier serrano, viva donde viva.
- ¿Y desde Pontón venías andando hasta aquí sólo para ver a tu amiga?
- ¡Claro! Por aquí, por donde hemos entrado hoy, me echaba yo siempre. Cuando no era para verla a ella, me venía con mi tía al huerto que tenía ahí más abajo. Mientras ellos excavaban las patatas yo me dedicaba a jugar con la corriente del río y con la tierra de los surcos. Esta de la farola, es la casa de mi amiga. Fíjate como se adentra en las rocas de la ladera y lo bonita que es.

Ni su familia ni ella hoy están en la casa. Cada año, al llegar el invierno, se van con las ovejas a las tierras de Sierra Morena. Por esto hoy la casa está cerrada y la aldea un poco más sola. Como tantos otros pastores por estas tierras, hasta mediado de mayo, no regresarán. En invierno se van de aquí para librarse de las nevadas y en verano acuden porque es cuando las tierras de estas montañas presentan sus mejores praderas para el ganado.
- ¿Qué le decimos a tu amiga, desde aquí y ahora mismo?
- Como sabes, yo la veo todos los días pero piensas bien creyendo que ahora que pasamos por la puerta de su casa y en esta tarde solitaria, es bueno tener un recuerdo para ella. La veo ahora mismo allá en Úbeda, liada con sus libros. Y esto me indica, una vez más, que mi amiga es la muchacha más trabajadora que he conocido en mi vida. Tiene las ideas claras y, como desde hace mucho tiempo se ha propuesto escaparse de estas tierras y el sistema de vida que hasta ahora por aquí se da, lucha fuerte para enfrentarse a la realidad que persigue. Y lo conseguirá. Desde aquí y ahora, yo la animo para que no decaiga hasta que logre lo que en su alma sueña. Mi amiga se lo merece y por estos valores y el rincón tan bonito donde vive, es por lo que tiene dentro de mí, el mejor trocito de lo que soy.

También te alegras ahora de oír a la hija paseando, el cariño que siente por su amiga, por las tardes de estas sierras.

Te alegras de pisar las piedras que les pertenecen a unos y a otros y para llevártelas un poco más contigo, en el corto puente que cruza el río, os paráis un rato para hacer dos fotos con el fondo de las rocas que se visten de hiedra, ahí, donde parece que se remansa ese borbotón azul que un día dará consuelo a tu alma. Te acercas a la corriente y al rozarla, porque pretendes que salga un trozo en primer plano, se te viene al recuerdo aquella mañana, el joven saltando por la otra corriente y rescatando de ella un choto de cabra montés. Los viste como subía por la estrecha senda que se empina loma arriba. Y enseguida, lo primero que pensaste, es preguntarla a dónde iba.

- ¿Es que no lo sabes todavía?
- Lo intuyo pero si lo oigo de ti, perece que me deja como más repleto.
- Pues voy sediento y busco la fuente que calme mi sed.
- Ahora ya lo entiendo y por eso un poco también me voy contigo.
- A cada instante veo un reflejo de ese manantial, siento un trocito de su melodía, intuyo las praderas por donde nace pero no lo encuentro del todo y como sé que está ahí, lo busco porque tengo sed y quiero saciarme hasta morir.

Viste como alcanzó el bloque de rocas que se clava un poco ya donde el collado se remansa, y se fue por el lado del poniente. Atravesó el espeso bosque de carrasca y al coronar el collado, se vino hacia el lado norte siguiendo la senda. Desde este punto, el caminillo corta la ladera en busca del barranco al tiempo que sube paralelo al cauce del arroyo. Sólo que el cauce baja y la senda sube buscando el rellano donde se juntan los barrancos, las fuentes manan y el arroyo nace.

Tanto él tiene recorrido este trozo de sierra, que hasta con los ojos cerrado se siente capaz de subir y llegar al final. Y por eso conoce a fondo no sólo los árboles que junto a la senda crecen, sino las piedras gordas que a un lado y otro se alzan y hasta los chorrillos de aguas limpias que por aquí y allá van surgiendo.

- ¿No son estos, parte de esos chorros que buscas?
- Son parte o más bien reflejo que me encandilan y nunca puedo ni tocar en plenitud ni tampoco saciarme hasta lo hondo. Estos chorros de agua brotando de entre las peñas que caen por la ladera, es lo que siempre me ha fascinado al tiempo que en más de una ocasión me han complicado el paso. Cuando llega el invierno y caen las lluvias o las nieves se amontonan por las partes altas, la ladera y las hondonadas que la senda va cruzando, se convierte en un puro manto de agua que brota sin parar. Y hoy es uno de esos momentos. Tres días lleva ya lloviendo y cuando esta mañana las nubes han despejado el cielo, el agua corre a raudales por cualquier trozo de tierra o roca. El arroyo que acompaña a la senda, baja tan repleto que más parece un río desbordado o una cascada sin fin que lo que en el fondo es. La corriente salta, despeñándose de charco en charco y al tiempo que salpica el aire de espuma brillante, llena el ambiente con su bramar ronco y trascendente.

Pero lo que al joven le preocupa es la senda que va recorriendo. Sabe que al final, cuando ya se aproxima a la llanura donde confluyen los manantiales y se forma el arroyo, se complica mucho. La pendiente se pronuncia peligrosamente y las losas de las rocas, pavimentan todo el suelo. Por ahí brotan mil veneros más y como precisamente no tiene por donde ir, casi se funde con las lastras, el agua de los chorrillos y las ondulaciones del terreno.

El sabe que pasar por este trozo de tierra cuando la ladera escupe tanta agua, es tan difícil como peligroso al tiempo que también muy duro.
- ¿Cómo te las vas a arreglar con lo encharcado que estoy viendo la tierra y tan abundante como baja el arroyo?
- Me agarraré a las rocas y si es preciso, me dejaré caer pendiente abajo.
Ya está pisando veneros, charcos y caños de agua que no paran de brotar, correr y caer. Y va él todo preocupado por el manto de agua que desciende bañando las rocas que relucen como espejos y la senda que se le va perdiendo, cuando ante

sus ojos se le presenta la realidad más incomprensible. Una cerca de alambres que bajan desde la cumbre y cortando la ladera y la senda por su centro, se adentra hacia el arroyo, lo atraviesa y sigue por la otra ladera.
- ¿Y esto qué es?
- ¿No lo sabías?
- Nunca he visto por aquí esta cerca pero ya quiero comprender.

- Te lo diré para que lo sepas: los que ahora mandan en estas tierras han sido los que han instalado la cerca que tiene ante ti y eso es por el deseo de proteger el monte de las ovejas y los pastores. No hacen dos días que lo han montado y como está sucediendo en tantos otros lugares, ni siquiera han respetado la senda natural que asciende desde el río y lleva hasta el cortijo de la hoya en las partes altas.
- Aunque sea capaz de cruzar las lastras y el agua limpia que las baña, en cuanto llegue a los alambres, sé que no podrá seguir. Es una cerca de alambres recios, espesos y tan altos los han puesto que ni siquiera saltarlos por arriba se puede.

Junto a la roca naranja que se apoya en el puñado de tierra retenida cerca de la senda, se para y preocupado está observando a ver cómo encuentra una salida, cuando al mirar hacia el arroyo, lo ve. Es un choto de cabra montés. La cría, todavía pequeña, ha resbalado por la ladera, la ha empujado el agua y al querer escapar barranco arriba, se ha tropezado con los alambres de la cerca. Te mira y como espera una respuesta, le dices que:
- Ahí tienes parte de la verdad que vas buscando. La vida enredada en la muerte y tu alma que se quema de sed en medio de este mar de borbotones. ¿Ahora qué piensas hacer?
- Pienso dejarme caer detrás de esta agua que se despeñas y pienso cogerla en mis brazos y sacarla de entre ese remolino que se la traga. Pienso, luego seguir subiendo en busca de la fuente que busco y cuando me canse de pisar agua y atravesar campo, me pararé frente al valle y el día que se alza para respirar profundo y llenarme un poco más de la vida que me

falta. Pero al mismo tiempo pienso que esta barrera es absurda porque está impidiendo la vida y corta la senda que de siempre me llevó a la cumbre. ¡Dios del cielo, cuánta torpeza y mezquindad movida por el egoísmo ciego!

En vuestra excursión, esta tarde, en busca de la fuente que también quita la sed, aunque de otro modo, ya vais saliendo por las últimas casas de la que es aldea y, desde que nació, paraíso de la dulce hermana. Y como, aunque no sabes de qué modo explicarlo, ahora andas recogiendo trozos para recomponer el gran cuadro bello que desde tu infancia llevas dentro, recuerdas que por aquí se derrama otro cachito de esa excelsa imagen.
- ¿A qué te refieres?
Pregunta ese trozo de primavera que tu amigo tiene por hija.
- Estoy pensando en la hermana de tu amiga. La niña, que es como era cuando yo la conocí y ahora la tengo grabada en mi con la fuerza de lo que no morirá nunca. Es la hermana, porque un día Dios así lo quiso.
- ¿Y qué es lo que pasó?
- Sólo fue como un sueño y se nos presentó en forma de visión divina cuando la tarde se iba apagando y el río que transporta pura esencia, comenzaba a llenar de rocío las últimas hojas de hierba de la pradera que ahora pisamos.

- Pues si después de tanto tiempo, todavía la recuerdas con la fuerza que estás diciendo, cuando aquella tarde fue, tuvo que presentarse como una magia dulce o como el vuelo de una mariposa que acaricia el aire. ¿Te atreves a contarlo?
- Me atrevo a decir que en aquella ocasión no era una bonita mañana de primavera sino una cálida tarde de agosto. Veníamos nosotros de recorrer la sierra entera y como ya habíamos oído hablar mucho del nacimiento de este río, al pasar por aquí, decidimos quedarnos. En aquella ocasión éramos cinco y como todavía no eran Parque Natural los paisajes que ahora pisamos, creímos que no sería ningún problema acampar en estas riveras.
- Pero por aquí ¿dónde?

Preguntó uno de los compañeros.
- Vamos mirando y donde se vea un trozo de tierra libre, lo más pegado posible a las aguas del río, nos ponemos.

Y fuimos mirando según recorríamos el tramo de carretera que lleva al nacimiento y al cruzar por lo que tu padre dice, se llama el Collado de las Minas, vimos lo que buscábamos. Bueno, primero descubrimos un rebaño de ovejas pastando por las partes altas, las cuatro casas de la aldea de tu amiga y tres personas caminando por los cortos trozos de estas callejuelas.
- Allá abajo se ve una pradera junto a las aguas.
- Pues ese es el sitio.
Buscamos el camino que da entrada a este rincón que como sabes es también ese viejo trozo de carretera que desde el Collado de las Minas viene aquí. Ni siquiera sabíamos dónde nos metíamos y mucho menos conocíamos a las personas que por aquel entonces vivían en estas escondidas casas.
- Pero es igual. Así tendremos la oportunidad de conocerlos y quien sabe si hasta de hacernos amigos suyos.

Atravesamos el enclenque puente donde acabamos de hacer la foto, cruzamos el trozo de calle que hemos recorrido y enseguida vimos que los vecinos salían a recibirnos, más movidos por curiosidad que de otra cosa. Con bastante timidez, los saludamos y después de preguntarles, no dijeron que ahí, cerca de las aguas que por el río pasan, podíamos poner la tienda.
- Aunque eso sea propiedad, ahora mismo no está sembrado y sobre la hierba que crece, dos días una tienda, no estorba a nadie.
Fue lo que nos dijo Enrique que era, por aquella tarde, como el alcalde de la aldea. Dejamos el coche frente a estas mismas casas viejas y nada más reconocer el terreno, nos pusimos a montar el reducido campamento. Dos tiendas que levantamos justo al borde mismo de las aguas y mirando hacia los pinos que se amontonan por la ladera que en aquellos tiempos criaba centeno.

Ya se estaba poniendo el sol y vimos que las ovejas comenzaban a subir buscando la tinada. Los vecinos, asomados a las puertas de sus casas, no paraban de mirar y de pronto vimos, que de una de estas casas, salió una niña. Se vino primero hacia el coche, cogió por la veredilla que lleva al río y cuando ya se acercaba a las tiendas que tensábamos, se apartó a la izquierda y en la corriente se paró. Durante un rato, miró fijamente a los que por entre las tiendas nos movíamos, a las tiendas mismas y a las cosas que por allí íbamos soltando. La vimos nosotros también y lo primero que pensamos es que si se venía a nuestro lado, nos iba a gustar mucho. Una niña serrana, con el color de la cara parecida a los rayos del sol de la tarde y la sonrisa tan fresca como el rocío de los valles, era cosa grande para celebrar el encuentro, en aquel momento y trozo de paraíso.

La miramos desde aquella distancia y como ella sentía vergüenza, lo único que hizo fue ponerse a jugar con el agua al tiempo que canturreaba una canción sin ritmo y de vez en cuando metía sus pies en la corriente limpia.
- Si se atreviera a venir y nos saludara, fíjate qué gozo.
Dijo uno.
- ¿No te parece un sueño?
Comentó un segundo.
- Yo la veo como la mariposa reina por el paraíso donde el río nace.
Dijo un tercero.
- Y es como un premio, como el saludo más limpio que esta joya de río nos ofrece.
Decía un cuarto. Y no dejaba de estar con su juego al tiempo que miraba la tarde, yéndose por las cumbres y acariciaba el agua que alegre corría.
- ¿Quién será que tan sueño se le ve y se funde tanto con la luz que cae y el viento que pasa?
- ¿Y por qué no se viene y se trae su juego a nuestro lado?

- Si es un hada o una mariposa vestida de primavera ¿cómo va a venir a darnos compañía? Además, si se acerca ¿qué le decimos?
- Yo le preguntaré su nombre y si me dice que para qué quiero saberlo, le diré que para llevármelo conmigo y no olvidarla más. Si quiere, le cortaré flores blancas para tejerle una corona y si no se asusta, le diré que siga sonriendo. Si me pregunta para qué tiene que seguir sonriendo, le diré que entre su gracia clara hemos visto enredada la esencia más suprema del valle donde nace el río y como eso es puro gozo, nos gusta su sonrisa.

Luego aquel día, se fue la tarde y la niña, que después supe se llamaba así, se marchó a su casa dejando su perfume desparramado por el río y la tristeza de su ausencia temblando en las sombras que la noche trajo. Así fue aquello y no hubo más. Dos días más tarde nos vinimos de la pradera verde y al despedirnos, ya era nuestra amiga en la forma y esencia en que lo habíamos soñado y deseado. Ni ella supo en aquellos momentos ni nosotros tampoco, lo que escondido en el tiempo y futuro Dios nos tenía reservado. Su madre nos dijo cómo se llamaba y hasta nos la vistió de primera comunión para que le hiciéramos una foto. Luego nos regaló una talega llena de chorizo y morcillas y después nos dijo que allí teníamos su casa para cuando la necesitáramos. De este modo fue nuestro primer encuentro con el rincón que da la primera forma al río diamantino y con los serranos que se anidan entre el rumor del borbotón de aguas claras. Fíjate qué sencillo y dime: ¿no es para que se clave en el corazón de una forma fija y honda?

Y al amanecer, el valle que surcaba el río y nosotros habíamos pisado por primera vez, rezumaba una primavera nueva. Una verdad dulce que desde la pura tierra, recogía al alma entre su viento limpio y la transcendía hasta la eterna luz del gozo Grande. Así lo sentimos nosotros y por eso al mirarlo y mirarnos, quisimos hablar de aquello que no tenía forma pero llenaba el valle, manando desde lo más hondo del corazón y el manantial gigante que da cuerpo al río.
- ¿Pero cómo se llama y qué decimos?

- Se llama Dios y decimos que es presencia inmaculada abrazando a los humildes y belleza gozosa que se les permite ver sólo a los pequeños y limpios de corazón.
- Pues si ya está dicho, que así quede.
Desde entonces, el lugar donde nace el río diamantino, tiene un nombre nuevo que sólo nosotros conocemos: El paraíso de la niña.

Mientras has recordado el encuentro de aquella entrañable tarde, no habéis dejado de caminar. Vais ya saliendo por las últimas casas del lado de arriba y en estos momentos, sientes que antes de alejarte, con más calma tienes que echar una mirada al rincón. Es como si una necesidad oculta te dijera que tan levemente no puedes pasar por aquí. Por esto detenéis la marcha y os paráis frente a las casas, con el deseo de ver o sentir lo que en la realidad no existe. Nadie respira ahora mismo por el lugar. Cerradas están las puertas, bien encajadas las ventanas, las calles solitarias, los cortos caminos cubiertos por la hierba y las chimeneas sin su hebra de humo blanco alzándose silencioso. Las cuatro viejas casas de la aldea pequeña, están ahí: Aplastada contra el puntal rocoso que cae, varadas un poco a la orilla del río como si éste las hubiera dejado depositadas en ese punto y asombradas otro poco, mirando mudas como la corriente pasa.

Y desde su silencio, parecen gritar que su valor, ese orgullo oculto que les mantienen en pie y se le ve subiendo por las paredes en forma de gallardía, le viene de ellos: Los humildes serranos que desde tiempos remotos se acurrucan entre sus muros. Si se mira despacio y desde lo hondo del corazón, se ve que lo que sobre estas rocas se cimienta, no son tres pobres casuchas desconchadas. Aplastadas y envueltas entre la brisa dulce que por el valle pasa, Fuente Segura de Abajo es como un puñado de pequeños palacios de reyes grandes. Personajes sin títulos ni coronas de brillantes pero como a ellos no les importa, se saben nobles por lo que dentro llevan y eso les basta. Mejor que los llamados grandes del mundo, saben que el valor de las cosas no está en lo

material sino en lo invisible y de aquí que se tengan por reyes verdaderos en el palacio de sus sencillas casas.

- Y por encima de todo, fíjate qué bonitas.
Comenta la hija de tu amigo.
- Eso es precisamente lo que me retiene. Tan poco cosa y tan escondidas y al mismo tiempo tan blancas, tan gritando el juego de los niños que no están y la alegría de los mayores que también se fueron.
- Si las miras despacio al tiempo que piensas, tampoco desprenden tristeza aunque se les vea tan solas.
- Es lo que también iba a decirte, porque en el fondo parece como si hubieran hecho un pacto con el tiempo, el sol que les da de frente y el viento que las acaricias, para en esta espera sin final, no perder su lozanía nunca.
- ¿Y qué es lo que según tú, esperan?
- Tampoco lo sé pero esperan. Esto se nota en tantos matices que por eso se les ve como antes decías: colmadas de brillo y bonitas como joyas recién lavadas. Mira qué sol más reluciente le entra por arriba y mira como parecen que se vistieran con el mejor traje de oro fino.

Todavía, durante unos minutos más, seguís contemplando las cuatro viejas casas de este Fuente Segura de Abajo que se cae, y luego ya las despedís, sin iros ni despedirlas. Al darles las espaldas te dices que quizá otros no lo entienda pero tú bien lo comprendes aunque sólo sea en ese silencioso mundo del alma. Ahí las llevas y los llevas, puede que sólo para ti pero eso te basta. Pisáis las tierras del rincón en que pusisteis las tiendas aquel día y comenzáis a remontar el camino que conduce a las aldeas de arriba.
- ¿Y qué edad tenía por entonces, tu niña, si se puede saber?
- Creo que no llegaba a los once.
- Si hacemos la cuenta, descubrimos que desde aquella primera tarde, ya han pasado muchos años ¿Se puede saber cómo fueron las cosas desde aquel día?

- Aunque lo resumiera mucho, saldría una historia larga pero como las cosas fueron de belleza en más belleza, lo voy a intentar.

Después de aquel juego, la vi solo una vez, un día que su madre estaba comprando en el mercadillo por el pueblo blanco de la loma larga. Lo primero que hice fue saludarla y luego agradecer a la madre las morcillas tan buenas que nos regaló.
- Son las cosas sencillas que tenemos en la sierra.
- Pues nos las comimos aquel mismo día, cuando recorríamos la Sierras de las Cuatro Villas. Al pasar el Raso de la Honguera, por la Cueva del Peinero, en la fuentecilla que corre junto a la carretera de la umbría, nos paramos. Abrimos la talega y con un trozo de pan, nos comimos las morcillas. ¡Qué sabor a sierra y qué sustancia a sana, tenían aquellas morcillas!
Y estando hablando esto, caí en la cuenta que esta familia a mi no me conocía de nada. Solo una vez me habían visto y la segunda ya tenía grandes cosas que agradecerle. Pero primero ellos se habían acercado y sin interés ninguno.
- Usted no tiene nada que agradecer.
Decía la madre cada vez que le repetía su buena acción.

Desde aquel día, el tiempo corrió y unos años, quizá cuatro o cinco, después de la tarde dorada junto al río, se presentó por su casa. Se apuntó a internado del colegio y se puso a estudiar lo que ya no podía en su pueblo. Ni siquiera lo supe hasta que la vi y aquello fue como la primera vez. Sin anuncios ninguno y casi de puntilla. Tampoco sé cómo fue pero cuando acababa el curso, los padres nos dijeron que tenían un cordero preparado para una buena comida el día que quisiéramos ir a su casa. Aquello fue también como de puntilla, y sin quererlo y, no sé por qué, tomé nota de las bendiciones que el cielo me iba regalando”.

Hermana, tantos años después y con el corazón tan repleto de Dios y la belleza de los campos que quiso regalarte

para que tu alma se impregnara de ellos, por aquí vuelvo para aspirar un poco más tu perfume. No estás conmigo pero en el corazón te siento con la fuerza más viva y pura. Hermana, no quiero irme de tu lado y por eso vuelvo como si necesitara que hasta la última bocanada fuera de ti. Pero en realidad ahora ni sé lo que quiero y por eso vengo a refugiarme al rincón por donde tengo mis querencias y conozco hasta en sus matices más pequeños.

La madre subió de la fuente
con la niña de la mano
y al llegar a donde el hermano
labraba la tierra paciente
detuvo sus pasos
y al instante la niña princesa
sobre la hierba del campo
derramó su cuerpo de nieve.

La madre se quedó mirando
llena de la dicha
que regala el amor callado
y el hermano que también miraba
sintió como muy despacio
un río de luz y de miel
que dentro le iba brotando
y por eso quiso preguntar:
- ¿Madre, quién le ha enseñado
a esta niña la belleza
que duerme sobre los prados?

Pero él no preguntó
misterio tan elevado
si no que junto a la madre
y la tarde
siguió sin aliento, mirando
el juego tierno de la niña
que además de plateado
era blanco como la nieve,
dulce como limpio charco,
tierno como espuma blanca
o arrullo que enamorado
se hace todo armonía
sobre la hierba del prado.

Entre tantos matices y pinceladas hermosas que la sierra regala por este recogido rincón, lo que más delicadamente baña el espíritu son las manantiales de aguas cristalinas. En esta sencilla tarde, cuando la sombra del destierro se cierne sobre mi vida y por eso los sentimientos no pueden ser sino de tristeza y melancolía, me los voy encontrando uno tras otro y los gozo lleno de asombro y agradecimiento. Si me lo hubieran dicho no lo habría creído con la fuerza y delicada hermosura con que en la tarde los voy descubriendo. En cada uno de ellos bebo un trago para calmar la sed que el cuerpo reclamaba después del esfuerzo de la ascensión y también para saborear el agua de la vida cuando la despedida está presente en cada paso. El agua de la vida que mana por tantos veneros de estas

sierras, tiene un sabor distinto cuando se saborea bajo la sensación que el espíritu mío tiene esta tarde. Para medio saber qué gusto tiene el agua de la vida en un estado de muerte como el que voy atravesando esta tarde, hay que encontrarse en las circunstancias mías. Desde fuera de él y por más exactamente que se explique no es posible captar estos sabores.

Pero mientras tanto que el tiempo corre, ahora en contra mía y para defenestrarme hasta la desaparición total, quiero decir que los manantiales por el rincón de la tarde azul amarga, son los que siguen: junto a las aguas del río, justo al cruzarlo, donde el mismo arroyo se junta con el río y por entre las zarzas y asilvestradas higueras. Ya fuera de las zarzas, por la el lado de arriba del primer venero, entre los pinos y bajo un majuelo, sale un chorro de agua cristalina, fresca y con sabor a miel. Corre por su reguera y enseguida se cae al surco del arroyo y desde ahí, al gran río. Sólo unos metros más arriba, cuando la veredilla cruza al arroyo para acercarse a las rocas, ahí mismo hay un buen charco, por debajo de una caída de tobas sin agua. La caída no tiene agua porque el delicado líquido mana en el fondo del mismo charco y ya se va por el surco del arroyo en busca del río entre los ríos. En este mismo arroyo pero unos cien metros más arriba. Bajo una gran roca mana un cuerpo de agua grande, corre por la vieja acequia que le hicieron en aquellos tiempos y se vacía en la también vieja y hermosísima alberca de aquellos tiempos.

Calienta el sol, no se mueve ni chispa de viento y la soledad, más duele esta tarde que nunca. Por eso, del corazón parece que me brota una melodía con acento de honda tristeza, porque es la despedida.

Nadie ama más a la tierra
que quien la besa y llora
al ir por ella
y a cada paso que da
sangra y tiembla
por el miedo que siente
un día, perderla.

La voy desgranando mientras remonto la cuesta en busca de la vieja senda que iba por la ladera y me digo que quizá algún día, alguien a leer estas páginas pueda comprender y penetrar el dolor que viví al recorrer estos rincones. Sí, quizá algún día alguien pueda leer esto y comprenda por qué lo escribí en una tarde como la de hoy y cuando andaba por aquí. En la grandiosa y limpia tarde, cuando sólo Dios sabe que vivo y estoy aquí, avanzo y bebo con avidez todo cuanto la naturaleza me ofrece para hacerla sangre en mis venas. Moriré de sed, no dentro de mucho y por eso ahora me la quiero beber toda.

Y ahora digo que aquellos días no fueron tales sino la única bocanada de vida limpia que tuve bajo el sol que ilumina el planeta tierra. Fueron la vida para mí y por eso se quedaron tan fuertemente grabados en mi espíritu y no los puedo borrar. A ellos vuelvo una y otra vez, aun sabiendo que ya no los podré resucitar ni tampoco podré rescatar de ellos lo que tan real y vivo fue alimento para el alma que Dios colocó en mi cuerpo. Como una bocanada de aire fresco y limpio en el espacio de la herrumbre y el veneno. Como un trocico de primavera en el centro del más extenso desierto de la aridez, la soledad y el achicharrante sol.

Nadie sabe que en estos momentos ando por aquí. Nadie sabe lo que al pisar el rincón siente el corazón y menos nadie sabe de la gran belleza y sensaciones placenteras contenidas en el mundo que el alma ahora recrea. Nadie sabe nada y, sin embargo, en la tarde que parece invierno cuando es verano con algo de primavera que el cielo ha sembrado por estas cumbres, aquí estoy con más vida que nunca y al mismo tiempo, con una muerte que es más gigante y real que todas las otras. Me digo a mí mismo que lo único que busco es una puerta que me abra el camino hacia la presencia real del Dios

que amo. Ninguna otra cosa podrá hoy darme un consuelo sólido y auténtico.

Al rincón nuestro de la hierba
cayendo la tarde azul
de la herida primavera,
voy llegando cuesta arriba
y antes de llegar me tiembla
la sangre en el corazón,
la tristeza por las venas
y en el limpio y puro sol
tú recuerdo, hermana bella.

A pesar de los estímulos que inundan al cuerpo y el alma que busca y siente la belleza de lo eterno, es espíritu se siente bien. Como si ya Dios le estuviera premiando con la hondísima paz que da el gozo sin mancha. Por eso hasta el concierto de los pequeños pajarillos y el tranquilo viento que me roza las sensaciones que transmiten son de abrazo amoroso con lo dulce y lo limpio. Como si ya nada faltara o como si sólo faltara que la materia se rompiera también en esta serenidad.

Y ahora es cuando me voy dando cuenta porque lo estoy probando no como algo que comprendo en mis pensamientos sino como algo que gusto en mis sentimientos. La vida real que estoy gustando no me llega de la materia sino del espíritu. De lo que el alma apetece y sin descanso busca. Por eso ahora parece que de pronto ha entrado a un prado donde puede descansar y llenarse del alimento que le sienta bien. A pesar de todo, te lo digo hermana, así es como desde mi espíritu esta tarde voy probando el alimento. Como si ya hubiera sido premiado, parcialmente, con una rotunda bocanada de vida honda y pura. Y sé que es regalo de Dios donde yo, lo único que he puesto, ha sido el deseo de encontrarlo para que me dé su mano.

Abraza la mañana
todavía entre dos
luces
con su fina calma
y la hondísima
sensación
de una paz santa.
Te recuerdo a estas
horas
quizá ya levantada
aspirando el aire
fresco
que el océano te
regala
o quizá por la capilla
con el Dios que tanto
amas
y en la caricia sencilla
de las que son dulces
claras
llenando tu corazón
de mil sensaciones sanas
que con la brisa que te
besa
y tu Dios del alma
construyes y das
consistencia
la pura paz de la mañana.
Abraza una armonía
como esencias de
montaña
en la luz pura del día
y el corazón se siente
bien
inundado de esta calma
que no es perfecta,
sabe Dios
porque faltas
y falta contigo también
la primavera soñada,
pero es hondísima sin
fin
la fina y limpia mañana
que en la materia fría
es tarde gris y lejana.

Pero, mientras en la tarde de tu tierra voy surcando unos caminos hacia las cumbres por donde ni siquiera sé qué encontraré y, aun sintiéndote aquí presente te noto muy ausente, la realidad no es tal cual venía diciendo. Porque por momentos, tan mal me siento, por el agudo amargor que inunda el alma que no tengo más remedio que preguntarme de qué modo podría escaparme de este trabajo. Y una vez y otra me digo que tendré que aguantar, tendré que beberlo solo y conmigo, en la belleza que me regalan estas montañas, a dos pasos de ti sin poderte ver ni tocar y ni siquiera tengo la esperanza de que algo más tarde sea mejor. Ni siquiera sé si lo que tanto me duele puede servir para algo. Y a pesar de ello sé que tengo el resorte por donde podría escaparme y quedar por fin liberado de este tormento pero no puedo usarlo. No debo usarlo porque ello arruinaría a mi vida y a la de los otros para siempre. Me hundiría en un cenagal de miseria y entonces ya si que sería mi condenación para siempre.

Si me fuera permitido tocarte mientras mis ojos te vieran qué alivio en el mismo instante. Qué resurgir a la plena luz y al descanso en las praderas verdes que sueño dentro de mí. Pero no. Me entierra el tiempo con el peso de su pesada monotonía y aunque ando y me muevo no voy hacia ninguna luz ni fuente

hermosa que me pueda dar el consuelo que me hace falta para que esta amargura mía deje de doler. Me acuerdo del poema que escribí la otra mañana. Pensaba en ti, que estabas ausente en mi espíritu y a los ojos de mi carne y se me ocurrió creer que eras la gota de rocío que podías dar la vida a la ya reseca y acabada mata de hierba. Dice así:

Anoche soñé
el siguiente sueño:
la pobre mata de
hierba
estaba en su terreno
ya casi seca
por el sol y el viento,
sin raíces en la tierra
y con sólo en su
centro
una lave pavesa
de vida y aliento.
Ahí, junto a ella,
limpio y fresco,
estaba el rocío en su
gota
frente al mundo
abierto
y toda reventando
de vida
regalo del cielo.
Le dijo la hierba:
- Si te rompes en el
viento
y te fundes con la tierra
esperanzas tengo
de vivir un poco más
y lograr que en este
tiempo
den fruto las semillas
de mis tallos secos.
Peguntó la gota de rocío:
- Debo morir ¿no es
cierto?
- Para darme la vida que
necesito,
porque de agua carezco,
tienes que morir
y de tu acto bueno
nacerá la fuerza
necesaria
en el seco terreno
para que mi semilla
madure
con el bien de tu pecho.
De este modo me
salvarás
y serán mis frutos tu
incienso.
Dijo la gota de rocío:
- Pues que lo quiera el
cielo.
Y esperando se quedó
en su tallo
a que llegara el viento
movido por la mano de
Dios
y la empujara al suelo
donde se moría la mata
de hierba
en su terreno seco,
pero Dios, que sí estaba,
¿quería esto?

Y claro que al leer y conocer este poema me podrías preguntar:
- La mata de hierba, en sus últimos momentos y la seca tierra, sé que eres tú pero la gota de rocío ¿quién es?
Y te digo.
- Esa eres.
- ¿Y por qué tengo que morir?
- Sólo si el viento te arrastra y caes de tu tallo donde cuelgas hermosa a la vida podrás empapar a la reseca tierra donde la hierba tiene sus raíces. Sólo si empapas a esta tierra todavía la hierba podrá vivir el tiempo suficiente con el alimento necesario para que sus semillas terminen de madurar.

- Pero yo soy joven y a lo mejor ni siquiera Dios quiere que muera todavía. ¿No tendré cosas mucho más importantes que cumplir en este mundo?
- Seguro que sí y por eso tienes que seguir viviendo pero la realidad de la mata de hierba es la que es. Y yo creo, sin saber si estoy en lo cierto, que ahora mismo no tendría más salvación que la que se descubre en el poema.

Y de nuevo me dirías:
- Pero dime ¿por qué mi muerte puede servir para dar la vida? ¿Dónde tendrías esta vida y qué clase de vida sería?
Y entonces te digo:
- Con otro sencillo poema intento decírtelo. Se expresa como sigue:

Llévate a mi corazón
a tu presencia divina
ahora que está todo limpio
y no le urgen más prisas
que ser arroyuelo o flor
por donde quieras y digas.

Llévate a mi corazón
a tu presencia divina
y con él si quieres, yo me voy siguiendo la brisa
que mi corazón dejó
cuando para ti se iba
para no perderme sin rumbo
en mi rodar por la vida
porque quiero a tu laico
un dedalico de dicha
allí donde en tu regazo
mi corazón puro viva.

Llévate a mi corazón
a tu presencia divina
porque veo cuando sueño
que es así como me obligas
a luchar por ser más bueno
cada día
y que a fin llegue el cuerpo
y el alma mía
a ser dignos del corazón
que en ti se anida
que yo quiero vivir, eterno
junto a él y el Dios de vida.
Llévate, Dios, a mi corazón
que así me obligas.

Donde mi corazón eres tú que al faltarme y saber que estás en Dios me sentiría obligado a lo que Él quiera de mí en esta tierra para poder un día llegar a tu presencia y allí quedarme para la eternidad. Sólo en Dios te tendría en la plenitud y pureza que apetece mi alma.

Esto te diría y te digo porque es lo que siento y me anima algo como una realidad nueva hacia el futuro. Pero esto no sale por mi boca. En el silencio de mi corazón se muere conmigo sabiendo que es un sueño raro, absurdo si lo miro con el prisma que usan tanto mortales. Y lo digo porque de este modo ¿Dios sería glorificado o sólo pensaría en mi propio egoísmo? ¿No es este pensamiento una forma de tentar a Dios? Tengo que decirte que no lo sé. Y también que, con desnudez, he sacado de mi corazón lo que rumiaba.

Por lo demás, mientras esto te decía y no dejaba de subir para la cumbre, el mar de la incertidumbre me sigue acompañando. Los ruidos del mundo llegan a mis oídos y porque lo oigo sé que existe este mundo pero qué lejos estoy de ellos y cómo me resultan fríos, sin alma, sin valor que puedan despertar mis apetencias. Te recuerdo ahora en aquellas dulces mañanas cuando regresabas de tus campos donde tus padres daban hierba a su rebaño de ovejas. Te recuerdo cuando siempre te presentabas con tu manojo de espárragos recogido por los campos de la hierba limpia y me decías:
- Otra cosa no tengo pero en este fin de semana, me acordé de ti y fui a coger espárragos. No son buenos pero de mí para ti, aquí los tienes.

Y de aquellas
primaveras limpias
con hierba y romero
recuerdo a la hermana
mía
que siguiendo su
juego
después de la comida
y con su mono y su
perro
se iba por el campo
ella
y con amor sincero
se ponía a cortar
espárragos
del llano y del cerro.
- Te traigo un regalo.
Me decía luego
cuando ya regresaba de
tus campos
al tu blanco colegio
- Son espárragos que yo
misma
te cogí queriendo.
- Pero aroma de los
valles
y de Dios su beso,
yo que soy tan nada
y por eso pequeño
¿Cómo de ti puedo
recibir
lo que no merezco?
- Pues para ti los he
cogido
solita y queriendo.

Recuerdo
aquellos días
y detalles sinceros
que la buena hermana
mía
me traía cual incienso
que su mismo Dios
regalara
por sus campos bellos.

Ahora que me voy recogiendo hacia la cumbre con la tarde que cae, cómo me torturan todos estos sencillos recuerdos. Por la derecha me encuentro la bonita nava donde la hierba siempre tapiza con el verde y fresco de lo hermoso. Recuerdo que por estas tierras has traído muchas veces a tus ovejas para que pasten. Lo recuerdo porque también me has contado muchas de las bonitas tardes que por aquí tienes vividas. Desde mucho antes de que nacieras ya los tuyos también traían por aquí a sus ovejas para que comieran hierba. Ahora, hace unos años, han vallado las preciosas llanuras de estas navas para que no entren las ovejas y así las plantas crecen más protegidas. Dicen que es para conservar mejor a las especies de este parque natura.

Recuerdo que esta primavera pasada estuve por este rincón. Lo que vi y sentí fue como sigue: “Me encuentro con el portillo que venía buscando y con la senda que por aquí discurre. La sigo y vuelco con ella para la solana. Me tropiezo con la cerca de alambre que antes decía. La cruzo por donde encuentro un paso y ahora descubro que dentro de esta cerca la vegetación se conserva virgen por completo. Muy alto el lastón, la zamarrilla, los enebros, muchos bujes ya por donde

van naciendo los arroyuelos que antes decía y esto me llena de curiosidad. Fuera de la cerca la vegetación tiene otro aspecto y es hasta más baja. La de dentro la encuentro como más consentida. Si hubiera un incendio sería más desbastador dentro que fuera porque hay más combustible. También creo que las plantas se relajarán y hasta perderán su resistencia a enfermedades y depredadores, esta que se cría dentro de la cerca y no la que hay fuera. Esto y otras cosas creo pero es algo tan mío que así lo dejo. Ellos sabrán lo que hacen si es que lo saben y al final sirve para mejor.

Un arroyuelo, rumor de agua y como no la veo, la busco y la encuentro. Mana por debajo de unas rocas y en tanta cantidad que asombra. Desde aquí mismo cae por el surco del arroyo y ya se va en busca del río diamantino. Y claro, ahora recuerdo. Esta la es preciosa fuente en la que tantas veces has bebido tú. No lo sabía y sin que la buscara me la encuentro. El agua viene del corazón mismo del la cumbre y unos metros más arriba ya no hay. Unos metros más abajo hay tanta que parece un río este arroyuelo de alta montaña manando en la soledad de esta solana. Me paro y durante un buen rato gozo el sencillo espectáculo. Lavo mis manos, bebo una vez y luego otra como si quisiera saciarme bien aunque no tengo mucha sed. Vuelvo a beber de nuevo y ahora sigo sin dejar la vieja vereda que ya cuesta mucho encontrarla.

La tierra de esta ladera toda ella me la voy encontrando suelta. Su tono es algo ocre, como si fuera almagre y por eso algunas piedras hasta parecen trozos de chocolate. Me acerco para el collado que busco y por aquí me voy encontrando con los arroyuelos que le van regalando cristalinas corrientes al que te conoce y conoces. Son preciosas estas corrientes por la limpieza de sus aguas, la música que de ella mana y las piedras blancas que se lavan en su cauce. Ahora empieza a llover de nuevo. Otra vez pienso que debo refugiarme en alguna covacha. Por eso, mientras voy subiendo los arroyuelos que van saliendo de la solana, miro buscando la cueva que digo. Y sí, de pronto, una covacha muy parecida a una concha

marina, como si alguien la hubiera tallado en la pura roca. No son las típicas cuevas de rocas que se han caído y dejan entre ellas cavidades. Esta cueva se ha tallado en el corazón de la roca, quedando con forma de nido y mirando a la gran cumbre que acabo de descender. Se encuentra al borde mismo del arroyuelo que decía y por eso hasta tiene música y todo.

En ella me refugio. Descargo mi mochila, me quito el impermeable, descuelgo la máquina de fotos, me siento en la roca que casi en forma de silla, hay en el fondo de la cueva y miro para la cumbre. La niebla se ha levantado y por eso la cuerda por la que andaba hace un rato, ya no se ve. Me digo que puede que pase igual que con la tormenta y por eso me pongo a comer. No tengo prisa. Sigo sin tener prisa aunque es mucha la sierra que todavía me queda por recorrer si es que por fin puedo continuar. Y luego tengo que regresar. Pero no tengo prisa y por eso como lleno de la mejor paz del mundo. ¡Qué bonito es este rincón y cómo me gusta ya aunque sólo llevo en él unos minutos! Me gustó de siempre, me seguirá gustando hasta después de muerto porque forma como un limpio espejo donde se refleja la parte del Dios que amo.
- ¿Sabes lo que hay dentro de esa cerca botánica?
- Me lo imagino pero no lo tengo claro.
- Son unas plantas que también se dan muy poco por las sierras de este Parque Natural. Y me estoy refiriendo a la Atropa. En este rincón se dan las dos especies de atropa que se cría por el Parque. Y ya sabes que esta planta, además de ser muy escasa, está protegida.
- ¿Lo sabían los serranos de aquellos tiempos y los de ahora?
- Seguro que sí. ¿Por qué?
- Por nada.
Y sí es por algo aunque me lo callo como tantas cosas.

Estoy rodeado de bujes, de corrientes cristalinas que manan por aquí mismo, de cumbres alargadas que son misterios cuando las cubren las nieblas y las mojan las lluvias y estoy cubierto por arriba de espesas nubes negras que pueden descargar mucha agua sobre estas sierras. Pero no tengo prisa

ni miedo. Así que como sin dejar de sentirme alagado y envuelto por ambiente tan único sobre la tierra. Sólo se oye el rumor de la corriente, las gotas de la lluvia rompiéndose sobre las rocas y las hojas de los bujes, el viento al quebrase contra las ramas de estas matas y nada más. Y la sierra ¡qué honda para el lado del barranco por donde nace tu río, qué alta para la cumbre de las rocas blancas, qué misterio para donde la cumbre se estira y qué profunda para donde el corazón sueña! Si ahora mismo se pusiera a nevar ¿qué pasaría y cómo me las arreglaría? Mientras como también medito en la solana de la ladera, la nava y la cerca de alambres que por aquí pusieron. Los tengo a sólo unos metros de donde estoy. Son las dos menos diez de la tarde. Hiere y no sé por qué.

Son las dos y diez de la tarde. He terminado de comer. Ha dejado de llover. Las nieblas se han levantado y de vez en cuando hasta sale el sol. Este mes de abril está siendo tan extraño que si no lo estuviera viviendo no lo creería. Y la lluvia está siendo abundante y como agua de mayo. Cuando sale el sol y da en los picachos de estas sierras, con las nieblas que se alzan y la lluvia que ha mojado y lavado todos los campos, qué cuadro más bello. Es una experiencia que nunca en mi vida la había tenido. ¡Cuántos son los secretos y matices de estas sierras! Cargo con mi macuto y las otras tres cosas y continúo con mi ruta. Se ha quedado una tarde que ni en sueño podría ser más hermosa. La hierba se ha quedado mojada, la zamarrilla está con sus goticas colgando de las hojas y al salir el sol, pues la hierba, las rocas y la tierra, brillan como si la hubieran regado con diamantes. Subo siguiendo el arroyo y en unos metros me encuentro otra covacha tan bonita o más que la anterior. Tiene dentro una escila, un pino, un buje y una sabina. Se está muy calentico en su interior pero no me voy a quedar".

Como una cerca en medio
del monte
y yo dentro
así está mi vida ahora
mismo,
en estos momentos,
con todos los caminos
cortados,
vallado el venero,
cerradas todas las rendijas
y aunque salir quiero
como no rompa a lo bravo
los alambre de hierro
nadie ha dejado puerta
alguna
ni pequeños agujeros.

Los turistas que llegan,
los que por aquí pasan
viendo,
comentan asombrados:
- Pues dicen sin razón
que esto no es bello
y fíjate qué soledad
y qué claro el viento.

Como una cerca sin
salida
y yo en su centro
me encuentro con mi
vida
y aunque corren por
dentro
arroyos y fuentes
y rozarlos puedo,
ni se me permite ir a
donde nacen,
las cumbres y el
cielo
ni bajar por donde
corren,
los valles inmensos
de la hierba verde
y los caminos viejos.

Ahora voy pisando el verde y hermoso rincón de la cañada de los cerezos. La senda se ha roto, el monte se tupe por donde corre el arroyo, las zarzas son espesas por debajo de las nogueras y las ruinas del cortijo, el que los dos conocemos tan bien, están ahí: casi perdidas entre la espesura de la vegetación. Duele sólo verlas por lo hermoso que fue para nosotros este cortijo en aquellos días inocentes. Duelen y aunque remiten a Dios, porque sólo en Él se puede conservar lo que amamos tan limpiamente y ahora nos rompen y quitan, se refleja triste en el alma.

Del grandioso y dulce rincón lo que más recuerdo, entre tanto como recuerdo, es la imagen de tu figura. Frente a los cerezos cargados de frutos rojos y tupidos de hojas verdes. Te recuerdo con tanta frescura y fuerza porque fueron tan dulcemente hermosos aquellos momentos, que aunque no estás, te veo. Subes en una ola de ternura, por la sendilla del barranco, desde el otro cortijo y el río y te acercas a los cerezos. Con tus manos de nieve y la dulcísima sonrisa en tus labios, te veo llegar a los árboles. Te paras y luego empiezas a llenar tus manos, tu boca tu alma, de los hermosos frutos. Justo aquí te congelo porque el cuadro encierra tanta belleza que no quiero esparcirlo y perderlo entre otras escenas.

Recuerdo ahora este momento y más lloro sabiendo que también lo he perdido.

También recuerdo
el valle de los cerezos,
el cortijo viejo,
las sombras de las nogueras,
la tierra de los huertos
y las acequias con su agua
siempre corriendo.
Y lo que no se me olvida
en ningún momento
es tu imagen en primavera
hermosa subiendo
desde el valle de la hierba
para los cerezos.

- Mira, ya están maduras
¿por qué no cogemos
una cesta llena
y se la llevamos luego
a la madre que espera
por el cortijo nuestro?
Y acompañados de Dios,
el sol y el viento
entre juegos nos perdíamos
por entre ellos
cogiendo las rojas sangre
y las que parecían cielo
para la madre buena
que en el corazón teníamos.

Recuerdo con mucha fuerza
los verdes árboles del huerto
cargados de frutos maduros
y tú entre ello
como si estuvieras jugando
con Dios, tus juegos.

Me ha sucedido montones de veces: al ir por los parajes de estas sierras, cualquier día, en cualquier momento y cuando menos me lo esperaba, de pronto un rincón del paisaje, especialmente me llamaba la atención mucho más que el resto. Me he quedado parado frente a él y he sentido como se me ha clavado dentro con una fuerza, belleza y sentimiento que no he podido irme de ese rincón aunque me haya ido. Se ha venido conmigo metido en el alma y conmigo ya ha respirado como si fuera parte esencial de mi ser. Como si me perteneciera y le perteneciera. Ya no he podido arrancarlo de mí nunca más y hasta lo he soñado por las noches y lo he vuelto a gozar transfigurado en una visión eterna y espiritual. Esto que digo me ha sucedido muchas veces.

Por esto esta vez, después de irme del rincón donde estuvo el cortijo me he dado cuenta que especialmente conmigo se han venido cuatro rincones de estas montañas. ¿Por qué y para qué? No lo sé pero aquí y ahora los siento latir

con mi aliento y me gritan mientras exhalan un perfume que sabe a eternidad. De aquí que no pueda callar sino que siento verdadera necesidad de hablar de ellos. El primero de estos especiales y delicados rincones se sitúa justo en la puerta segunda que el arroyo tiene para el río. Se recoge y conforma entre peñascos que miran y absorben el sol de la tarde y sostienen a la muda senda que por ahí sale. Cuando estuve por aquí, yo lo miré con el respeto que se merecía y algo tuve que ver en él porque justo en ese momento me pareció tan singularmente bello, que de allí no me apetecía venirme. Y es un rincón donde se fragua y un pequeño collado en la misma cumbre y una cañada menor, en la ladera. La hierba crece entre las rocas y las rocas se amontonan como queriendo guardar el más misterioso tesoro. Lo esconden bien pero algo lo dejan traslucir y aquí está su fascinación.

Subiendo la cuesta
que lleva a la cumbre
de la honda sierra
lo que más se siente
y rotundo llena
es el corazón,
no del que sube y llega
sino, en los limpios
paisajes,
su fiel belleza.

Es como si en el centro
exacto
de la misma cuesta
se abriera un espacio
en forma de esfera
y en lo hondo del viento
y el silencio de hiedra,
justo ahí en el centro,
se diera la fuerza,
el misterio y la luz
del gran corazón
de la honda sierra.

El alma sencilla
del que humilde llega
buscando la vida
que por aquí se
encuentra
siente la atracción
y hasta la sincera
belleza y calor
que late y es fuerza
en el gran corazón
de la amplia cuesta
que lleva a la cumbre
de la honda sierra.

El segundo gran rincón que por esta cumbre se ha hecho alma conmigo lo situó justo en el punto que he dado en llamar atalaya. Es donde la cima de esta montaña se hace llano y ellos tenían su mejor mirador. Nada especial tiene este pequeño rellano, balcón frente al medio mundo y serenidad casi colgada en las nubes. Nada especial tiene excepto sus puñados de tierra lisa jugando con las rocas que se clavan en la cresta y la verde hierba tapizando con un resplandor y serenidad que asusta. El alma lo siente como una cuna donde

todos los sueños besan con amor y todos los sentimientos encuentran su bálsamo perfecto.

Se me presenta y queda grabado en mi espíritu con la dulzura y fuerza de lo inmortal, el tercer rincón de esta montaña. Y es el pequeño prado verde que desde la fuentecilla de los juncos, chorrea por la ladera para el surco del arroyo. ¿Qué tendrá él que tan brillante saluda y abraza? Lo que mis ojos pueden ver es sólo un espeso plantel de brillante hierba, fresca como una primavera recién brotada y exhalando un perfume que nada tiene que ver con los otros perfumes conocidos entre los humanos. Por estas características, que no sé explicar pero que sí palpo en algún resquicio de mi ser más íntimo, el rincón del prado me sabe a edén excelso, sin nombre concreto y sin lugar.

Y el último de los cuatro rincones con alma que se han hecho amigos míos en esta limpia tarde de mi soledad y verano recién comenzado, es el portillo de la garita. Tampoco puedo decir qué cosa o fina aroma revolotea por ahí pero el caso es que mi alma se ha sentido atraída hacia este lugar. Como enamorada o borracha de una miel dulcísima que engancha y abraza desde lo más sutil y hondo. Al venirme lo he mirado desde la quietud de la tarde y lo he visto bañado por el sol, detenido en el tiempo y relajado en las colinas que el viento le tiende. ¡Qué bonito es y cómo me atrae hacia su misteriosa mudez!

Belleza mía que te me
clavas
y cuando más solo estoy
es cuando más grande
te alzas
atrayéndome hacia ti
para que no sienta
esperanza
sin ti en esta vida mía,
quiero sentirte fresca
agua
de soledad y amargura
que es como en mi
rincón me matas.

Pero belleza mía que
eres libre
y tú sí que tienes alas
para irte por donde
quieras
y no quedarte en mí
amarrada,
si de algún modo
quisieras,
porque así Dios lo
planeara,
acercarte a mi y
besarme
para que yo también
volara
en la libertad que
tienes tú
y hasta con tus
mismas alas,
lo que sería esto para
mí
y cuánta dicha en ti
alcanzara.

Belleza mía que haces
que sueñe
y en sueños de belleza
extraña
me mantienes en la
ilusión
con todas las puertas
cerradas,
no hay manera, yo lo sé
de que alguna puerta se
abra
y me deje salir y lleve
a lo que con tu belleza
rara
me estás enseñando y
regalando
al clavarte en mí en
llamas.
Belleza mía,
qué dolor para mí
no ser libre y tener alas
para beber y gozarte
en la necesidad del
alma.

Pero tengo que decirte belleza serena que me das la muerte y vida, que ahora mismo quisiera se detuviera el tiempo. Que al menos para mí se parara el tiempo para que ya no pudiera seguir adelante. Que no pueda llegar ni a la cumbre de la montaña que vengo recorriendo para refugiarme en estas últimas tardes. Porque también quisiera que no se pudiera consumar mi destierro. Que ahora mismo se detuviera el mundo para mí y así acabaría todo. ¿Dime tú, hermana, cuales son los objetivos que me pueden ilusionar ahora?

Y, además, entre tantas privaciones como hoy tengo en mi vida, la mayor y vital para mí es la de no poderte ver. Tenerte ante mis ojos, tocarte con mis manos, besar tu cara y oír tu voz. Sé que ya sólo con esto, en la última tarde que me lleva en brazos hacia el desnudo y raro remolino que me tragará, sería más que suficiente para que mi ánimo se levantara y el horizonte se me llenara de luz. Ganas me dan,

por momentos, de volverme para atrás, acudir a tu lado y quedarme ahí. Puedo hacerlo y mi tristeza desaparecería como por arte de magia. Pero también soy consciente de que si lo hago mi locura sería grande. Grande como ninguna otra locura y degradante. Así que debo seguir y aguantar y, además, sin pronunciar palabra.

Ahora, me aparto un poco de la senda que vengo recorriendo y en la roca grande que bien conoces, me siento. Como ya no queda mucho para que se oculte el sol miro para el azul del cielo como si por ahí quisiera verte y al no encontrarte, recurro a Dios. Me entran ganas de rezar pero ¿qué rezo? ¿Qué le digo yo a Dios que Él no sepa? ¿Y qué cosa le pido que pueda concederme? Pedir sí sé lo que puedo pedirle y Él mejor que yo lo sabe pero tengo que decir que no estoy acostumbrado a que Dios me conceda los milagros que ahora necesito. Él ayuda y lleva las cosas a su punto pero sus caminos nunca o casi nunca son los nuestros. Por eso ¿qué le pido a Dios en esta tarde donde cuanta más es la soledad más duele?

Hermana buena,
que sabiendo lo que soy
y teniendo en ti inteligencia
no has renegado de mí
ni siquiera por la poca ciencia
que del mundo recibí
sino que humilde y pequeña
me has dado tu cariño limpio
para que viva y no muera.

Cuando la tarde va cayendo
y, ojalá que ya sí fuera
la última tarde que arde
sobre la tierra,
deseo rezar por ti
por si de algún modo quisiera
Dios fijarse en lo que eres
y ayudarte en lo que pueda,
pero ¿qué rezo yo y le pido al cielo
que tú no tengas
o quién soy yo para rogar a Dios
que venga
y salve o de una mano
a quien de su mano deja?

Cumbre, hermana
sencillamente buena,
¡tú fíjate cuando yo esté muriendo
en aquella cárcel bella
todo, todo privado
de la libertad que en la tierra
loco siempre fui buscando!
¿Cómo no pedir que muera
en esta tarde de verano
hermana tierra?

Me parece como si hasta mis oídos llegara el ruido del mundo civilizado. El ruido de sus coches por las calles de ciudades y pueblos, los gritos de los niños que también por estas calles juegan al caer las tardes, las conversaciones de mucha gente por terrazas y bares y el gigantesco mundo de los hablan por sus teléfonos móviles. Me parece oír todo este alboroto de millones y millones que buscan cómo llenar el vacío que por sus almas hay. Me parece oír todo este mundo y otros muchos resonando por tantas ciudades y pueblos del planeta tierra y ello viene a decirme que el raro soy yo. No he podido ser uno con ellos ni integrarme en sus cosas y ni siquiera hablar su lenguaje. Por eso me dijeron:

- A donde te vamos a mandar no tendrás trato algunos con las personas para que así tus problemas sean menos.

Y sé que me lo dicen creyendo que me hacen un bien. Dios sabe que se me cayó el cielo en cima cuando oí tales palabras. Apartarme del mundo para que no tenga trato con los humanos es lo que, dicen y creen, me vendrá bien a mí cuando lo que necesito es cariño humano. ¡Qué locura, Dios mío del cielo y el dolor que se me amontona en esta tarde gris!

Me recuesto un poco sobre la aun por aquí fresca hierba y al mirar al frente, como en un espejo que Dios me pusiera en la pantalla del tiempo, me veo reflejado me miro y qué viejo me noto. Chupada la cara, calvo y el poco pelo que me queda, todo blanco, hundidos los ojos, la nariz arrugada y el cuerpo lacio. ¡Qué raro es el hombre que en la pantalla del tiempo, estas amadas sierras mías y Dios, estoy viendo reflejado! A mí mismo me compadezco o más bien me desprecio algo por la poca gracia y belleza que tengo. También por la gran pena que llevo dentro de mí. Tu, hermana, ¿qué dignidad, apoyo o riqueza podrías darme a tu lado si yo me fuera junto a ti, en caso de que me lo permitieras? Sigo mirando mudo a la pantalla del tiempo y sobre el que ahí veo apagado me quedo queriendo rezar y no rezo. Hermana, fíjate qué cuadro. ¿A quién culpo o rezo, a quién acudo, qué hago?

Si el mundo, la raza humana, en pleno año dos mil, ha sido capaz o en todo caso no ha sabido salvar a un monstruo como yo ¿en qué está tan adelantado este mundo? En técnica, ciencia, estudios académicos para que la juventud se forme, encuentre trabajo, gane dinero y a seguir comprando más coches, teléfonos, ordenadores y otros muchos aparatos que no sirven para salvar al más pequeño y humilde de la tierra ¿dime si esto es bueno? ¿Si se va por el buen camino?

Esta noche yo los
he visto
ir por la tierra
y donde la cumbre
larga,
en la fina hierba,
tuvieron que pararse
porque ella
empezó a vomitar
sangre
con tanta fuerza
que de rojo caliente
y vida
se llenó la hierba.

Les quise preguntar
de qué estaba enferma,
pero por respeto
a su dolor sobre la cresta
sólo me quedé a su lado
viendo como ella
se doblaba y vomitaba
sangre nueva
que le salía del corazón
y era tan fresca
que ahí estaba Dios
para que un poco más lo
viera.

Y yo le dije a Dios:
- Si ni soy ni tengo
fuerzas
¿para qué me
desgarras más
y, aunque estás, nos
dejas?
Dios mío del alma,
cuánto aprietas.

Pero a pesar de todo, cuántas gracias tengo que darle a Dios por tu presencia. Si las cosas nunca hubieran sido como fueron hasta esta misma tarde nunca te hubiera encontrado en mi camino. Nunca te hubiera conocido y menos nunca hubiera tenido la oportunidad de penetrar hasta los últimos resquicios de tu alma buena. Nunca hubiera podido oír el tono de tu voz, ni saber de qué color son tus ojos, tu cara, tu pelo y la dulzura que emana tu presencia.

Tengo que darle gracias a Dios porque si en lugar de haber permitido que hubiera conocido a estas sierras, a tu familia con sus ovejas, los campos que pisan y las veredas por donde suben y bajan de las montañas, no hubiera querido que yo por aquí viniera ahora mismo, claro que a lo mejor ni siquiera tendría dolor dentro de mí pero seguro que tampoco sabría nada de ti. Ni siquiera que existes bajo el sol que

alumbra a los demás humanos. Sí que ha sido una gran suerte y mucha más suerte ha sido que durante tantos años te haya podido ver todos los días. No ha sido mucho lo que contigo he compartido ya que tampoco podía pedirte más pero fue lo suficiente para que tu sencilla belleza dejara por mi vida una huella tan especial que te has quedado en lo más hondo y limpio de cuanto soy. Gracias al cielo y a ti que lo quisiste sin pedir nada a cambio. Hasta me has enseñado un poco más de sencillez, amor a los demás, sinceridad y sobre todo, limpieza de corazón.

Esto es así tal como te lo estoy contando pero como ahora el presente se hace tan insoportable y en la ausencia tuya ni siquiera tengo el consuelo de hablar estas cosas, todo lo hermoso que tuve la suerte de vivir, aunque no lo olvido, en estos momentos no puede quitarme el agudo dolor que barrena por dentro. Por eso te repito que tendrías que estar para que se me levantar el ánimo y pudiera sentirme otra persona distinta.

En la fuente que mana
bajo la roca grande
y entre las zarzas
estuve ayer por la tarde
bebiendo agua.
La última agua que bebo
por la tierra amada
y del limpio y azul venero
que de ti me habla
y por eso al sentarme allí
y mudo mirarla
me vi corriendo por ella
y a ti que estabas
jugando sin dolor ni pena
con mi propia alma
y al decirte que te quería
soltabas lágrimas
que se iban con la corriente
que allí manaba.
La última agua que bebo
y tú que estabas
presente y ausente en la tarde
y la sombra larga
de los pinos y los picachos
que también miraban
qué hacía yo por allí
y por qué lloraba
cuando todo era transparente
en la tarde plata.

Y ahora pienso que si por algún imposible sueño pudieras estar junto a mí en los momentos concretos de esta tarde última, con toda seguridad me ibas a decir que no me preocupara tanto por mi dolor.

- Que al fin y al cabo, también como tú, en este mundo de los humanos hay muchos que sufren y quizá más y por realidades de verdad duras y crueles.
Y te podría decir que:
- Tienes razón pero a todos los humanos nos pasa lo mismo: cuando los momentos que vivimos son tan especiales y duros, somos incapaces de alzarnos y salir de nosotros para entrar en los otros y acompañarlos en su dolor. Cuesta mucho acordarse de sufrimiento ajeno cuando uno se está muriendo a chorros. Puede ser cruel pero así sucede y me sucede.

I - Se le ve, a la casa,
en el valle
muda, quieta,
dos niños, de ella
salen,
andan pisando el barro
y aunque van para
algún lugar
no está claro a qué
parte,
se paran, charlan,
dentro, la madre
arregla cosas y sueña,
espera pero no se
sabe,
fuera, sentando en un
punto
que domina mucho
valle,
un hombre, algo
cansado,
es el padre,
no dice nada, no
piensa,
tampoco sabe,
hoy tiene que alejarse
de las tierras
que tanto dentro, les
arden,
bala una cabra por el
monte,
pastan las ovejas
y no hay nada ni nadie
que transmita algo de
alegría
o para siempre, calle.
Otra casa más arriba
en ella, alguien
ha matado pájaros y
los despluma
para un arroz grande
que dentro de un rato
se guisa,
se celebra algo, al aire.
Están los jóvenes en el
pueblo,
estudiantes,
con libros y fotocopias,
sin embargo, este es el
mundo que hay,
aunque se oyen cantes
de tres pajarillos
pequeños
y el día ancho que va
adelante.
van, vienen y salen
y en la mañana nebulosa,
ruidos de fondo que
están
dale que dale
y no se puede ni dormir
ni soñar como antes,

II - Alma, ¿hoy qué
esperas?
- Sigue el día ahora
mismo
con mucha niebla,
en el paisaje que se ve
y el que dentro queda.
Hay un ruido persistente,
grabe, piedra
que ha durado toda la
noche
y ni dormir, deja,
cantan algunos pajarillos
sin árboles, sin tierra
porque le han destrozado
el bosque
y trazan carreteras.
- Pero tú, alma que
vives,
¿Hoy qué esperas?
- Con el día que se va
alzando
un ruido ya se quita
y ahora mismo muchos
más ruidos
siguen y llegan,
hay una esperanza
débil
y de fondo, tristeza
porque hoy pude ser el
anuncio de algo
que cierra más puertas.

- Aun no me has dicho,
alma mía,
si hoy algo esperas.
- Que pase el día
aunque es igual si se
queda
porque la monotonía
es bien espesa,
sin embargo, rezo
sin muchas fuerzas
y que en este hastío
sin luz concreta,
siga el mundo
y lo que Dios quiera.

III - Y ahora ¿en qué piensas?
- Hay dolor en el mundo,
mucho dolor
que grita y atormenta
y aunque la mente está en blanco,
muy lejos de la tierra,
estoy aquí y soy
más bien miseria
o en todo caso estoy
sin otra presencia
que la sequedad en lo hondo
que barrena y barrena.

- ¿Y no piensas en nada,
alma concreta?
- Escucho ruido de coches,
de obras nuevas,
veo ciudades a lo lejos
con luces que parpadean
y son llanas como el horizonte
que ni atraen ni enseñan
y si me vengo a mí,
no hay más meta
que mirar con los ojos abiertos
y estar en la serena
luz que va llenando al mundo.

- ¿Por qué no piensas?
- ¿Y para qué angustiarme
en la espera
sin dormir por las noches,
que explote la cabeza
y al final tener lo mismo
y ser más pavesa?

Mucho dolor en el mundo
grita y atormenta,
yo en él ¿qué soy,
sin camino,
esperanzas ni meta?
arquitectos
en la etapa moderna.
- Tú, ve, habla y representa.

IV - Pero alma,
alguien puede ayudarte
en tus pocas fuerzas.
- Cuando uno ya es tan viejo,
no tiene ciencia
y los tiempos nuevos
van por sus sendas,
uno ya no importa,
ni es piedra
que puedan apetecer los

Di que a chorros te mueres
y no se dan cuenta.
- ¿Hablar? ¡Si yo pudiera!
¡Si ahora mismo pudiera
decir con palabras exactas
lo que me quema!

Pero no,
la experiencia enseña
y, una verdad
rotunda es,
que en la vida ésta
nadie puede ayudar
al otro
en lo que es esencia.
- Pero alma,
¿Entonces la tierra?
- Solo, fui en la lucha,
solo, si puedo, en la meta
y ya que al mundo no le sirvo,
la única puerta
es acudir al cielo y gritar:
¡Dios, aquí estoy
dame tus fuerzas!

¿Sabes lo que echo ahora mismo de menos? Como bien conozco yo muchas de las cosas que la ciencia ahora tiene repartido por entre los millones de humanos, sé que en los últimos tiempos se ha puesto muy de moda los teléfonos móviles. No hace mucho te compraste uno para hablar con aquella persona que tanto empezaste a querer. Te entusiasmaste de tal manera que a todas horas estabais hablando. No tengo nada qué decir ni en contra ni a favor, porque ahora comprendo es casi imposible vivir en el mundo y escaparse de las cosas que este mundo ofrece. Dios sabrá, en el futuro, en qué acabará esto como también otras muchas cosas. Pero quería decirte que en estos momentos, cuando tan solo me encuentro y tanto me acosan los sentimientos junto con la realidad que en unos meses va a caer sobre mí, lo que más echo de menos es precisamente uno de esto teléfonos. Desde la lejanía que poco a poco va siendo más porque así me está pidiendo Dios que sea, podría llamar y hablar, más que para ninguna otra cosa, para oír y así notar el alivio en mi alma. Como cuando aquel día de la primavera hermosa cuando te encontré sobre las rocas de la gran montaña y besada sólo por el puro viento y el sol que el cielo regalaba.

Dicen que a caer la tarde
de una primavera en calma,
se me vio por el camino
que lleva a la gran montaña
y dicen que al coronar la cumbre,
en el rodal de la hierba escasa,
se encontró con la flor silvestre
que sola crecía y temblaba.
Y dicen que como estaba triste
de tanto como apartaban,
me paré ante la flor
y pronuncié estas palabras:
- A ti que eres flor pura
donde en la noche el viento acampa
y rocío inmaculado
donde la nieve se hace nácar,
a ti que te besa el sol
más limpio de la mañana
y viste la seda de la luz
que a los prados Dios regala,
a ti que tiemblas primaveras
en tu cuna esmeralda
y sonríes sin parar
y sin parar repites gracias,
de rodillas te saludo
flor silvestre toda blanca.
Y la flor me preguntó:
- ¿Hay un dolor en tu alma
y por eso me ves tan hermosa
y tan consuelo de tus llagas?
Y dicen que le respondí:
- Un dolor hondo me mata
y buscando algo de alivio,
en esta tarde callada,
vengo huyendo de mi cárcel
y por los campos y casa
vago herido y sangrando
rebeldía y muerte amarga.
En el perfume que mana del monte
y la fuente que arrulla clara
busco algo de reposo
y en ti, flor de las montañas,
sólo mirarte en silencio,
mi dignidad humillada,
encuentra su trozo de cielo,
la libertad y la calma
que me negaron queriendo.
Y ella me respondió:
- A Dios buscas y a Dios amas
por esta tarde preciosa
de primaveras preñadas
y por los pétalos de nieve
que en mí vistió como gala,
sólo a Dios, los dos debemos,
dar sinceras gracias.

Y en este sueño mío, abrazado por la tarde que va cayendo y acosado por la realidad tortuosa que acorrala mi vida, cojo el teléfono ficticio que en mis manos tengo. Me sé el número de cuando lo regalaste aquel último día en tu colegio. Marco. Espero que suene y que lo cojas. Mientras corren estos breves segundos siento como si hubiera pasado más de un siglo desde que te vi la última vez y oí tu voz. Más de un siglo y hasta siento como si todo aquello que soñé y mi corazón rumió en los días primeros de belleza limpia, se hubiera marchitado

en no sé qué lugar del tiempo, aunque permanece con la frescura y luz del día primero en cuanto abro el cofre de mi corazón. Me digo ahora que sólo oír tu voz será en mi alma como una explosión de vida.

Y tu voz suena como si fuera un trozo de sueño que sólo conozco yo en todos sus matices.
- Dime.
Ya sabes quién soy porque estos aparatos modernos te dan la información en su pantalla. Te pregunto:
- ¿Cómo estás?
- Estoy bien pero te oigo lejos.
- ¿Cómo puede ser si te tengo a solo dos pasos, sobre la cumbre junto a la nava? ¿No te acuerdas que pasé por ahí hace un rato y estabas llorando?
- De eso ha pasado casi un mes y no era así exactamente. Ahora me encuentro en una casa muy grande, hermosa, con mucho lujo y que entre pinares, se alza en las finas arenas de limpísimas playas y viento con olor a algas marinas.
- ¿Y qué haces ahí? Porque te ibas a un campamento de niños deficientes por un pueblo al otro lado de las montañas nevadas.
- Eso fue lo que planeé pero las cosas se torcieron, no sé si para bien y para mal y ahora me encuentro en este lugar con el alma de la sierra. No tengo mucho trabajo y como las personas que por aquí vienen de vacaciones son buenas, me siento como si estuviera en mi casa y rodeada de los míos. En tiempo de siesta todos los días me bajo a la playa donde me baño y luego duermo.
- Es una experiencia nueva ¿verdad hermana?
- Sí que lo es.
- ¿Cuándo vuelves?
- Volveré a mediado del segundo mes.
- ¿Y luego?
- Tengo pendiente sacarme el carné de conducir. Me iré unos días al pueblo blanco que conoces y luego, como ya será final de mes, tendré que darme prisa y preparar la matrícula para el curso que viene. El tiempo que desde esos días me queda

hasta que comience el curso, viviré con mis padres, mis ovejas y la hierba verde en la casa de las montañas y el valle que conoces.
Y quise decir que:

Cuando ayer soñaba
y construía el futuro
para alzar la casa,
desde el pensamiento
gris
que tanto me aplasta,
me decía y creía
que quizá bastara
sólo en Dios tenerte
pasado mañana.

Pero hoy que el día
me presenta otra cara
y ya la lejanía
se come en la distancia
la dulce imagen tuya
y el calor de mi alma,
dudo y temo un poco
que la viva y clara
belleza que transmites
a mi pobre alma,
al correr del tiempo
se mantenga intacta.

Y es que el corazón
de la raza humana
siempre fue lo mismo:
lo que ayer lloraba
con hondo dolor
y con pasión amaba,
al correr del tiempo
suave bien se apaga
quedando solamente
la huella grabada
y si en Dios se
guardó,
eterna su marca.

Quiero también decirte que para cuando vuelvas, por esas fechas, ya no estaré en mi vida, las cosas no van a coincidir con las tuyas para nada. Quiero decirte esto como lo más inmediato pero también tengo necesidad de preguntar si te encuentras con fuerzas para echar una mano. Sin que te lo diga, en un sueño en mi mente, oigo que preguntas:
- ¿En qué quieres que te eche una mano?
El dolor me pide que hable para sentirme mejor pero la razón me sujeta y por eso no respondo a tu pregunta. Ahora me digo que todo lo que esta tarde y en este tiempo último estoy viviendo es como un sueño. Un sueño y yo ando dentro de él como un loco que necesita vida. Por eso guardo silencio pero preguntas de nuevo:
- ¿Dónde estás ahora?
A esta pregunta sí contesto diciendo que:
- Estoy en las montañas que rodean al valle donde naciste.
- ¿Y qué haces por ahí?
- He venido a verte porque te estabas muriendo y a mí también se me acaba el mundo para vivir.
- ¡Estás loco!
Y ya no sigo hablando ninguna otra cosa contigo. Cuelgo el también irreal teléfono por donde he imaginado que hablaba y

ahora que me vuelvo a quedar solo. Continuo en el centro de las montañas por donde creo puedo encontrar algún consuelo. Oigo una voz que dice:

-Alma,
¿Por qué deseas que Dios
se lleve a tu hermana
ahora que tanto la quieres
y la echas en falta?

- Lo deseo pero no lo sé,
mas deseo que se vaya,
que se le pare el corazón
que la vida le regala
y que vuele al abrazo de Dios
en esa eternidad soñada
que busco yo.
- Pero alma,
¿No es cruel tu pensamiento
y tu ansia?
- Tan poco lo sé
porque no sé nada,
sólo noto que mi espíritu
tiene tal llaga
con su ausencia y este destierro,
que si volara
esta hermana divina,
al seno del Dios del alba
que a los dos nos quiere,
ya la sentiría salvada
y allí con ella me iría
mañana.

Pero ahora que he colgado el teléfono invisible me digo que debería haberte contado la realidad completa. Te debería haber dicho que me estoy muriendo a chorros y que sólo tú puedes salvarme en esta angustia o desenlace final. Te necesito tanto que si en cualquier momento de estos descubro que me fallas como otras tantas cosas ya me han fallado, no tendré fuerzas para soportarlos y por eso seré capaz de quitarme la vida. No encuentro otra salida. Creo que este mundo y, tú con él sin quererlo ni saberlo, no me dejáis otra salida. Mas, ¿cómo hacer esto para que toda la vida ya te sientas culpable sin que lo seas? Y otra vez preguntas:
- ¿Pero en qué puedo ayudar?
- Una ayuda muy simple y que cuesta muy poco. Sólo necesito que me hagas sentir que cuento contigo para siempre. Que no reniegas de mí pase lo que pase y que tu apoyo, sólo para sostener en esta lucha y camino hacia el Dios de la eternidad, lo tengo ahora, mañana y cuando pasen veinte siglos. Fíjate qué poco y cuánto puedes salvar. Es así como lo siento y esa así como lo digo porque creo que no hay nada más. ¿Dónde estás y por qué no vienes y me regalas la vida que no tengo con tu simple apoyo? Me estoy muriendo a chorros y temo que

no voy a poder salir de ésta. Acudo a Dios pero también Él permanece en la oscuridad total y sin una señal que pueda animar. Tú que has sido la mejor entre todas y desde que te conocí ¿por qué ahora tendrías que dejar de serlo? ¿Por qué ahora tendría que perderte para que así tenga que llorar la muerte de lo que tanto he querido?

Esto y no sé cuántas cosas más me van saliendo desde lo más hondo como si quisieran hacerse carne ante tus ojos y los de los demás para que veías y ven hasta donde es mi dolor. Pero nada de este digo aunque sí es verdad que lo siento desde lo más hondo. Temo que al saber de este sufrimiento te empieces a sentir mal, te tortures y se te nuble la mente sin que te quede luz para ver cual sería el camino. Temo hacerte daño y no quiero porque no te mereces esto que es lo peor que se le puede dar a un ser humano. Pero la locura en la que me ha sumido este dolor me lleva a pensar, meditar y gritar hasta lo inimaginable.

Y en este delirio hablo otra vez y digo:
- Para que sepas dónde estoy ahora mismo y por qué estoy aquí quiero contarte la historia desde el principio. Cuando dejaste de estar presente por el pueblo blanco de la loma larga, se me hizo imposible vivir en aquel mundo. Una tarde, al poco de faltar, cogí el coche y me puse en marcha rumbo a la sierra para encontrar. ¿Sabes qué es lo que quería ver?

No te lo digo porque no puedo ser tan cruel contigo pero quería ver un rincón muy concreto de estas sierras. ¿Que para qué era este rincón? No te lo digo porque pertenece a lo más íntimo de mi alma, Dios y la eternidad. Pero este rincón me llamaba y sigue con la fuerza del consuelo que apetezco y necesito. Antes de que sucediera lo que a nadie va a importar sobre esta tierra, quería ver este rincón y gozarlo desde la vida. Y fíjate que paradoja: por ningún otro lugar de la gran sierra buscaba yo este rincón sino por donde el paraíso privado. ¿Para qué y por qué? Puede que dentro de unos días lo sepas pero ahora no te lo digo.

Pero conforme venía de camino me fui por otra carretera porque me dije a mí mismo que era mejor entrar a la sierra por donde las montañas son más hermosas y grandes. Antes de llegar al valle que es surcado por el río grande, al encontrarme con las ruinas de un cortijo que mil veces he visto entre olivares, me volví. No tuve ánimo de seguir porque me parecía que era una verdadera locura lo que estaba haciendo y rumiaba en mi soledad. Una fantasía que yo me había inventando y ahora me encontraba cogido entre sus redes sin poder salir. Pero a otro día por la tarde volví a intentarlo. Cogí el coche y de nuevo me puse rumbo a las montañas. Te cuento tal como fueron las cosas y lo que sentí:

“Es la despedida aunque todavía me queden algunos días más por aquí. Pero también puede ser la otra despedida: la que nadie espera y creo es la mejor para que en mi vida se acaben tanta angustia. Del pueblo blanco de la loma larga, salgo y ahora ni sé siquiera si lo amo o no. Dieciocho años estuve por aquí, pisando sus calles, hablando con sus gentes, respirando su aire, recibiendo sobre mi cara y manos las gotas de lluvia cuando caía y acariciando el frío de mañanas y tardes en los meses de invierno. En la época del verano ni quiero recordarlo como tampoco el lugar donde estuvo el rincón pequeño que me cobijó. Sólo porque ahí estuviste y dejaste tanto rastro de Dios se me hace agradable el recuerdo.

La carretera sale dirección a lo que es más centro de la región andaluza. Luego se tuerce para la derecha y por este lado, sobre el pequeño cerro, se me presenta el terreno. Un rodal de tierra todavía libre de olivares por donde esta tarde se espesan los rastrojos de trigales ya segados. Más de mil veces puse mis ojos se recrearon al pasar por aquí, sobre la hierba que cubría este rodalico de tierra. Cuando en el invierno la escarcha era blanca, en la primavera cuando brotaban las amapolas y luego entrando el verano que ya empezaban a tornase amarillentas las sementeras. Siempre que he pasado

por aquí me distraía y gozaba mirando a este recogido rodal de tierra hoy en su silencio y para mí, ya sin valor ni vida.

Por un lado y otro, enseguida aparecen los olivos. Esa masa tan densa de olivos que cubren las infinitas tierras de esta región. Ya me da igual pero hace unos años, por las tardes me perdía siguiendo los caminos polvorientos en busca de algún secreto que intuía entre estos grisáceos olivares. He puesto una cinta en el casé para que suena y me acompañe algo de música. Es una música muy curiosa. Casi toda de Juan Sebastián Bach pero en arreglos modernos para instrumentos electrónicos. Es una música hermosísima pero muy curiosa y en esta tarde, sublime, honda y también triste.

Ya he dicho que el día está cubierto con gran manto de nubes densas y negras. Es raro porque en esta época del año, lo más normal son días con cielos despejados y con un sol de justicia. En verano hace mucho calor por estas tierras. Pero el día de hoy está cubierto por un denso mar de nubes que amenazan lluvia. Quizá llueva hoy y empiece en cualquier momento. Me dijo que mejor fuera así porque de este modo parece como que hasta la naturaleza quiere regalarme un detalle para que no sea tanto mi dolor. Y lo digo porque los días nublados, el otoño, invierno y primavera, son los que más me gustaron desde siempre. En estas tierras he tenido la oportunidad de gozarlos hasta quedar plenamente saciado.

Al frente mía he puesto una imagen para así verte con mis ojos mientras añora con mi corazón. Es la imagen que aquel hermoso día recogimos sobre el collado de los pinos enanos y la tierra blanca. Cerca del rincón que quizá dentro de poco pase a la historia. Donde mana la limpia fuente que presta su chorrillo a los tornajos de madera. Desde aquel día yo lo llamo el collado de la hierba verde porque así es como la hierba está por allí casi en todas las épocas del año. Voy en dirección contraria a donde siento que te encuentras ahora.

Pero voy a la sierra para dejar que ella me duela cuando ya se me acaba el tiempo por aquí. Por el pueblo blanco de la

loma larga, en que tan bien conoces y te conoce, esta mañana he salido dando un paseo cortico y sólo he encontrado mucho silencio, calles desiertas, personas que han venido de vacaciones, coches con matrícula también de fuera y ello me ha transmitido una extraña sensación. Parece como si desde que os fuisteis de aquí, tú y los compañeros de estudio, algo muy grande se ha muerto dentro de mí y para siempre. Quizá sea yo el que realmente se va pero cuando siento con esta fuerza y dolor la pérdida de lo amado puramente, pues creo que lo muerto está fuera de mí.

El día de hoy se ha levantado todo nublado. El aire que corre es fresco y hasta la luz parece otra. Me digo que es como si Dios me hubiera preparado un especial día para recibirme en el rincón que me regaló y del cual eres el alma. Se parece a unos de esos misteriosos y bellos días de otoño o primavera. Las épocas del año que más me gustan. Salgo del pueblo y cojo la carretera que me llevará a tu sierra. La que he recorrido mil veces a lo largo de los años que por aquí me permitió Dios estar. La misma que también has recorrido y por eso, ahora en mi alma, no puede dejar de ser una parte de lo que eres. Siempre que pasé por aquí la vi en una dimensión o con unos ojos que nada se parecían a lo que ahora mismo veo y siento. Es la despedida. Por eso he puesto, para que me acompañe, una música muy especial. La de Juan Sebastián Bach pero en arreglos para instrumentos electrónicos. Con estas notas quizá logre que sean más hermosas las horas que empiezo a vivir.

Por entre los olivares aparecen al fondo las altas cumbres de una gran parte de la sierra. Es que estuve recorriendo a lo largo de estos dos últimos años para sacar de ella un hermoso libro que dejo terminado. “Vacaciones Junto al Río”, le puse por título pero es algo más. Mucho más y tú fundido entre sus páginas como a lo más fino y sagrado que se me ha permitido gozar bajo el sol. Fue un libro escrito para ti, sin que lo supieras porque nunca lo dije pero nació desde ti, para ti y por ti. Como tantos otros arrancados a los caminos, valles, cumbres y silencios de las montañas a las que

perteneces. Casi veinte años pisando cada mes viejos caminos, rincones fantásticos, ruinas de cortijos y conociendo historias de pastores, arrieros, leñadores y otros personajes de estas sierras tuyas. Todos fueron libros escritos para ti porque en cada brizna de hierba, en cada gota de rocío, en cada copo de nieve, en cada silencio, amanecer, atardecer y noche estrellada, estabas y estás y por eso he logrado amarte con la belleza y fuera que ahora es real. Creo que el mejor de todos los libros escritos, arrancados a estas sierras, es el que lleva por título: "Aromas de Hierba", porque ahí palpitas con la fina vida que llevo en mi alma y en forma de poesía. Le sigue el que también titulo con el nombre de "Las cuatro estaciones", "La Cruz sobre las cumbres", "La senda de las Higueras", "Fragancias de un beso" y miles de fragmentos más que fui dejando entre tantas páginas sacadas desde mi alma en la soledad de mi rincón pequeño.

Voy en dirección a como te encuentras aunque me has dicho que por estos días te paseas por una playa de arenas finísimas y pinos de copa redonda. Así que ahora no estás en tu sierra aunque yo sé que si lo estás porque la que llevo en mi corazón es la que yo conocí y amo entre la hierba verde. Pero fíjate hasta donde pienso y mis sueños te materializan que la otra noche, sin saber siquiera cómo es ese rincón por donde, en playas de arena y pinos redondos, te encuentras, lo vi y se me hizo vida. En un sencillo poema lo materialicé y te inmortalicé. Lo pongo a continuación para que lo conozcas.

Anoche soñé
y vi que eras como una casa nueva,
muy hermosa, limpia y grande,
con paredes de buenísimos ladrillos,
y con amplísimos y luminosos ventanales
por donde entraba la luz de la mañana
y a chorro, un fresco y puro aire
todo perfumado de esencias delicadas
de romeros de montañas y de pinares
y por donde tú entera eras como si el corazón
estuviera por allí, en la tranquila tarde,
en un descanso relajado y llenándose de Dios
en una paz deliciosa y hondamente amable.
Pero la casa, tú grandiosa y firme,
como a orilla de preciosos y nuevos mares
con playas de arenas finísimas
y purísimas olas de transparentes aguas suaves,
era tan hermosa y delicadamente atractiva
porque tu Dios, el buen hermano y padre
por allí estaba como de vacaciones
entrando y saliendo y yendo a su aire
por las hermosas puertas de tu alma limpia,
por los pasillos luminosos de tu corazón gigante,
por el jardín verde y más que florido,
de tu sonrisa de primaveras por los valles
y sobre todo, de estancia cuidada y limpia
donde Dios estaba agustico y reconfortable.

Soñé anoche esta casa luminosa y pulcra
junto a las playas más bellas y bosques de pinares
y qué sensación más dulcemente buena
en la vida y en el alma dejaste
sabiendo que eras como casa grandiosa donde Dios
estaba dentro
y se sentía muy feliz entrando y saliendo a su aire.
¡Qué sueño más bonito fue este sueño
y cómo parece que en la vida sencilla lo haces
siendo limpísima casa entre playas y brisas de amaneceres
donde ofreces a Dios mansión con tus amores de azahares
para que contigo ahí esté solamente agustico
como de vacaciones en el edén más bello y grande!

Nota: este poema nace de un sueño real.

La carretera que voy recorriendo es hermosa según el día y el estado del alma con que las mire. Junto a ellas y en las cunetas crecen las adelfas, el pasto contracta con las flores de las adelfas y el color de la tierra rota. Sembraron cipreses para

que sujetaran la torrentera y en cuanto la vista se escapa de estas torrenteras, aparecen los olivares. Los infinitos y tristísimos olivares porque en ellos no tengo ni una chispa de mi corazón a pesar que muchos quieren convertirlos en símbolo de no sé qué. En reclamo para turistas o en bellezas que inexistentes porque no la tienen. Son árboles torturados por las toneladas de abonos que reparte entre ellos, los millones de insecticidas y hasta la tierra siempre arañada y rasgada por los arados. No son bellos estos extensísimos olivares por más que se empeñen a decir lo contrario sino que como yo, son seres fuera de su realidad concreta y manejada para un fin último.

Hoy por esta carretera no pasan muchos coches. Pero ya te he dicho que esta carretera va a llevarme al valle de tu gran sierra, al paraíso particular donde naciste, donde nace el diamantino río y yo te encontré aquel día de agosto como el de hoy, sólo que veinte años después y con una herida en mi alma que me quita la vida. Hacia ese rincón tiendo como si alguien o algo me dijera que sólo ahí tengo la única bocanada de vida limpia que aun puedo encontrar sobre esta tierra. ¡Pobre de mí y qué ilusión más tonta! Y lo digo porque en el fondo lo que voy buscando, como tantas veces, es sólo cariño, comprensión, apoyo humano y como en ti y los tuyos lo he visto de verdad, pues me digo que por fin encontré lo que siempre me faltó. Pero pobre de mí, me repito otra vez. Aunque quiero cerrar los ojos y creer que todo es con la inocencia del primer día.

Según voy avanzando por esta largísima carretera por la loma blanca de los olivares, se me van cayendo las lágrimas. Lo digo para que se sepa pero que no es algo especial. Desde hace unos días, desde que faltas y como si intuyera que ya faltarás para siempre, no dejan de salirme lágrimas por los ojos. Pero de todos modos también pienso que este hecho no tiene importancia cuando se da con tanta frecuencia como ahora en mí y cuando son motivadas por el sufrimiento oculto que me correo.

Voy ahora por la recta larga donde a los lados crecen hinojos, grandes cardos y enseguida los olivares. Al fondo ya empiezo a ver con más claridad las sierras amadas. Hoy no las cubre la hermosa nieve que siempre hay en los meses de invierno. Hoy las corona la gran masa de nubes que ya dije. Blanca a lo lejos y horizonte, negras por lo alto. Abiertas como borregos que estuvieran pastando en las praderas de la finas hierbas. Como tus ovejas

¡Cuántas veces no has recorrido esta carretera! Pasaste por aquí desde aquellos primeros días en que Dios te empezaba a regalar vida y ahora, fíjate lo mayor que te has hecho. Siento una gran congoja en mi pecho. Algo me dice que si no te hubieras hecho tan mayor, que si por aquellos días se te hubiera acabado la vida, como a veces me decías, ¿no hubiera sido mejor? Pero sé que no. Es un pensamiento egoísta y hasta cruel pero así son las cosas de los humanos en esta tierra. Y yo soy no sólo uno de esos humanos sino el raro entre tantos. Algo ya sabes de este porque en alguna ocasión lo hemos hablado pero no del todo. Quizá dentro de unos días comprendas, si es que tu mente puede penetrar hasta donde hoy yo creo ando perdido.

¡Cuántas veces, quizá todavía no volverás a pasar por esta carretera y yo ya ni estaré para ver ni para soñar siquiera! Pero serás grande entre las grandes porque así te han visto los ojos del alma y es así la última imagen que me llevo. Sencilla para que nadie sepa sino aquellos a los que elegiste pero en este matiz, la grande entre todas. Mas ahora guardas silencio y me temo que será para la eternidad. ¿Estaremos por allí el día que por fin Dios tenga el deseo de dar la gloria que promete? ¿Estarás por allí y en qué rincón apacible? ¿Estaré y en qué espacio separado? Ni pensarlo quiero aunque sé que es un pensamiento proyectado hacia un futuro incierto para no aceptar ni ver la realidad presente.

Cuando de nuevo vuelvas a pasar por esta carretera que ahora recorro camino de tu sierra, quién pudiera ver para

recoger el momento, para amarlo, para dejarlo escrito con la belleza que lo sueño y amo. Vuelvo a decirme que lo mío es todo pura fantasía. Algo inventado por mí porque tenía que agarrarme a un rayo de luz puro para sobrevivir. Es una pura fantasía que sólo está en mi corazón y por eso, fuera de este corazón mío, nadie podrá ni sentir ni nunca gustarla con la belleza, tristeza, hondura y quizá dolor con que yo ahora.

Después de la recta me saludan unas encinas grandes. Bajo ellas, hace muchos años una vez estuve por ahí con un grupo de jóvenes. Vagamente lo recuerdo por eso no me dicen nada en esta tristísima tarde. Son tantas las cosas que ahora voy rozando, cruzando y dejando atrás en este recorrido que no me dicen nada que por eso creo que este momento doloroso ya se realiza mucho más allá de la materia. No se da bajo el sol que alumbra al mundo de los humanos. Pero a pesar de esto, como tantas cosas en este suelo, no se me mueren ni se me morirán nunca.

Remonto y aparece el pueblo blanco. Otro pequeño pueblo sobre la gran loma que se aplasta por la derecha de la carretera. La música que puse me sigue acompañando y ahora cada nota se me clava en las fibras del alma. Son como pequeños cuchillos que vinieran a rematar un poco más esta vida mía pero de una forma dulce y abrazando. Tampoco este pequeño pueblo me dice nada aunque sí me lo dice porque por sus calles crucé muchas veces cuando empezaba a ir por la sierra que te pertenece. ¡Qué lejos siento aquellos años y qué vacíos de belleza!

Me brota del corazón como las notas de una melodía. Una melodía que nunca oí en ninguna parte de este mundo pero que existen y tienen vida. Parece como si ellas vinieran a decirme que quiere materializar la tristeza que ahí dentro hay para que tampoco muera nunca porque nace de un gran amor. Un amor que nada tiene que ver con los miles de amores que se dan bajo el sol. Estas notas son como la voz de la vida que en mi corazón no se ha podido materializar. Estoy pensando

que este día, a pesar de lo que dije al comienzo, yo no lo tenía preparado. No lo he preparado. Me ha surgido como de pronto cuando esta mañana todavía estaba en mi cama y pensaba en escenas y situaciones donde estabas como la esencia vital.

Y ciertamente ahora que ya he pasado el segundo pueblo de la loma larga, me digo que parece como que Dios lo hubiera preparado con una envoltura o traje realmente especial. Ya dije que no se ve el sol, el viento es muy fresco y por eso la temperatura muy agradable. Casi extrañamente agradable si lo comparo con los demás días que el mes de agosto trae ahora por aquí. Quizá Dios me ha preparado este día pero ¿para qué y por qué? A veces siento que estas fantasías mías no tienen nada que ver con Dios. Como si fueran inventadas y vividas solo por mí por no sé qué necesidad oculta. Ya sé que hasta en esto me diferencio de los otros. La mayoría abrazan al mundo y a las cosas sin más y tiran para adelante cogiendo de aquí y de allá para entretenerse por el camino. También yo lo haría, lo sé, si la oportunidad se me fuera dada. ¿Pero por qué no se me ha permitido las cosas que sí se le permite a tantos y tantos aunque sean vulgares entre millones? Lo hubiera deseado porque esto de ser diferente desde que se nace hasta que ya no se puede más con el peso de los años, es lo más difícil que ser humano pueda vivir en esta tierra. No hubiera querido ser distinto pero lo soy y yo bien que lo sé.

Este recorrer hoy el camino que lleva a lo más hondo de tu sierra y gustarlo hasta en sus matices más secretos, dolorosos y dulces al mismo tiempo, nunca nadie se lo ha planteado como hoy. ¿Por que yo sí? ¿Es algo que tiene que ver con Dios? ¿Me lo pide Él? Me sale desde dentro y con fuerza algo me arrastra pero siento como si también fuera una forma de llenar el vacío tiempo que me va prestando la vida. Porque ¿qué saca Dios con esto? ¿O qué quiere que yo saque?

La carretera discurre por todo lo alto de la loma. A la derecha, según la dirección que llevo, me va quedando la gran vega del río Guadalquivir. El hermoso río que tanto he recorrido y conozco desde su mismo nacimiento, sus cumbres más altas y valles más verdes y a lo largo de toda la gran sierra. Por la izquierda queda otro río que también baja de algunas partes de la sierra que amas pero esto es menos conocido por mí y también menos bello. Pero algunos de los pueblos que por esas partes altas de las montañas existen, me conocen también porque los tengo pisados casi en cada metro de sus calles. Ellos saben de mi soledad y los deseos de mi corazón cada vez que por aquí vine.

Me acero al gran pueblo de esta larga loma. Ahora descubro las cumbres de la sierra que rebosa desde tu paraíso privado. Muchas veredas, laderas, arroyos y praderas tengo yo recorridas por ahí siempre en solitario y buscando no sé qué pero buscando. Siempre supe que era a Dios a quien buscaba porque es lo único que bajo el sol tengo. Pero sin saberlo ni buscarlo para donde el corazón se me fue yendo fue precisamente hacia el rincón al que hoy tiendo. Por allí estabas y fíjate que tardes muchos años en hacerte carne dentro. Llegaste como la brisa del amanecer y te fuiste colando dulce y sin violencia para estamparte en lo más hondo y puro. Ahora de ahí ¿cómo podría yo arrancarte? No lo quiero, desde luego pero si lo hiciera, por alguna decisión extraña, sé que al arrancarte contigo se iría la vida. Un día lo dije y respondiste:
- Tu vida no se viene conmigo sino que se queda la mía.
No supe qué era lo que querías decir con estas palabras pero así lo dejé.

¿Por qué Dios quiso que sólo ese puro rincón de tu paraíso privado fuera el que más dentro de mí se metiera? ¿Por qué lo quisiste? ¿Por qué ahora me tengo que arrancar? ¿Es Dios el que lo quiere? No lo pongo en duda pero también tengo derecho a preguntar que si permitió que en un principio se me colara y te me colaras tan dentro y de la forma más pura, ¿por qué ahora me pide que lo arranque para que me

quede vacío? No lo entiendo y como la carne se apega a las cosas de la tierra y a los humanos, llora aunque el espíritu sepa que lo mejor es lo que Dios pide. Pero Dios pide duramente y por eso duele. Bien que lo sé.

Mira que recorrí años y años tantos rincones de esta tierra, mira que me encontré con tantos con tantas personas buenas de las que por aquí viven, pisé tantos caminos, subí tantas montañas, bebí en tantos veneros y me sacié tanto y tanto del verde de la hierba, las auroras blancas, el azul del cielo, la nieve que caía y del viento y sin embargo, al correr de los años y sin que yo lo eligiera, el único rincón hermoso y grande que se me ha quedado dentro es donde tu paraíso particular. Yo si que no lo busqué y en este caso de ello estoy muy seguro. Dios me lo regaló y tú lo trajiste cada día en cachitos pequeños para que lo fuera bebiendo. Así fue que donde nace el río diamantino, me clavaste con la misma fuerza de la vida y muerte para que ahora no pueda escapar por más dolor que sienta. En el fondo yo tampoco deseo escapar porque en ningún otro lugar tengo nada y mucho menos, que se parezca a lo de tu rincón. Es como si fuera el centro mismo del universo y desde ahí se me permitiera tender hacia la eternidad.
¿Quién eres y qué es tu rincón pequeño?

Por el asfalto negro de la carretera que recorro ¿qué puedo yo encontrar que hoy me alivie? Y sin embargo, según la voy recorriendo entre curvas, rectas y ahora ya sí bastante ancha en algunos tramos, pues me pregunto que: como por aquí pasaste tantas veces ¿qué es lo que venías pensando en aquel y aquel momento? ¿Qué es lo que traías en el corazón cuando te acercabas o alejabas a estos pueblos que has visto y saben de ti en ese silencio misterioso que siempre te rodea y te tiene como sumida en un abrazo con Dios? Un camino más que recorro con el mismo dolor dentro, una mañana más de verano que me tiene entre su seno recogido en un abrazo y sólo, casi desnudo frente a Dios y el cielo que te conoce.

Un poco antes de los treinta kilómetros que recorre la loma ya se divisan a lo lejos, y no demasiado, dos pueblos más con sus torres y sus iglesias. Todo redondo de olivares que se presenta ahí como clavados. ¡Dios mío! ¡Cuántos no viven ahí, cuántos no sueñan, cuántos no mueren y cuánto a mi no me son indiferentes tantas y tantas veces como por aquí he pasado! Y aunque sea tal como ahora lo siento, ¿por qué nunca antes ni lo noté y hoy sí? ¿Por qué nunca antes sentí corriéndome por las venas mil ríos de dolor y sangre y otras veces no? ¿Me lo presenta así esa fuerza rara y misterios que me empuja a irme de esta vida? ¿Es la vida que dentro de poco voy a perder la que me presenta esta faceta de las cosas que van viendo mis ojos y rozan las carnes de mi cuerpo?

Este pueblo también grande y como dormido en lo más alto de la loma, lo conozco pero nunca me quedé en él. La carretera en tiempos pasados, lo cruzaba por su mismo centro y ahora no. Pero aquí se queda también este pueblo. El que sabe de ti en esas cosas que a mí me gustaría saber. Y al pasar el pueblo los cerros se quiebran para dar forma a un collado. De este collado tengo recuerdos muy curiosos y bonitos. Cuando las lluvias o las nieves caen siempre este collado se llena de niebla y por aquí corre con fuerza el viento. Las nieblas y los vientos pasan de un valle a otro y al cruzar el collado azotan con mucha fuerza.

Tengo que decirte que todavía no he preparado las maletas para partir. Ya sé que debo irme. Sé la fecha exacta y por eso vivo algo más tranquilo aunque el dolor sea mucho. Es como si esperara hasta el último momento porque algo me viene diciendo que no se consumará este destierro. Algo espero y no sé qué pero espero. Como si alguien o algo tuviera que llegar para salvarme no sé tampoco de qué. Hasta creo que Dios quiere que las cosas sean así. Pero el corazón se resiste. Siento miedo. Todo el mundo siente miedo ante el dolor. Y hoy fíjate. Hoy que es un día en el cual podría estar preparando las maletas, cojo y me vengo por los caminos hacia el rincón tuyo sabiendo que ni siquiera estás. No preparo nada.

Me vengo siguiendo los caminos como si quisiera decirme a mí mismo que esto no va a continuar. Que esto no muere. Que sigue con vida igual que tantos días y hoy, pues no será sino uno más.

El pueblo del infinito ya se me va quedando atrás por la izquierda. Ahora las montañas de tu sierra aunque todavía están lejos de donde vives, me van apareciendo con su misteriosa belleza. Ya he dicho que está el día nublado. Con nubes que no tienen color como cuando se forman las tormentas en las cumbres de tu alta sierra. Las nubes que hoy cubren el cielo son grisáceas, como enormes ballenas que estuvieran durmiendo una siesta irreal y de vez en cuando las despierta el viento para que no se olviden que tienen que seguir vivas. Alzan entonces sus cabezas y se asoman desde los más alto de las cumbres para los barrancos y voladeros de estas hermosas sierras, ganadas en el corazón y por amor, para asegurarse una vez más que todo sigue en su orden de siempre. Que todo sigue en la quietud de Dios y el silencio preñado que tan delicadamente se me permitió atravesar para gustar en más dulce de los secretos. Ellas, las grisáceas nubes que hoy cubren el cielo, sí saben como yo de la hondura y belleza contenida en los paisajes de estas sierras. Hoy me van dando compañía mientras me acerco a las cumbres donde tienes tu nido para sostenerme un poco más y decirme que en este mundo he gustado la vida más intensa y pura y en este mundo tendré que permanecer hasta el día y la hora y puede que la eternidad entera. Me lo están gritando desde su mudo silencio que es el murmullo de Dios hablando al espíritu.

¡Cuánto saben estas nubes de mí y yo de ellas y ninguno de los dos lo podemos decir porque no hay palabras inventadas por los humanos que puedan expresarlo! ¡Cuánto saben de los mil rincones que tengo recorridos, amados y llorados desde mi secreta soledad y también secreto amor! Y ahora ni siquiera, parece que lo intuyo, van a echarme de menos cuando me vaya. Parece que lo intuyo porque deseo lo contrario y con tanta fuerza que hasta me gustaría que

conmigo se alzaran y se presentaran antes todos los hombres del mundo para pedirle que reconsideren la decisión que han tomado unos cuantos. Quisiera que ellas fueran salvadoras mías ante el mundo entero pero este es otro más de mis deseos inútiles y románticos. Sin embargo, a estas hermosas nubes que en la tarde me van dando compañía y a otras muchas que tuve la suerte de encontrar y gozar en mis rutas por estas sierras, las he dejado escritas en cientos y cientos de páginas que creo tiene valor suficiente para parar a ser inmortales. Creo que mucho más que otras páginas de otras personas pero ahí están y como tanto en mi vida, puestas en las manos de Dios y en su voluntad. Puede que alguien algún día lea las cosas que a lo largo del tiempo fue escribiendo y se entusiasme tanto, que las rescate del olvido al que hasta hoy han sido sometidas. Creo que esto es lo que se merecen.

Ya en esto otro pueblo grande que queda también por la izquierda, en un barranco y donde tantas y tantas veces he visto las densas cortinas de humo manando de las fábricas que dan aceite, por la derecha me va quedando el trozo de terreno sembrado de cerezos. Muchas tardes en los años de mis sueños y tu gloria, vine a estos cerezos a compra fruta. Las cerezas maduran al final de la primavera y por eso recuerdo estos momentos con la emoción más dulce. Por la derecha ya salgo por la carretera que va dirección a las montañas donde vives. Remonta un pequeño cerro, corona el collado de las viñas cuajadas de nieve en aquella tarde de otoño y ya empieza a bajar para el primer valle del Guadalquivir. El trozo que este gran río tiene después del pantano del Tranco. Por la derecha me van quedando más olivos, mezclados con almendros y mucho pasto. Por la izquierda el cerro donde tantas veces sembraron trigo y donde algunas veces me paré a coger alguna espiga de raspa negra. En todo lo alto todavía hay un trocico de viña que ya nadie cultiva ni recoge sus frutos.

Un día nevó, hizo mucho frío y como aquella tarde sí tenía un rato, vine por aquí y estuve comiendo uvas rescatadas de entre la nieve que cubrías las cepas. Hice algunas fotos porque el atardecer se puso tan bonito que dolía sólo mirarlo

desde el balcón de este cerro. Las nubes negras cubrían por el horizonte y al abrirse dejaban ver el fondo del cielo azul y por ahí se escapaban los rayos de sol cuando se ponía. Fue un cuadro realmente bello que nunca podré olvidar.

Por eso horizonte ahora miro y estas grandes nubes que cubren todo el cielo que me arropa, allí no es tanto. Queda el horizonte dividido en dos. De la mitad para arriba y para mí, muchas nubes y de la mitad para abajo y para la lejanía, sólo cielo azul y sin una nube. Luego ya queda la línea de las montañas grisáceas y la inconcreta lejanía. Fenómenos curiosos de la naturaleza que me sirven para recordar que Dios existe y me ama.

Ya llego al collado donde la carretera vuelca para el valle del río y empiezan las curvas que nunca terminan. Por aquí crecen los almendros que nunca puedo olvidar. Hace muchos años, al final de una primavera, al pasar me paré y cogí un puñado del almendras todavía verdes. Me las comí mientras recorría los caminos de las sierras que tanto amol y desde aquel día siempre que paso por esta curva me acuerdo de estos almendros. Crecen en el mismo sitio, florecen todos los años casi con las mismas flores blancas, se cargan de almendras que maduran en su silencio y al llegar el otoño el sol las seca y alguien las coge. Yo no volví a coger nunca más una almendra de estos almendros pero ellos ahora forman parte de esa galería de hermosas cosas que fui coleccionando de estas sierras para no olvidarlas jamás.

-¿Por qué al subir las escaleras
te dolía el pecho
y temblaban tus piernas?

- De pronto me acordé de una sentencia
que me dice
que me vaya fuera
cuando llegue final de octubre
y tuve conciencia
que para esos días no estará
la hermana buena.
- ¿Y qué piensas?

- Puedo pensar lo que quiera,
pero no hay manera
de cambiar esa realidad
que tanto quema.
- ¿Entonces?
- A morir de pena
y seguir aguantando
hasta donde pueda.
- ¡Pobre hombre tú
Y tu miseria!

La carretera traza ahora una gran curva para la derecha y ya comienza a descender para el bello barranco del río. No se mete en él de bruces sino que lo va buscando poco a poco mientras desciende por la ladera dirección al pantano del Tranco. Al frente se empieza a ver gran parte de la hermosa sierra de las Villas. Un enorme macizo por donde la Carrasca de la Seña, el Puerto del Moro y la Muela Alta. Por ahí se alza también el pico de Roblehermoso. Cuantas veces no habrás visto estos paisajes y cuantas veces no los seguirá viendo hasta Dios sabe cuando.

Sigue sonando de fondo la hermosa música de Bach. Esa fuga que eterna es hermosa y por eso parece que nunca quiere terminar. Llora conmigo la pérdida de no sé qué y busca conmigo el horizonte que calme al agudo dolor. Al otro lado de la gran cumbre de la Muela, corre el bellísimo río del Aguascebas Grande. Lo tengo recorrido desde su mismo nacimiento, por Pinar Negro, Piedras Morenas y Pedro Miguel hasta donde se entrega al Guadalquivir, por el pueblo de Mogón. ¡Qué hermoso es este río!

De la Muela para acá, la vertiente que van gozando mis ojos, es por donde se abre la amplísima Cañada de la Madera, con sus olivares y la ermita de Jesús del Monte y por el centro queda el collado del la Tovilla, el collado del Ojuelo y luego las hondas y misteriosas sierras de las Villas. No conoces estos parajes a pesar de haber nacido tan en el centro de ellos y vivir tan metido en ellos. Siempre pensé que un día debía enseñarte estas sierras. Esto pensé muchas veces pero ahora se rompen para siempre estos deseos míos. Te digo que estas Sierras de las Villas son hermosísimas. Las tengo recorridas desde todos los ángulos, por todas las viejas veredas y en todas las mañanas y tardes de otoños, inviernos, primaveras y veranos. Siempre en mi soledad pero siempre buscando a Dios y siempre encontrándolo en las briznas de hierba, en las gotas de lluvia, en las mil hojas del bosque, en las fuentes, las nubes, al azul del cielo y las flores llenas de rocío.

Esta ladera por donde avanza la carretera está poblada de olivos pero también tiene muchos trozos de tierra sin olivos. Muchos arroyos por donde se amontonan las zarzas, los álamos, los pinos y las carrascas y rodales entre las cumbres y el valle por donde afloran las rocas. La vegetación propia de este parque se agarra por estas rocas y forman como islas en medio del mar de olivos de estas tierras. Son romeros, lentiscos, carrascas, cornicabras, aulagas, pinos y tomillos. También mucho esparto. No sabes mucho de esta carretera y sus paisajes o quizá es al contrario: que ella sabe mucho de ti. Lo que yo sé es otra cosa: que por aquí has pasado cientos de veces. Desde que naciste, luego cuando crecías y ahora que eres mayor. Pero aun así me pregunto: ¿Quién sabe más de quién y hasta dónde y por qué?

En cuanto cae unos metros desde el collado un poco la carretera se empieza a poner paralela al río. Hoy, el río baja y yo subo. Aunque también podría decir que la carretera sube conmigo sin que sea ni verdad ni mentira. Ella siempre está quieta. Recibiendo y despidiendo a los que por aquí pasamos y nada más. En la dirección que ahora llevo el río me va quedando por la derecha y según avanzo me voy acercando más y más. Como si fuera un encuentro gustosamente pretendido. Lo que ahora empiezo a ver desde aquí es la amplísima cuenca que el río fue modelando a lo largo de siglos y siglos. Toda esta cuenca ahora está tapizada de olivares, álamos, blancos cortijos con sus parras en la puerta, sus granados, chumberas, membrillos, nogueras y naranjos.

Las nubes proyectan sus sobras por estos paisajes tan repletos de olivos y el tono es gris opaco. Verde oliva con sombras de nubes otoñales. Las siluetas de las montañas se recortan en el fondo blanco de los horizontes y el paisaje se ahonda. El paisaje se abre como si estuviera invitando al alma a que se despegue un poco más de la tierra y se hunda para siempre en el sueño que sueña. ¡Cuánto no encierra este paisaje, cuánto no guarda en el océano de su silencio como estuviera esperando a que alguien se acerque y lo saque a la

luz! Hoy mi alma capta el fino latido de estos paisajes y aunque no sabe de qué color es ni la forma que tiene, lo capta y lo gusta y se muere un poco más queriendo quedarse sin poder. Hoy mi alma está muriendo con todo lo que ya hay muerto. También como esperando la resurrección de los últimos tiempos.

Hoy, lo nuevo, me parece como si sepultara por completo a tanto y tanto como ya el tiempo tiene en su seno. Como si lo quisiera sumir en un silencio de piedra para que nadie conozca. Para que nunca se sepa lo que fue, lo palpitó y lo que tuvo vida. ¿Serás así cuando pase el tiempo? ¿Seré yo lo mismo? Sin embargo, yo lo siento hoy de otra forma distinta y eso me dice que algo diferente son las cosas por lo menos hoy y cuando están pasando por mi mente y corazón. De la misma forma que hoy estoy recorriendo esta ruta, que no es ruta sino un camino hacia una libertad que me llama para apagar y saciar lo que dentro me quema, de la misma forma ha sido como yo he recorrido tantas y tantas veces los caminos de estas sierras. Hoy es la ya última, ya Dios mío y como presiento que será amargo lo que estar por venir me agarro al momento y a la tierra para sentir su calor tres segundo más.

Pero en fin: gracias por haberme permitido todo lo que hasta hoy he podido vivir, sentir, recorrer y recoger. Gracias por permitirme lo que hoy me estás permitiendo. Que cuando pase el tiempo alguien, no sé quién, un día sepa que por aquí estuve llorando y sintiendo lo que ahora mismo siento. Podría decir más nombres de los sitios por donde voy pasando. Pero en la ruta de hoy ¿qué importan los nombres? Me interesa surcar los paisajes, amarlos, sentirlos, darles el último beso y que me lo den ellos también. Los nombres nunca me dijeron demasiado y hoy menos.

Ya la carretera se pega al río. Se rozan y a partir de este momento en un juego primoroso de curvas y más curvas, avanzan río y carretera. Aquí ya hay algunas casas. Por todas ellas estuve muchas veces y en todas ellas conozco a gente.

Unas veces fue por la mañana cuando el hielo brillaba sobre la hierba, por las tardes de veranos calurosas y en las horas centrales de los días, bajo la lluvia y las tormentas. Todos estos rincones los tengo pisados siempre en soledad y sorbiendo lágrimas. Los olivos no dejan de dar compañía. Por la rivera del río son las zarzas las que se espesan y otro tipo de vegetación. Por el puente estrecho que por aquí cruza el río he pasado más de mil veces. Hasta recuerdo aquella tarde cuando llovía. La vi tan hermosa y me gustó tanto que la recogí en video.

Sobre la superficie de las aguas en los charcos se rompían las limpias gotas de la lluvia y el juego era de una belleza sin par. Mis ojos se fueron tras ellas y mi alma se quedó paralizada. Mis oídos captaron la música del dulce chapoteo y como de tanta hermosura era la escena me puse a recogerla con la cámara del video. Ciento de veces, desde aquel día, he visto y he gustado estas imágenes. Y siempre me pongo triste. Ellas tenían y tienen un no sé qué misterioso que me remonta a las más finas regiones de mis sueños.

Por aquí conozco a personas. Con algunas de ellas me he cruzado al pasar y al ver sus caras, Dios mío, me digo que no los conozco. No son amigos. No son conocidos. No los tengo en mi corazón con la belleza que sí debería tenerlos. Hoy más bien lo siento como extraños, como extranjeros porque hasta estos días sí estaba cerca de ellos. Y aunque no lo hubiera estado casi compartíamos un mismo rincón. Pero a partir de hoy ya las cosas cambien por completo.

Hay aquí una higuera y un arroyo. Las lluvias que cayeron el otro año bajaron en trombas por este arroyo y se llevaron por delante al puente. La carretera se quedó cortada durante mucho tiempo. Pero lo que más me es familiar es la higuera. De ella he cogido higos muchas veces a lo largo de los años que por aquí estuve. Por detrás de la higuera crecen algunas parras que ahora nadie cuida. Pero ella siguen dando sus uvas igual que los granados que se enredan con las

parras. Tanto de las parras como de los granados casi todos los años he cogido buenas bolsas de frutas.

Unos metros más adelante la carretera tiene una curva. El río se ensancha mucho, tiene muchos árboles y entre tantos hay membrillos y perales. También cogí fruta de ellos a lo largo de muchos otoños. Junto a las mismas aguas crece un viejo y altísimo fresno. Desde ahí mismo una tarde hice una foto. A las azules aguas del río, el verde de las zarzas y las ramas del fresno reflejándose en el cristalino espejo. Fue una foto muy bella. Casi de las más bellas entre todas las que hice de estas sierras. Por eso la hemos puesto en el libro. La última de todas y con el poema de la despedida. “Ve con Dios”. ¿Que te dice esta frase?

Pasando las casas que hace cerca del fresno que he dicho, por la izquierda se aparta un carril de tierra. Es el que lleva a la vieja ermita del Calvario. Donde dicen estuvo San Juan de la Cruz pero donde ya no hay ni una piedra que remita a los tiempos de este santo. Ahora es un cortijo olivarero, con tractores, remolques, perros que ladran, almendros y unan fuente con agua. Siguiendo la carretera unos metros más adelante de donde se aparta el carril de tierra también por la izquierda y sobre una roca aparece un mosaico. En él se puede leer que San Juan de la Cruz estuvo por estos lugares. Mil veces pasé yo por aquí. Mil veces estuve leyendo este mosaico y recuerdo que la primera de las veces, cuando empecé a interesarme por el tema, me paré. Era primavera y las florecillas estaban brotadas y abiertas. Había muchos ranúnculos bañados de rocío y muchas abejas revoloteando. Por entre las rocas y la espesura del monte que por aquí crece estuve andando buscando no sé qué. Era lo que en el mosaico se anuncia pero la encontré. La ermita del Calvario no está por aquí cerca y aquella mañana yo no lo sabía.

Ahora sé que aquella mañana de primavera yo buscaba otra cosa. Me enredé entre los pétalos de las mil florecillas y las hojas de hierba y me dejé ir tras el beso que me llegaba desde

la soledad y dulzura del momento. Hoy recuerdo las sensaciones y el cuadro de aquel momento y aunque el tiempo lo tenga sepultado en una hondura grande sigue con la misma frescura y perfume que aquel día. Las mismas señas de identidad y el mismo espíritu que este justo momento de hoy. Cuando otras veces pasé por aquí el calor era agobiante. Cuando llega el verano por esta parte del río y esta carretera siempre el calor quema mucho. El aire se pone tan caliente que al rozar la piel quema. Sin embargo hoy está fresquito y es final de julio, cerca ya de agosto.

También otras veces he pasado por aquí en la soledad de un día de invierno lluvioso y cubierto de niebla. También en la soledad de otro día de invierno más profundo. La nieve cubría los paisajes y el viento ni se movía. En las mañanas del mes de enero las escarchas relucen crujientes por todas las riveras de este Guadalquivir, las laderas y los arroyos. En cualquier época del año el valle que ahora voy recorriendo muestra su particular y exquisita belleza. Siempre me fascinó y siempre me quedé entre ella atrapado y herido. Las riveras del Guadalquivir a su paso por estos parajes son los rincones más bellos del mundo. El paisaje es duro para aquellas personas que tienen que recoger las aceitunas de estos olivares y para los que tienen que cultivarlos. Lo sé porque son laderas muy inclinadas y barrancos muy pronunciados pero la belleza que presentan estos paisajes no tienen comparación con nada bajo el sol. Gritan gritos de Dios desde todos los ángulos y a todas horas. Llevan a la dimensión de lo que espíritu apetece, intuye y gusta y por ningún otro sitio encuentra.

Los cortijos se van sucediendo como en un juego primoroso. La carretera llega al segundo puente cuyo nombre también callo. Al otro lado se alzan varios cortijos donde también conozco a gente. Estuvieron estudiando en el colegio hace algunos años. De todos estos cortijos y otros más perdidos por la gran sierra conozco yo a muchas personas. Algunos están todavía habitados con por personas de aquellos tiempos. Personas hoy mayores pero que nacieron y a lo largo

de toda su vida vivieron en estas tierras. Otros están ocupados por personas jóvenes que un día se fueron de estos lugares y por la causa que sea vuelven. Muchos porque les pasa lo que a mí: que no puede aguantar el cariño que sienten por los lugares que aman y una fuerza internas les obliga a volver.

Ahora ya aparecen los pinares y son espesos. Hay muchas adelfas en las riveras del río. Por la orilla de la carretera crecen los hinojos y ya aquí, el mirador de piedra que hicieron cuando arreglaron esta carrera que fue unos años después de la declaración del Parque Natural. Conocí yo este rincón cuando todavía no estaba el mirador y en los días en que lo construía. Nunca me acostumbré a ver estos rincones con la nueva construcción del mirador. Desde aquellos días lo vi diferente y así sigue siendo aún. Aquí mismo manaba una hebra de agua. Le construyeron un pequeño calo de plástico y le pusieron una pileta de cemento con piedras. Desde entonces esto es una fuente para que se paren a beber los que por esta carretera pasa. Fundamentalmente los turistas. Pero yo también me paré muchas veces a lavar mis manos y a calmar mi sed después de una buena ruta por las sierras cercanas.

Unos metros más adelante y por la derecha está el viejo puente que más de mil veces también crucé. Es un puente de aquellos tiempos. Estrecho, para que pudieran pasar sólo las personas con alguna bestia y nada más. Por eso los coches no pueden entrar por este puente. Nunca lo arreglaron para que esto sucediera y creo que fue mejor. Cerca de este puente hay unos cortijos al borde mismo de la carretera. En ellos también me paré muchas veces a comprar pan de la sierra. Ese pan tan bueno que todavía se cuece en tu pueblo y reparten por algunas tiendas de los pueblos de la loma. Hubo un tiempo que en este cortijo lo vendía una mujer mayor. En cuento me enteré siempre que pasaba por aquí me paraba a comprar este pan. Un día, de la noche a la mañana, ya dejaron de venderlo. Nunca supe por qué fue. Tampoco vi nunca más a la mujer mayor. Pero no sé qué pasó.

Después de aquello, cada vez que pasaba por aquí empecé a ver aun muchacho. Siempre estaba sentado el la puerta de la casa y al ver el coche se levantaba y decía adiós. Le devolvía el saludo pero nunca llegué a saber por qué este joven se alegraba tanto cada vez que me veía pasar. Ahora no podré verlo nunca más y por eso me quedaré para siempre sin saber un pequeño misterio. Hoy no está. La puerta del cortijo está cerrada. Hoy no me ha dicho adiós y hoy lo echo de menos. Hoy echo de menos tantas cosas por aquí que mientras recorro el camino me voy muriendo a chorros. Sólo yo sé el dolor que hay en mi alma. Y tú con cuánta fuerzas me golpeas en el corazón y mente. Sé que estás viva pero es como si no estuvieras y peor que si estuvieras muerta.

El corazón mío hoy tiene tanto miedo que si se quedara ahora mismo parado para siempre se alegraría. De tanto como ha amado y está amando el corazón mío ahora mismo es puro miedo. Él sabe que dentro de unos días se irá y por aquí se quedará en su silencio y para siempre todo cuanto ama. Como roto, como sin raíces como sin hilos que le unan a lo que cree bello y puro. El corazón llora y tiene miedo. Aunque lo nuevo sea hermoso y por la circunstancias que sea sigas estando.

Aquí está el cortijo de los naranjos, el de los granados y el de las uvas. Donde también otras veces me he parado, en pleno invierno, a coger naranja de un viejo naranjo que comparte tierra y manantial con un nogal y un olivo. Desde este hermosísimo rincón al frente se ve una larga y grandiosa ladera. Es la que cae de la robusta loma de la Be. Por la parte de arriba va la carretera que atraviesa a la Sierra de las Villas y en el barranco que voy viendo es por donde quedan el de los Sesteros, el de los Riberas y algunos más. Por entre esos pinares crecen espesas las madroñeras, van las viejas sendas que servían para entrar y salir a la sierra a los serranos de aquellos tiempos y crecen los olivos. Hasta las partes más altas de laderas y cumbres sembraron y siguen sembrando olivos. En esta tierra tuya todo el mundo tiene gran obsesión por el cultivo del olivar.

Todos los frutos que dan estas sierras, madroños, higos, uvas, naranjas, moras, cerezas, ciruelas, peras, nueces, almendras, granadas, membrillos y otros muchos, siempre me supieron a gloria. Siempre que me los encontré en sus árboles al ir por los caminos se me alegraba el corazón. Me paraba y cuando podía cogía hasta saciarme y llenar la mochila. Muchos de estos árboles se encuentran abandonados desde hace mucho tiempo. Desde que los viejos y nobles serranos de antaño se fueron de estas tierras para siempre. Ahora recuerdo el sabor de todos estos frutos y los añoro dentro de mi gran añoranza. Sé que nunca más volveré ni a verlos colgando en sus ramas ni a cogerlos con mis manos y mucho menos comerlos. Aunque esto sucediera algún día no será igual.

Me acuerdo de tantos y tantos ciruelos pequeños, rotos ya por la nieve, otros secos, otros comidos por las zarzas y demás vegetación silvestres porque ahora nadie los cultiva. Hoy ya sin que casi nadie sepa que existieron. Pero yo sé que están todavía ahí, con sus raíces clavadas en la tierra y dando sus frutos. Los pájaros, los ciervos, los jabalíes y yo somos los únicos que aprovechamos estos riquísimos frutos. Y confieso que a lo largo de los años que anduve recorriendo los viejos caminos de estas sierras recoger los delicados frutos de estos árboles fue para mí uno de los mayores placeres que experimenté nunca. El aroma, el dulzor y el gusto que tiene esta salvaje fruta no lo cambio por ningún otro placer de la civilización de estos tiempos modernos.

Gracias, Dios mío y gracias a ti, porque hoy, con ser el día más doloroso de mi vida puedo sentir lo que estoy sintiendo. Aunque tan dolorosa se esta despedida y tan amargo sea el momento. Si no hubiera amado nunca seguro que ahora no tendría tanto dolor como tengo.

La carretera ya enfila hacia el Charco del Aceite. Al frente y sobre la cumbre se ven las blancas casas de la Ermita de la Hoz. Unas cuantas casas rehabilitadas por algunos de los

serranos jóvenes que han vuelto y donde viven sólo en los días de verano y en vacaciones. Más abajo, en gran surco que el Guadalquivir tajó para irse de estas sierras siguen apiñándose los olivos, la construcción de algunas casas y las ruinas de un viejo molino. El molino de los estrechos. Por ahí mismo construyeron un puente que todavía existe. Creo que es el puente más bonito que nunca se construyó sobre el Guadalquivir. Estrecho como el describir unas páginas más atrás, con su baranda de hierro y hasta su cancela para cerrar y abrir el paso. Fue un puente construido con el dinero de todas las personas que vivían por estos cortijos. Se juntaron, reunieron dinero y entre todos los construyeron. Pero cuando ya estuvo hecho muchas personas que no pagaron pasaban por él. Pusieron una cancela y un vigilante y a estas personas les cobraban su peaje. Era una forma de salvar las dificultades que la corriente del río presentaba a los serranos de aquellos tiempos. Y ellos supieron unirse y ayudarse mutuamente.

Por el barranco que desde este puente remonta hacia las partes más elevadas de la sierra he subido muchas veces. Por ahí trazaron ellos una senda. El camino de los Estrechos lo llamaban. Por este camino, hermosísimo para mí pero lleno de dificultades y muy escabroso, ellos subían y bajaban con sus mulos y burros. Traían las aceitunas de los olivares por las Ermita de la Hoz y la molían en el molino que ahora es pura ruina. También bajaban por ahí el trigo y otros productos. Yo he recorrido más de cien veces esta vieja senda. Ya se la está comiendo la vegetación.

Por este barranco brotan muchos manantiales. Las nieves que caen sobre las cumbres de la Albarda, al fundirse, buscan salida por esta ladera. La Umbría de Aguilar. Según va cayendo la ladera hacia el Guadalquivir va dejando salir a la superficie chorros de agua. Mil manantiales de aguas limpias, frescas y puras que daban y dan vida a las tierras que por ahí escogieron ellos para cultivarlas. Pequeños huertos con toda clase de árboles frutales donde ellos sembraban hortalizas, legumbres, patatas y otras plantas que usaban para

alimentarse. Más de mil veces me paré frente a los chorros limpios de estos manantiales. Más de mil veces bebí agua en ellos, lavé mis manos y mi cara y junto a ellos me quedé largos ratos. Siempre mirando hacia el hondo valle del Guadalquivir, los olivares que lo cubres y las cumbres que lo coronan a un lado y otro. Qué hermosos son todos estos veneros de aguas cristalinas y cómo han alegrado ellos mi alma en las horas tristes de mis tardes y mis noches.

Ya era vida para mí sólo sentarme al borde de estos manantiales y mirarlos sin prisa. Oír el rumor de sus chorrillos y dejar que en el silencio de la mañana o la tarde me empaparan. Siempre recé una oración. La oración que sólo yo conozco y no tiene nombre pero que me mantiene vivo y unido al Dios que amo. Y confieso ahora que muchas veces ni siquiera sabía para qué rezaba esta oración, aunque siempre tenía claro que necesitaba rezar. Necesitaba pedirle a Dios que me consolara un poco el corazón. Lo mismo que esta tarde, ayer por la mañana y quizá a lo largo de todos los días que me queden de vida.

Y ahora, esta extraña y perdida tarde en el montón de los días que sobre este mundo pasa, siento que aquí se quedan para siempre estos hermosísimos manantiales con su dulce música de aguas limpias, su soledad y el viento que le besa. ¿Cuándo volveré a pasar por aquí yo otra vez? Y si lo hago algún día porque Dios tenga el honor de concederme esta gracia ¿podré gustar las delicias de estos manantiales del mismo modo en que los gusté en las tardes que ya se fueron?

Por encima de este gran voladero de los Estrechos de la Hoz quedan las casas de los amigos que quiero. Los olivares, los huertos, los manzanos y los cerezos donde aquellas mañanas comí las mejores cerezas que nunca entraron a mi boca. Me las regalaron ellos con el mejor de sus corazones. Y yo las acepté de las manos del juguetón niño serrano y de la dulce voz de la madre. ¡Qué momentos más hermosos y cómo me duelen perderlos para siempre! Sentado en la puerta de sus

casas he compartido recios dulces hechos por ellos, trozos de chorizo de sus matanzas, tomates el huerto que riegan las aguas del manantial y lo mejor de todo, su cariño. Su siempre limpio y sincero cariño que tan hondo me llegó a mí que tan falto anduve siempre de cariño y ahora más que nunca.

Por esas tierras hay olivares, caminos, fuentes, madroñeras, durillos, águilas, buitres y niños inocentes que juegan por entre el hondo silencio y cielos azules. Los más hermosos y bellos azules que nunca vi en los cielos que cubren al planeta tierra. Por eso en aquellos momentos y ahora decidí para siempre y lo sigo manteniendo, quedarme por aquí y morir en los brazos de esta paz y presencia de Dios. Decidí no seguir buscando más en otros rincones del mundo ni enamorarme de ellos. Aquí estaba y está todo cuanto necesita mi espíritu y desde que era niño vengo soñando.

Ahí veo el puente que da paso al molino viejo. El que ya está en ruinas, con sus grandes tinajas de barro rotas y las máquinas de hierro, oxidadas y comidas por las zarzas. Veo al río que hoy lleva menos agua que otros días. Hoy no están soltando agua del pantano. Y, sin embargo, tengo que decir que desde el mes de enero, cuando era todavía pleno invierno hasta hace muy pocos días sí le han estado soltando agua al pantano. Nunca pude comprender por qué tanto derroche de agua en los meses que menos se necesita y luego en verano no sueltan casi ninguna. Cantan las chicharras y al pasar por aquí recuerdo que por la derecha se aparta un cortico carril de tierra. Lleva a las rehabilitadas casas que junto al puente hay. Son las ventas de los Puros, las de Paquete y otras. Por la izquierda y muy pegada a la carretera hay otra casa. Aquí vive una persona que conoce muy bien la sierra. Nació por estos rincones y a lo largo de toda su vida ha estado trabajando con la Administración en asuntos de estas tierras. Muchas tardes me paré al pasar por aquí y eché largos ratos de charla con esta persona. Es también un gran enamorado de estas sierras. Un enamorado distinto al que soy yo.

Les pregunté nombres, historias y caminos de aquellos tiempos. Ahora ya ¿para qué los quiero o de qué me sirven? Aunque sean hermosos porque así es como siempre los consideré ¿para qué los quiero ahora? Sin embargo, escritos sobre el papel he dejado a muchos de estos nombres, historias y caminos. Y ahora me queda el leve consuelo de que algún día alguien los lea. Quizá de alguna manera también puede que guste y goce lo mismo que yo gusté y gocé. Pensar esto es un consuelo, no completo pero consuelo.

Al frente ya se me abren las grandes crestas rocosas por donde estuvo Cueva Buena. El nombre sigue ahí y también la cueva pero la casa ahora es pura ruina y las personas que en ella vivieron ya sólo dos o tres las recuerdan. A la derecha a antes de Cueva Buena, el hondo barranco del arroyo de María. Al final están las ruinas de más cortijos y de la aldea de Prao Chortales. Conozco bien todos esos parajes porque los pisé a lo largo de muchos días de lluvia, niebla, nieve, primaveras florecidas y veranos calurosos. De memoria me conozco todas las sendas que por ahí van surcando laderas y barrancos buscando salir hacia el Guadalquivir que ahora recorro.

A este lado izquierdo mío quedan los espesos pinares por donde las chicharras, a las dos y cuarto de la tarde del día de hoy, cantan rabiosas. Como si ellas también quisieran que este tiempo no se terminara nunca. O quizá lo que pretenden es que se alejen las nubes que cubren el cielo y que el sol caliente con más fuerza. Por la derecha mí y por aquí se aparta la carretera que atraviesa la hermosísima Sierra de las Villas. En cuanto baja un poco se tropieza con el Guadalquivir y por la izquierda se le aparta un ramal cortico. Es el que lleva al bonito charco del Aceite. Tanto este rincón como las Sierras de las Villas me duelen ahora y mucho. Los tengo recorridos hasta en sus más agrestes y apartados parajes. Los fui metiendo en mi alma y ahora los quiero. Los quiero como si se tratara de tierras propias que me arrancan de las mismas carnes. Por ellos fui dejando mi sudor, mis lágrimas, mis sueños, mis horas de

soledad y mis esperanzas. También mis más sinceras oraciones y los latidos más emocionantes de mi corazón.

El rincón que ahora me queda por la derecha en el mismo río, el Charco del Aceite, lo tengo escrito, meditado, pisado y amado hasta en mis noches de sueño y en las mañanas de melancolía. Por aquí vine muchas veces con personas conocidas y amadas. Con niños serranos, con hijos de pastores, con jóvenes estudiantes, con familiares y con amigos de todas clases. Siempre fue buscando a Dios. Siempre fue por la necesidad que mi alma sentía y siente de Dios.

Ahora recuerdo que no hace muchas tardes por aquí estuviste bañándote. No hace muchas tardes surcabas las aguas frías de este azul charco del Aceite. A ratos dejabas de nadar y desde ellas alzabas tu mano para saludar. Como esta tarde cantaban las chicharras, calentaba el sol y el viento pasaba dando su beso. Esta tarde por el rincón también se amontonan las personas y se bañan. Muchas personas de los pueblos cercanos se vienen por aquí a pasar el día y darse un baño en las limpias aguas del río. Se me amontonan y atascan las vivencias con tanta fuerza y en tanta cantidad que no puedo controlar nada.

Desde el mismo Charco del Aceite para arriba sube una vieja senda. La real senda que usaban los serranos en aquellos tiempos para entrar y salir de la sierra. La tengo recorrida y meditada muy despacio. Mil tardes en mi soledad, presencia de Dios y mis lágrimas y otras mil tardes acompañado de niños serranos que también guardé entre mis mejores vivencias. Tanto unas veces como otras siempre buscaba sacar de esta senda la esencia más pura de aquel pasado, de los serranos que lo habitaron y del latido de sus corazones. Algo logré y lo dejé escrito en páginas, para mí, hermosísimas que pasarán a la historia. Quizá por ellas, cuando pase el tiempo, muchos lleguen a mí y al conocerme se interesen por mis cosas y sentimientos.

Pero hoy, cuando ahora paso por aquí, siento que tanto esta senda, como el charco, el río y los parajes que le rodean por aquí se quedan en su soledad preñada. Pienso ahora que ya nunca más, nadie volverá por aquí trayendo en su alma el amor que he traído yo. Ya nunca más, nadie escribirá de estos rincones con el fuego y cariño con que lo hizo yo. Ya nunca más, nadie se interesará por saber de las huellas de aquel pasado, el trazado de las sendas, el nombre de los sitios y el latido de los corazones de aquellas personas.

La carretera discurre bastante retirada del río. Vieron que era mejor trazarla por esta ladera de pinares y rocas que meterla siguiendo el recorrido de la vieja senda que antes describía. En cierto modo fue mejor porque así respetaron los bonitos rincones por los que atraviesa la senda. Me acerco al muro del pantano. Estás aquí conmigo en la imagen que recoge la foto sobre el collado del Cambrón. Te cubre por encima y por detrás el azul de tu cielo limpio y te sostiene la fresca alfombra de hierba verde. Por ahí crece el poleo y brota un fresco chorrillo de limpia agua.

Guardo silencio por un momento para dejar que mi corazón digiera la densidad de tantos bellos sentimientos. Por más que lo intentara nunca lograría expresar lo que siento y cómo lo siento. Otra vez me brotan melodías que quieren formar canciones. Quizá porque el alma intuye que la música sí podría expresar más que las palabras. Son melodías tristes que suenan a despedida porque yo me estoy despidiendo. Son melodías que por ser tristes y llevar entre sus notas dolor creo que también transportan sueños, amor y trozos de Dios.

Aquí cruzo el arroyo de los Masegosos. El que viene de las altas cumbres de Beas y las laderas del Quijarón. Su chorro de agua, como siempre que pasé por aquí, salta en una cascada limpia y primorosa. Me paré en este rincón muchas veces y en todas ellas quise adentrarme un poco más en el corazón de la belleza que de aquí mana. Deseé conocer más a

fondo la emoción de su silencio, la dulzura de su paz y el verde de su vegetación. No lo conseguí como tan poco lo conseguí en otros rincones de estas sierras. Pero que fui seducido, una vez y otra, por estos parajes y que en ellos quise quedarme, es verdad y aquí lo repito. Siempre que por aquí estuve sentí el temblor de la despedida que hoy ya es verdad. A escondidas más de un día lloré queriéndome quedar entre la magia de los colores y luces que de estas aguas brotaban. Y porque presentía la pérdida que por fin hoy ha llegado me agarraba tanto y tanto a éste y otros rincones.

A partir de este punto tuvieron que abrirle una enorme brecha a las rocas para que la carretera pudiera pasar por aquí. Casi trabada en la pura roca que es y cae por la ladera, pasa la carretera. Siempre me impresionó este tramo de carretera. Siempre me pareció fascinante por ir casi volando sobre el gran río Guadalquivir, por lo cerradas que las curvas están por aquí y por lo peligroso que es recorrer este tramo. Un accidente sería fatal. Sin remedio el coche iría a parar a lo más hondo del cañón que el río a tajado. Pero a pesar de este peligro real cada vez que pasé por este tramo de la carretera que ahora recorro el corazón se me llenaba de dicha. Los hermosísimos picos que al otro lado del río coronan, Cueva Buena, las Culebras, los Legíos del Tranco y otros, siempre se me han presentando henchidos de misterio y asombro. Tupidos de pinares y robles. Tajados con altísimos voladeros y coronados por las más afiladas rocas, en invierno las nieblas casi siempre los cubre. También la nieve y el primavera el cielo azul.

Has visto muchas veces estos picos. Siempre que pasas por esta carretera y han sido tantas veces que quizá llegue al millón. ¿Se asombró tu alma como hoy y ayer y el otro día se asombra y asombró la mía? ¿No te dijeron nada tan hermosas montañas como emergiendo de las verdes y azules aguas del Guadalquivir? ¿No descubriste por ti misma el halo misterios que emanan de estas cumbres? Yo sí y me hubiera gustado compartir contigo estas vivencias. Pero no fue posible y por eso

quizá ahora sean lo grandiosas que son. Todo se me presentó en forma de sueño hermosísimo que nunca pude tocar ni pisar y ello dio lugar a que nunca se hiciera vulgar como tantas otras cosas en la vida.

Pero te digo que conozco todas las sendas que por esas laderas y cumbres discurren y también todas las ruinas de cortijos abandonados, todas las fuentes y todas las nogueras que aun siguen con sus raíces clavadas en la tierra. Conozco las cuevas donde dormían los pastores de aquellos tiempos, los robles donde se refugiaban cuando las tormentas estallaban y los manantiales donde daban de beber a sus ovejas y a sus cabras. Conozco todo esto y mucho más y por eso sé de su fina y limpia belleza y lo mucho que mi corazón la ha saboreado.

La carretera, en cuanto termina de recorrer el tajo rocoso por donde la metieron, se encuentra con las casas de un buen amigo mío. El que nació y vivió siempre por aquí. Primero en la casa que levantaron casi en las mismas aguas del río. La que ya es ruina y por donde pasaba el camino de aquellos tiempos. Este amigo mío ya es viejo. Mucho más viejo que yo pero de él guardo un buen recuerdo. Cuando andaba por aquí intentando conocer cada rincón y secreto de estos montes me acompañó muchas veces para indicarme por dónde iban los caminos en aquellos tiempos y para hablarme de las historias y aventuras que las personas de entonces vivieron por aquí. Se lo conoce todo de memoria. Se sabe todos los nombres, todas las veredas ya perdidas, todos los manantiales, todos los árboles y todas las rocas. Se lo sabe todo y mucho más porque él nació y se crió aquí. Ahora que ya es viejo todavía sigue viviendo en el mismo rincón y de eso me da envidia. Aunque fue pobre y nunca tuvo más cultura que lo que le enseñaron los silencios de estas montañas, va a tener el consuelo de morir donde nació. De no haberse movido nunca de estos lugares para que así su amor por ellos en ningún momento perdiera fuerza o se quedara dividido entre las otras mil cosas de la vida. Ha tenido

mucha suerte este amigo mío y la sigue teniendo ahora qua ya es viejo. Lo envidio sinceramente y hoy más que otros días.

Cuando paso por la puerta de su casa siempre que me digo que aquí está y aquí vive. En los días de invierno, sentado frente a las lamas de la chimenea, en primavera, por entre las hortalizas de su pequeño huerto y en verano tomando el fresco a la sombra de las parras y las higueras que sembró cuando todavía era joven. Qué suerte la suya y qué paraíso más hermoso le regaló Dios. Y tengo que decir que este amigo es una bellísima persona. Como lo son todas las personas que conocía por estas sierras. Tú, los tuyos, aquellos ancianos y ancianas, los que vivían en los cortijos que destruyeron y los que ahora siguen viviendo en muchos pueblos de estos contornos. Qué buenas personas sois todos. Qué corazón más limpio lleváis dentro de vosotros y qué sentimientos más humanos dejáis traslucir una vez y otra. Por eso os quiero tanto y por eso ahora no quisiera irme de por aquí. Por esto os llevo tan dentro de mi alma y hasta cuando duermo os sueño y os transformo en dioses.

Ahora me queda un pequeño remordimiento: quizá esta tarde sea la última vez que pase por la puerta de la casa de este amigo mío. Tampoco me voy a parar a saludarlo y estar un rato con. Y esto no sólo me pasa esta tarde si no que me ocurrió otras muchas veces. Siempre que por aquí pasaba me decía: “La próxima vez me voy a parar para saludarlo y preguntarle de su vida”. Pero ese siempre se fue alargando un día y otro hasta que hoy ya es el último siempre. Ya me despido y nunca más volveré a pasar por este lugar. Pero en estos momentos recuerdo a este amigo mío y le doy las gracias por todas las cosas que compartió conmigo. Por los caminos que me enseñó mientras recorríamos juntos, por las historias que me contó y por el amor que aprendía de él. Bien sabe el cielo que nunca lo olvidé aunque no me parara a saludarlo. Es que siempre iba como hoy: con el tiempo muy escaso porque los días se me terminaban y las sierras de mis amores me

estaban llamando a voces para que las recorriera y las conociera a fondo.

En estos momentos, mientras paso por la puerta de la casa de este amigo mío, dejo de hablar. Las curvas de la carretera reclaman toda mi atención. Y al guardar silencio oigo los monótonos cantos de las cigarras y las hirientes notas de la canción que en la tarde de mi despedida me va dando compañía. Ya dije que son las notas de una canción que me quiere brotar desde lo más hondo de mi alma y ni tienen nombre ni letra. La casa de este amigo sigue rodeada de higueras, parras, nogueras, chumberas y olivos. Ella está sentada en la misma puerta de su casa tomando el fresco. La saludo pero no me paro.

Dejo atrás las siguientes casas. Las personas que viven en ellas también son conocidas mías. Ya dije que estas casas, antes de la construcción de la carretera, estaban junto al camino que salía de las hondas sierras de este ahora Parque Natural. Eran posadas. Donde se paraban los que por el camino iban cuando la noche o el mal tiempo les impedía seguir. En estas posadas, pobres como siempre lo fueron todos los habitantes de estas sierras pero llenos del mejor amor y humanidad, los caminantes se paraban y comía mientras se quitaban el frío frente a las lumbres. También dormían por las noches y compartían sus ratos de tertulias. Qué hermoso mundo aquel aunque fuera tan duro para ellos.

Unos metros más adelante, la carretera gira para la izquierda. Hacia la cumbre de la gran montaña que me va quedando por este lado. Por aquí baja un pequeño arroyuelo. Tiene el mismo nombre que el serrano que vivía en el cortijo que ya es pura ruina. El cortijo que fue venta y era también conocido con el nombre de su dueño. Arroyo de Foro, Venta de Foro y Fuente de Foro. Todo por aquí ahora lleva su nombre. Y digo ahora porque este hombre ya murió. No lo he conocido yo pero se ve que fue un buen hombre. Muchos me han hablado de él una vez y otra. Muchos lo recuerdan y quizá por eso su

nombre se quedó eternizado en los rincones por donde siempre vivió.

Conozco yo las ruinas de la que fue Venta de Foro y también el arroyo y la fuente. Porque este arroyo tenía su manantial. Por eso él construyó su cortijo en este lugar. Por debajo de la carretera actual y algo elevado sobre el río de aquellos tiempos. Justo al borde mismo del camino por donde pasaban los arrieros y los demás serranos de aquellos tiempos. Construyó su casa por aquí porque había un manantial, un poco de tierra que se podía cultivar, donde él sembró cereales, hortalizas y árboles frutales y por donde tenían que pasar las personas. Conozco yo bien este rincón porque mi amigo me lo enseñó y explicó hasta en su más pequeño detalle y por eso sé que ahora, las zarzas se comen al camino y a las higueras que todavía siguen verdes por aquí.

Al manantial le hicieron una construcción de obra y le pusieron un tubo de hierro para que sirviera de caño. Justo por debajo de la carretera y donde ésta da una curva, chorrea este caño de agua fresca y cristal. No se ve desde la carretera y por eso muchos ni conocen esta fuente. La escondida y hermosa fuente de Foro. No se ve desde la carretera y queda justo donde la carretera da la última curva para enderezarse ya hacia el túnel.

Todas estas cosas te las cuento para que las sepas. Aunque eres de por aquí, porque en esta tierra naciste y en contacto con ella te estas criando, desconoces muchos cosas de esta tierra. Desconoces sus nombres, las ruinas de miles de cortijos que en tiempos pasados existían por aquí, los caminos, los ríos, arroyo y las fuentes. Desconoces muchas más cosas pero aun así eres de por aquí y ahora yo me tengo que ir y tú podrás quedarte hasta que decidas irte algún día, si es que lo crees conveniente. Porque a lo majos decides quedarte para siempre y morir en la tierra que a mí me hubiera gustado morir y no me han dejado. Yo estoy condenado a hacer lo que no quiero ni me gusta y por eso a morir donde de ningún modo

quisiera. Y por aquí, de mí ni siquiera quedará una fuente que, como esta de Foro, perpetúe mi nombre. No fue afortunado cuando nací en esta tierra y aunque ya desde mi juventud luché, como tú, para abrirme un camino y alanzar los sueños que en el alma llevaba, han pasado los años y fíjate lo que tengo en mis manos. Miseria y sometimiento si es que quiero seguir con vida. De lo contrario ¿Qué sería de mí?

Al dar la curva con la carretera y para el lado del río, la derecha, se ve el muro del pantano, la gran caída que le hicieron, la plataforma donde pusieron la central y el surco del río. Este es el famoso y grandioso “Tranco”. Por donde en aquellos tiempos pasaba la senda que sacaba a todos los serranos de las hondas sierras hacia las lomas de los olivos y sus blancos pueblos y tanta dificultad encontraban ellos al cruzar por aquí. Bandoleros y otros pillastres les acechaban y según se cuenta, en más de una ocasión tuvieron serios problemas. Te diré, esta tarde y ahora, que este Tranco del río Guadalquivir a mí también me ha traído muchos problemas a mi vida. Las envidias de unos y otros, al verme débil, montaron en cólera contra mí y se dispusieron a sacar tajada. La sacaron porque los carroñeros siempre sacan tajas de sus víctimas y por ellos sufrí mucho. Viví unos días tristísimos que sólo el cielo supo y la herida que por dentro me abrieron. No te cuento más.

De este pantano, esta tarde, de este muro, de este tranco y de los rincones que veré en unos segundos al otro lado del túnel, no quiero decir más. Lo tengo todo dicho y repetido en otras páginas escritas por mí a lo largo de los años que por aquí tuve la suerte de pasar. Aunque no dejo a un lado un hermoso pensamiento: por aquí has pasado muchas veces y seguirás pasando sabe Dios a lo largo de cuantos años más. Todo está lleno de ti. El aire de la tarde, el sol que cae monótono, el amargo verde de los pinos, el chirriar de las chicharras, las azules aguas del pantano y hasta el feo y opaco alquitrán de la carretera. Todo está lleno de ti y mi corazón lo sabe. Me alegra y al mismo tiempo entristezco. Tú suerte es muy grande. Naciste libre, vives libre y seguirás libre por estos

rincones y los que te apetezcan mientras que yo nací preso, estuve preso todos los días hasta que aparecía por aquí, viví una cárcel terrible mientras buscaba libertad por estas montañas y ahora que me voy empezaré a estar más preso que nunca. Es ahora cuando empezará mi verdadero calvario.

Atravieso el túnel y en unos segundos aparecen frente a mí las primeras casas de la pequeña aldea del Tranco. Construyeron esta aldea cuanto levantaban el muro del pantano y luego siguió ocupada con algunas familias. Todavía están por aquí. En el rellano entre estas casas, el muro del pantano, los pinares y las aguas azules, montaron algunos chiringuitos. Los conoces. Son reclamo para los turistas que por aquí pasan. Muchos se paran y se ponen a beber cerveza fresca mientras se asombran frente a las laderas al otro lado del pantano y frente a las aguas remansadas. Muchos coches hay casi siempre por aquí. Esta tarde también. No me paro porque mi menta la tengo en otros horizontes y por eso ni siquiera presto atención a lo que por este rincón ocurre y hay esta tarde. Sé que es casi lo mismo de siempre.

Vuelvo a poner la música que viene acompañándome desde que salí del pueblo de la loma. Ya te dije que es Bach y ahora lo pongo desde el principio. Hoy está música es un consuelo para el dolor que me destruye a la vez que también una forma de muerte. Quizá esté conectando o viviendo el mismo sentimiento que el autor de esta música experimentó cuando la creo hace tantos años ya.

Por este rellano del Pantano del Tranco, las carreteras se dividen. Yo voy a seguir, tengo que seguir la que me lleva a tu rincón particular. A tu paraíso privado. Son las dos y media de la tarde. Ahora parece que la melancolía se me hincha como a un globo que le inyectaran aire. Se me sube por el alma arriba y en forma de borbotón amargo se me para en la garganta. Quiero morir. De verdad que quiero morir ahora mismo y en esta soledad terrible. Sería el mayor consuelo que nunca tuve.

¡El pantano! Dios mío el pantano, cuánto no hay bajo sus aguas, ya podrido por el tiempo y el silencio y cuánto no lo he recorrido yo por sus orillas en busca de mi sueño. De lo que sentí y viví en esos momentos dejé escrito algunas páginas pero ahora noto que fueron simples titubeos. Mil veces fotografié las aguas de este pantano, mil tardes me quedé extasiado frente a los bosque y el sol que se iba, mil mañanas me viene por las veredas que siguen las orillas de este pantano y millones de momentos más estuve por aquí y me quedé por aquí. Siempre buscando lo mismo que esta tarde estoy buscando y par huir de mi terrible soledad y la cárcel que tras los días me tenían reservada.

Recorrí esta carretera otras tantas veces y casi nunca me percaté que por aquí pasabas y eras aurora. Sólo ahora que me marcho la tortura del dolor me hace ver lo que nunca antes había advertido. ¿Cómo iba a imaginar yo que las cosas serían como son esta tarde?

Me vuelvo a preguntar otra vez en estos momentos, que si Dios me está viendo, si está aquí conmigo, si está apuntando desde alguna región invisible a mis ojos todo lo que esta tarde estoy viviendo, lo que estoy haciendo y sintiendo, todo lo que por mi corazón pasa y quisiera transmitir con palabras ¿qué estará diciendo? Y si así es ¿por qué lo permite? ¿Para qué lo quiere? ¿Qué quiere de mí? ¿Hacia dónde me lleva y por qué te ha metido en mi vida? ¿Por qué me permitió llegar hasta donde he llegado? ¿Por qué me dio a conocer lo que ahora conozco?

Suena la música. La grandiosa música que esta tarde acude a mi dolor y me va dando compañía mientras recorro los campos. Me quema el sol, el viento, la tarde, el pantano por el lado izquierdo, tu distancia soñada en una belleza que no tiene comparación y me quema la soledad. Ahora mismo la soledad me quema con un fuego de muerte que no achicharra. Por el lado izquierdo el pantano entra por mis ojos como en un espejo que quisiera volcarse sobre mí y enterrarme de Dios y del

sueño que me destruye. Arropa el cielo con su gris intenso. Y la soledad, mi soledad, yo conmigo, la tierra, el momento terrible y a la vez hermoso hasta el dolor más agudo me ahoga y ahoga en una densidad tremenda. Dios mío ¿qué quieres? ¿Por qué me permites vivir esto? ¿Por qué me lo permites? ¿Qué quieres que saque yo de esta experiencia? Es como muerte, como ir a un calvario, como si algo por dentro estuviera corroyendo, matando y destruyendo.

Las tierras donde levantaron el camping, los contenedores de basura junto a la carretera, los pinos, la vieja casa ahora reconstruida y la carretera con su asfalto negro. Los lentiscos se amontonan por ambos lados y por entre ellos cantan las chicharras. Un día, hace ya tanto tiempo que me parece fue en otra vida, también pasé por aquí con un dolor en mi alma semejante al que hoy me perfora. Era invierno y venía solo. Como tantas y tantas veces voy por esta vida. Aquel día llovía y al pasar por aquí me paré. Me aparté de la carretera y busqué un refugio por entre el monte. Debajo de unas rocas entre lentiscos, me parapeté y ahí estuve comiendo mientras saboreaba la soledad, la lluvia cayendo, el delicado y dulce silencio del campo y el canto de algún pajarillo. Ahora recuerdo aquel extraño día y ahora me doy cuenta que tanto en aquellos momentos como en estos yo pasaba y lloraba por aquí pero me encontraba en otro mundo. Mi mente y mi alma amaban agarradas al mismo sueño que me persigue desde que nací.

Pasado el tiempo, otras muchas veces volví a cruzar por estos parajes. Y entre tantos y tantos recuerdos también gusto ahora el sabor de las lágrimas que derramé y derramo bajo el dolor y en la impotencia total. Tengo miedo ahora mismo. Mucho miedo generado por lo que estoy viviendo, lo que pierdo y tu figura difuminada en la distancia y el silencio. ¿Por qué siempre lo mismo? ¿Cuándo amanecerá el día, Dios mío?

Recuerdo ahora cuando por aquí venía queriendo escribir las páginas de aquel libro de rutas históricas. Aquel día de invierno ya casi primavera y por eso la hierba estaba crecida

y empapada de rocío. Siempre la soledad, siempre el paisaje, siempre aquí gritándome y enterrándome en universos hondísimos y bellos.

Sigue sonando la música. Ahora con unas notas tan graves que se parecen a la melodía que de mi corazón quiere brotar. Siempre de mi corazón quisieron y quieren brotar melodías que yo nunca supe ni sé cantar. Nunca supe escribirlas ni cantarlas para que los demás pudieran oírlas. La música que ahora mismo me acompaña tampoco tiene letra y por eso se parece tanto a la que llevo en el corazón. Parecen arrancar de la misma fuente, de la misma materia, de la misma raíz que las que de mi corazón quieren brotar. Si fuera artista y tuviera la suerte de darle a estas notas la vida que ellas se merecen estoy seguro que serían algo nunca oído bajo el sol. Yo las estoy oyendo y las gusto y por eso digo lo que digo.

La carretera traza su curva, me la sé de memoria y al terminar, al frente se ven las cuevas de Montillana. Las recogidas y abandonadas cuevas que habitaron aquellas personas hoy desconocidas para el mundo entero y por eso me fascinaron tanto cada vez que por aquí pasé. Hoy por aquí crecen las zarzas en tanta cantidad y tan espesas que ya ni se puede llegar a estas cuevas. Quedan ocultas entre la vegetación y por eso también todos los caminos borrados. Cruzo el arroyuelo que baja de las cumbres que voy dejando por mi izquierda. Por aquí este arroyo casi nunca lleva agua. Su manantial brota por el lado de abajo de la carretera, entre zarzas, higueras y en lo hondo del arroyo. También lo conozco porque en esas oscuras y frescas sombras, en los días calurosos del verano, he descansado muchas veces. Siempre abrazado y besado por Dios aunque en la soledad más completa y contigo en mi mente.

En la curva siguiente y también por el lado de abajo de la carretera corre la otra fuente. La de los dos caños gruesos, frescos y claros y donde crecen los berros. El agua de esta fuente no brota aquí. En aquellos tiempos cuando la

Administración comenzaba a adueñarse de estas montañas, fue cuando hicieron esta fuente. Por unos tubos metieron el agua del arroyo que acabo de cruzar y por la ladera de pinares y olivares se trajeron ese agua hasta la fuente. Un pilar de cemento con dos caños de hierro por donde sale el agua. Y en aquellos tiempos este pilar sirvió para que bebieran las bestias de los serranos que todavía quedaban por las tierras que ahora voy cruzando. También yo me he parado a beber y a comer al borde de esta fuente. Siempre solo y siempre persiguiendo la belleza del sueño que esta tarde me arrastra. De algunos niños serranos que añoro ahora con gran cariño por aquí tengo recuerdos muy bellos. Como si hubiera ocurrido hace mil años y en una mañana de primavera que no tienen nombre porque no existió nunca.

Por entre los pinos que rodean la fuente, en los calurosos día de veranos pasados, dormí la sienta mientras lloraba mi tristeza. La honda y desamparada tristeza que siempre por aquí traía y traigo conmigo. Aunque muchas veces llegué a pensar que esa tristeza mía y la que esta tarde me asfixia se parece a un beso dado por Dios. Es eso: la sensación de un beso dulce y amigo que da consuelo y luego deja una herida que duele. La desnudez y pobreza frente a la totalidad en hermosura y vida.

Ya desde este rincón de la tierra y carretera al pantano se le ve por la cola que tiene hacia el monte Yelmo. Está muy vacío. Hace años que no llueve mucho y como en verano le sueltan mucha agua para los riegos de las tierras y las instalaciones turística se ha quedado casi vacío. Como cuando en los últimos años de la gran sequía. Siempre me fascinó el color rojo que muestra la tierra de la orilla. Playas de pura tierra por donde en otros tiempos abundaban las huertas, los cortijos, los rebaños de ovejas, los caminos y las personas. Recorrí estas playas mil veces siempre con mi sueño a cuestas o mejor, siempre siguiendo senderos invisibles que me parecían conducía a mi sueño. Ahora aquí se queda todo y para

siempre. Sin nombre sin forma sin color ni aroma a pesar de sentirlo como lo mejor que me pasó en esta pobre vida mía.

Me saluda en estos momentos y a lo lejos el pueblo que se recoger encima de la gran cumbre. También sabe de mí en las tardes de aquel desolado verano. También me conoce y lo conozco y por eso intenté dejarlo escrito en unas sencillas páginas. Escritas están y en ellas se puede leer el palpitar de mi corazón por aquellas calles, cumbres y azules cielos. Me saludan las siluetas de las montas que se recortan por entre tres blancas nubes. Todo se me presenta desde un asombro y misterio que me achicharra el alma. La música ahora es mucho más grave. Grita desde un adagio lento y profundo que parece que surgiera del corazón mismo de mi alma. Vibra con una agonía y tristeza que asusta. Es como si me estuviera llamando hacia no sé qué regiones celestiales por donde estuvieras con tu juego de luz y belleza. Es como si invitara a la salvación y liberación. La música es espíritu puro y por eso necesito irme con ella y dejar que me funda con sus praderas de hierba y horizontes azules. Ahí estás con la transparencia que tanto me fascina.

De vez en cuando mis ojos se retiran de los paisajes y se concentran en la imagen que de ti llevo. Como si ya no quisiera ver nada más de lo que bajo el sol existe porque con sólo gustar en mi alma soy feliz. Estás ahí, en la serenidad de lo perfecto, señorial, en una luz que es hermosura y como si estuvieras alzándote para el cielo de mis sueños. ¡Cómo te siente y llora mi corazón en esta especial despedida! ¿Por qué y cómo me has agarrado desde dentro y con esta fuerza tan arrolladora? ¿Hacia dónde pretendes acorralarme o elevarme?

Aquí aparece ahora una de las muchas aldeas que hay repartidas por las sierras que te dieren cuna. También la conoces y la conozco. Mil veces pasaste y pasé por esta carretera y rozando las sencillas casas de esta aldea. Sin embargo ella no me conoce a mí. Nadie en ella me conoce más mi corazón ya ama cuanto por aquí respira y existe. Lo que

importa es que mi corazón ama y conoce a todo lo que por aquí voy dejando. Eso es lo que importa.

Ahora no pero en invierno y época de aceitunas por aquí siempre huele a aceite fresco. Hubo un molino en las partes baja de esta cañada y por donde las aguas del pantano ahora cumbre. Hay todavía un pequeño molino entre las casas de este pueblo. Por eso el aire huele a aceite fresco. Por la derecha de estas casas vi como fueron levantando una construcción nueva. Durante mucho tiempo estuvo casi sin avanza y luego remataron las obras. Levantaron un nuevo hotel y aquí aparece ahora. Flamante, extraño porque no le pertenece a los paisajes, mudo y guardando entre sus paredes trozos míos. Unos trozos que dejé por ahí cuando menos lo esperaba y de una extraña forma. ¿Volveré algún día a pisar las escaleras de este edificio? Quizá por Navidad, la que llegará dentro de unos meses y en la que ya no estaré por aquí, vuelva y una noche duerma en este lugar. Quizá pueda suceder esto no sé por qué ni para qué. Pero si fuera así, creo que sería para prolongar un poco más mi agonía y desconcertarme en la realidad de las cosas y la vida.

Por la derecha se me queda una ermita. La has visto muchas veces pero nunca te paraste en ella. Ni siquiera sabes cómo se llama. No importa como tampoco importan otras muchas cosas. Los álamos se mecen levemente al paso del viento que casi no se mueve y el paso seco me grita. Todo me grita y mucho pero en estos momentos y lugar parece que lo que más me rita es el pasto seco que me va presentando los paisajes que atravieso. Los rincones que amo y cuyos nombres estuve buscando como si buscara el camino que necesitaba y necesito para mi ida definitiva. Al pasar ahora por aquí no veo a nadie. Sé que en esta y en la siguiente aldea viven algunas personas. Los últimos agarrados a sus rincones amados pero ni en otras ocasiones ni ahora veo. Quisiera encontrarme con alguna persona. Quizá me pararía y después de saludarla le haría última pregunta. No sé para qué me iba a servir saber un poco más de ti, de tus paisajes, de la soledad y belleza de

estas montañas, de los caminos que la surcan y de las fuentes que en ellas manan pero le haría la última pregunta para que supiera que paso por aquí por última vez.

Tengo que decir que después de este día, después de esta despedida a lo mejor vuelvo alguna vez. Puede que vuelva porque las cosas tiran mucho. Tira mucho el rincón donde vives, la hierba que te saluda cada mañana, el río diamantino que te arrulla, la fuente que le da agua, tus ovejas, las montañas, el cielo azul de tus montañas, el “chorro de aire puro” que eres y se respira en tus montañas y sobre todo, la sensación de libertad que imprimen y transmiten los horizontes de estas sierras tuyas. Esa libertad que tanto amo, necesito, persigo y no tengo en mí desde el primer día que pisé este suelo. Dios mío cómo me hieren las imágenes que entran por mis ojos según avanzo por esta carretera hacia el rincón de tu cuna. Como me hiere el recuerdo, el aire que roza, el silencio que me va dando compañía y la belleza del sueño que persigo.

Ahora recuerdo que un día dije:
- El día que Dios por fin me lleve a su presencia, la presencia que sueño y llevo grabada en mi alma desde que tengo conocimiento, al verlo, lo primero que voy a hacer el preguntar por ti. ¿Qué crees que me responderá?
Y con una inocencia candorosa dijiste:
- Aquí estaba esperándote.
Y te salía de dentro como si se tratara del más sencillo y limpio de los juegos. Esto dije un día queriendo hacerte comprender que ya eres eternidad en mi corazón y delante de Dios. Queriendo decir que no te arranques nunca de mi espíritu porque te he sentido con un sentimiento tan profundo, limpio y sagrado que deseo se haga vida eterna allí donde Dios tiene su presencia real y espero el cielo que espero.

Pero en estos momentos tremendamente dolorosos para mí también me digo que para qué voy a volver por estas tierras. Si Dios no lo quiere, si ya me dejo por todo lo que soy, si ya me he despedido de todo y todos y hasta de estas montañas, su

sol y su viento y, de alguna manera, de lo que más amo: de ti ¿para qué voy a volver? ¿Para qué quiero volver más? Y con todas las fuerzas de mi ser deseo volver. Deseo no irme jamás y con todo lo que por aquí conozco, amo y he me metido en mi corazón, resucitar en la presencia de Dios, donde ya será la eternidad. Deseo esto con los más sinceros sentimientos pero también deseo lo contrario.

Pasando esta segunda aldea, la carretera se enfila recta para las cumbres de la montaña. Hasta recuerdo los sentimientos y pensamientos que hervían en mi mente siempre que pasé por este mismo punto. Y pasé más de dos mil veces a lo largo de los años que estuve por estos rincones. No puedo creerme, quiero no creerme que mañana ya no estaré. Y lo repito una vez más por la gran necesidad que tengo de no irme. A donde me iré sin querer será la gran cárcel donde me moriré sin ruidos, sin nombre y sin aire que respirar. Por eso no quiero irme pero me iré y lo haré sangrando, eso bien lo sabe Dios.

Ahora guardo otra vez silencio porque ya decía y digo que lo que hay en el corazón no se puede expresar con palabras. Tengo que verlo, gustarlo y sentirlo y que ahí me vaya quemando y quemando al mismo tiempo que se amontona, se apiña y se alborota queriéndolo todo: morir, vivir, abrazarte, quedarse, irse y desaparecer para dejar de sentir. Justo cuando ahora dejo de pronunciar palabras vuelven a brotar las notas de la música que me va dando compañía por estos caminos y en esta tarde de la despedida en solitario. Notas que saltan desde el centro del corazón queriendo formar alguna melodía hermosa que expresara la realidad que siento. Son notas dulcísimas pero amarga como la misma muerte y dolorosas como clavos ardiendo. Estás en el centro de esto pero me gustaría que lo sintieras del mismo modo que lo siento yo. Me gustaría que así fuera para que comprendiera algo de la realidad que me da la muerte y la vida en esta tarde de la despedida y el sol que mudo cae.

La cinta que llevo puesta para que me dé compañía en por estos amados rincones que atravieso, podría decir, sin rumbo, ya te dije que tiene grabada música de Bach. Pues ahora percibo que algunas de esas melodías, hermosísimas como ninguna otra y dolorosas, son las mismas que me quieren salir del corazón. Sin letra y con notas armónicas, las que me brinca en el corazón y las que salen del casé que va reproduciéndose, forman una misma melodía. Es la melodía de la eternidad. La que sabe, habla y proclama la esencia de todos los sueños juntos que soñaron millones de humanos. La que es Dios mismo y todo lo que amo y voy a dejar. Es una melodía, la que me mana desde el corazón, que no se mata con la que sale del casé sino que se funden y ambos se funden en una sola. Nadie la oyó nunca ni la oirá jamás pero yo digo aquí y con las palabras más solemnes que existe y mis oídos la han escuchado.

La melodía de mi corazón se suma a la de Bach y en una voz armoniosa y dulce forman un sonido hondamente bello. También hondamente triste y por eso es un sonido desconocido para todos los oídos de los millones de humanos. ¿Cómo ha sido esto y por qué los has permitido, Dios mío? ¿Qué me quieres decir con esta hermosísima música justo cuando más dolor tengo en el alma? ¿Por qué no pones en mis manos algún instrumento, espacio o tiempo para que yo pudiera hacer que otros escucharan lo que oigo yo ahora mismo? ¿Para que supieran cuanto es de grande el río, la herida, la sangre, el tormento que voy sufriendo en esta limpísima tarde de mi despedida al mismo tiempo de mi encuentro con el sueño que amo?

El río Hornos lo cruzo y ahora con la carretera tuerzo para la izquierda. Por aquí también tengo muchos trozos de mí dejados sobre la hierba de las praderas y por entre el polvo y el barro de los caminos. Sobre todo por el camino que, siguiendo a este río, se adentra hacia el gran pantano del Tranco, en otros tiempos, la hermosa Vega de Hornos. En muchas tardes de soledad y oración dejé mis pasos sobre estos viejos

caminos. En más de una ocasión simplemente para pisar la hierba, sentirla crujir bajo mis pies, gustarla, olerla, verla reluciente de verde y de lluvia. En invierno con las escarchas y luego en la primavera ya con las flores abiertas y los bosques repletos de hojas nuevas. Siempre iba acompañado del puro viento que por aquí corre, del perfume de las flores abiertas, de las nubes de las tormentas estallando sobre las robustas cumbres de esta sierra y del canto de mil pajarillos. Como si todo eso y muchas más delicias se hubieran puesto de acuerdo para darme compañía y alegrarme la vida mientras por aquí pasaba. También tuve algún encuentro con los pastores del lugar y deliciosos ratos de charla. ¿Cómo ahora no voy a sentir el desgarro del adiós?

Y de pronto la melodía vuelve a ser otra vez como alegre. Quiere ser alegre y por eso, ahora yo guardo silencio y por unos segundos dejo que ella suene. Es exactamente la melodía que mi corazón quiere cantar. La que busca con notas que no están escrita y arranca de no sé qué universo soñado. Y vuelvo a preguntarme: ¿No es esta melodía el mismo paisaje que voy atravesando y perdiendo para siempre? ¿Las mismas nubes que esta tarde arropan y cubren las cumbres del pico Yelmo, misteriosa montaña en el corazón de tus sierras? ¿No es esta melodía la misma ausencia de esta hermana que es belleza y vida en esta tarde de mi dolor? ¿La misma belleza que ella dejó por estos paisajes cada vez que por aquí pasó y seguirá dejando cuando vuelva a recorrerlos?

Llego ahora al cruce de las carreteras. Tengo que coger la que me sale por la derecha. Es la que lleva al pueblo de la roca y desde ahí al puerto de la cumbre y luego a tu mundo y río diamantino. Ahora caigo en la cuenta que dentro de poco pasarás por aquí conduciendo tu coche. Es uno de tus sueños actuales. Pasarás por aquí y ni siquiera caerás en la cuenta que justo en este momento y día lo hice yo contigo en mis pensamientos y el alma escapándose tras el sueño que persigo. Pasarás por aquí y no será solo una vez sino muchas y quizá nadie esté para verlo y menos para contarlo. Irás en el

remolino de las mil cosas y realidades y las que ya te va enredando la vida. Te digo que yo también paso hoy por aquí y así lo hice a lo largo de muchos años. Y entre tantos sentimientos como ahora mismo se me amontonan en el espíritu gusto uno muy especial. Hermoso y terrible a la vez porque me dice que aunque no lo parezca todo llega a su fin.

Todo se acaba. Hasta lo que era hermoso y puro en el justo momento de vivirlo. El tiempo no detiene sus pasos y sobre sus espaldas se lleva a la vida de las personas con sus sentimientos, sueños, emociones y luchas. Y cuando ya han pasado los años todo aquello que se fue a las espaldas del primer tiempo queda sepultado y perdido en un abismo imposible de recuperar. Como si hubiera sido inútil vivirlo. Como si a pesar de todo, y por más grandiosas que las cosas sean, no sirvan absolutamente para nada. O más bien sirvan para irse llevando trozos nuestros y dejarnos al final en la desnudez total porque los trozos arrancados jamás podremos recuperarlos. Así lo siento y así lo digo.

Ahora la melodía de la música que me va acompañando vuelve a tomar un giro nuevo. Como más potente, alegre, brillante. Es como si desde lo más hondo de mi ser una “música distinta”, quisiera brotar para decir lo que realmente tengo necesidad de expresar en estos momentos. Y de esto también estoy seguro: llevo dentro de mí un océano de música distinta que desde siempre me quiso salir fuera y nunca pudo. Nunca tuve ni la oportunidad ni la manera de poder sacar fuera de mí los millones de melodías que me hierven dentro.

Ya me encarrilo por la carretera de la derecha. La que lleva directamente al corazón de la sierra pasando por todos esos misteriosos y hermosos rincones que tanto tengo pisado y por eso amo profundamente. Por la derecha me saluda un pequeño cerro cubierto de olivos y pinares. Al otro lado y sobre la ladera de otro gran cerro destaca el bonito pueblo que también amo mucho. Lo conoces de memoria porque muchas veces has pasado por ahí pero sin duda que no lo amas con la

fuerza que mi corazón sí. Nunca se valora lo suficiente aquello que se tiene en las manos o cerca y sin embargo cuando las manos se quedan vacías y el corazón tiene que irse al destierro de la muerte cuánto no son hermosas hasta las más pequeñas cosas.

Recuerdo que por este trozo de carretera, hace unas tardes pasabas y lo hacías llorando. Pronunciando tus palabras y recordando los últimos días de estancia en el colegio. Ha sido el final de muchos años y este final para ti tuvo su hondo dolor. Lo contabas y llorabas a lágrimas vivas porque por dentro estabas destrozada. Contabas también que el verano pasado te quedaste sin fuerzas. La enfermedad que te corroe por dentro te estaba comiendo poco a poco y sangrabas. Te quedaste sin fuerzas pero seguías detrás de las ovejas y empujando a los días calurosos del duro verano. Recuerdo que me decías también que te sentías mal, extraña, como sin raíces en este mundo y fuera de él y por eso creías que ni siquiera amigos tenías. Contabas cuando estuviste en tu campamento. Lo mal que también lo pasaste allí y como aguantaste hasta el final. Luego te sentías bien y pasado el tiempo hasta crees que la experiencia fue positiva. Al pasar por aquí aquel día contaste muchos sueños, inquietudes y sufrimientos ocultos. No olvidaré aquellas lágrimas y aquel puro dolor que algo se parecía al mío.

Pasabas por aquí aquella tarde y ahora no estás. Ahora paso y voy como al encuentro de la misma soledad que pretendo soslayar. Sé que Dios va conmigo porque esto es una realidad que siempre estuvo presente en cada segundo de mi existencia. Pero Dios guarda silencio y deja que las cosas sucedan aunque metido en ellas esté él. Dios no tiene prisa y aguarda tras las montañas del tiempo. Sabe que al final las cosas serán en su realidad exacta y por eso espera y deja que nosotros nos batamos en la batalla.

Paso y voy solo. Por los lados me saludan los huertos con sus olivos, sus sembrados de maíz, higueras, granados y

chorros de agua que saltan desde los barrancos y empapan a la tierra para que ésta dé su fruto. Vienen desde el arroyo grande que baja de la cumbre y es por donde se encuentra la piscina remansada. La que también conoces y sabes de la transparencia de su agua y lo fría que en verano está. Por la derecha, recortado sobre el blanco cielo azul, el bonito pueblo de la roca. Por la izquierda me va quedando toda una ancha ladera repleta de olivos. La surcan varios caminos de tierra y sobre la mitad, entre la cumbre total y este arroyo, mana la fuente. La antigua y bonita fuente que tanto aman las personas de este pueblo. Ahí aquella tarde otoñal nos paramos a coger granadas. ¿Te acuerdas? Venía tu hermana, tu padre, tu hermano y tú. Nos paramos y durante rato estuvimos cogiendo granadas ya maduras. Los granados estaban repletos porque las personas de estos pueblos ya no las cogen.

Giro para la izquierda, cruzo el arroyo y ya comienzo a subir. Es la gran cuesta hacia la Cumbre y el rincón que te pertenece. Al girar miro y te veo. Cada vez que te veo es como si, un trozo de la melodía que quiere salir de mi corazón, se clavara en ese espacio o dimensión y sin sonar sonara por el infinito de las estrellas o por el amplio mundo del viento hoy quieto y del silencio. La melodía, la de la música que no la mía porque ahora he dejado de cantar para oírte a ti en ella, se corta, vuelve a surgir, vuelve a gritar, se apaga y como que se escondiera para tomar un respiro y salir otra vez a flote con más fuerza. Las notas son cada vez más bellas y mágicas. No sé explicarme pero sé lo que siento. Quizá ni tú ni nadie pueda entenderlo nunca.

Por estas curvas cerradas que van llevando al pueblo de la roca sobre el morro del cerro crecen muchas zarzas y endrinos. A los lados de la ancha carretera. Ahora no sé en que año ni día pero recuerdo que al pasar por aquí, muchas veces me paré a coger moras de estas zarzas. Las primeras moras de la temporada porque esta ladera mira al sol de la mañana. Recuerdo que también a este pueblo he venido miles de veces. Siempre buscando información de aquello que fue y mi alma

intuye porque era hermoso. Recorrí los caminos de estos lugares mil veces, en todas las épocas del año y en todas las direcciones. Penetré por todos los rincones y hablé con muchas personas que me dieron referencias de historias y hechos hermosísimos. De aquí saqué otro más de los libros que de estas sierras he escrito. “Hornos mi pueblo querido”, lo tengo titulado desde el principio y ahí está en su silencio. Nadie todavía lo ha leído. Casi nadie sabe de él y en más de una ocasión me he preguntado si algún día verá la luz y lo leerán las personas. Así como este hermosísimo libro se me quedan cientos de páginas. Todas hermosísimas porque todas manan de los bellos paisajes que ahora recorro por última vez. Muchas horas escribiéndolas y otras tantas recorriendo montes, cañadas, arroyos y viejos caminos para empaparme del sabor real de las cosas.

Claro que también quiero decirte que al venir por aquí en la forma en que hoy lo estoy haciendo, noto la diferencia. La soledad y amargura que hoy me aplasta resalta más puesta al lado de la ilusión y gozo que en aquellos días me transformaban. Por aquí he pasado acompañado de los tuyos y de ti. Momentos divinos y por eso hermosísimos. Ahora paso solo y asfixiándome en un mar de amargura. Por eso me duele la cabeza, me sangra el corazón, me lloran los ojos y me quema hasta el viento que me besa. Nunca podrás comprenderlo como tampoco otros pero lo dejo escrito para que sirva de recuerdo. Para que algún día se sepa el terrible dolor que sufrí en mis carnes.

Al pasar por el pueblo, sólo rozar las casas porque la carretera no entra, los recuerdos se renuevan. A la entrada mismo está la panadería. En ella me paré muchas veces a comprar pan y tortas serranas. En ella por estos días trabaja y vive una persona de tu tierra y de cerca de donde vives pero que no conoces. Estuvo en por el pueblo de la loma y en el mismo colegio que tú. No le gustaban los estudios y por eso le fueron mal las cosas. Fracasó y al año siguiente ya no siguió. Se casó y al poco tuvo una niña. Es tan joven o más que tú y

para buscarse la vida se vino a este pueblo y por aquí sigue todavía. No son fáciles las cosas en esta vida y me temo que para ti tampoco lo serán. Me temo esto y nada puedo hacer para ayudarte algo. Yo soy el que menos ayuda pude presta en este suelo porque me siento el más desgajado y desnudo. Pero vuelvo a lo de antes: al pasar ahora por este pueblo los recuerdos se avivan y muchas cosas se ponen en el primer plano.

Recuerdo también a otras familias, buenas personas ellas, que me dieron su cariño y me invitaron muchas veces a sus casas y a sus cosas. Desde su sencillez y buen corazón, como tú y los tuyos, me contaron muchas cosas cuando por aquí estuve con ellos. ¡Recuerdo tantas cosas! Recuerdo que en este cerro menor que hora empieza a quedarme por la derecha y algo alejado ya del pueblo, en el mirador estuve aquella tarde y aquella mañana y aquel amanecer. El en mirador estuve y desde ahí gocé de la belleza del pequeño pueblo sobre la roca, de la inmensidad de la vega por donde ahora se remansa el pantano y de las robustas figuras de las cumbres al frente y a la izquierda, por donde vine el gran río Guadalquivir. Desde este mirador hice fotos y observé los paisajes mientras meditaba. Meditaba el momento que ahora mismo consumo y los días que estoy temiendo. Siempre que anduve por los viejos caminos de estas sierras, siempre que me paré a descansar sobre alguna cumbre para observa, meditaba. Me he pasado la vida entera meditando en mi soledad y saboreando el fino ladito de Dios en todos los colores y formas del grandioso espectáculo de estas sierras. Esa es la verdad y aunque te lo he dicho muchas veces no sé si medio puedes comprender.

Pero la verdad es que desde el hondo silencio que siempre me rodeó cuando surcaba los caminos de estas hermosas sierras, he bebido mares de vientos purísimos, ríos de aromas únicas en la creación y universos de sinfonías y notas jamás escuchadas por oído humano. Esto lo sé muy bien y también sé que en todo momento quise compartirlo. Como lo

que es la esencia de todo lo que por aquí encontré y amé y a penas pude. Nadie fue culpable de ello y menos tú pero a penas pude y por eso todo nació, creció, se desarrolló y existió en la más absoluta soledad. Quizá tuvo que ser así porque fue en tanta cantidad y hondura todo lo que dentro de mí vibró que nadie bajo el sol lo hubiera podido comprender ni lo comprenderá jamás. Quizá tuvo y tiene que ser así. Lo mío es tan inmenso que no cabe en mente humana alguna. No se puede decir y menos compartir y comprender. Pero aun así ¡qué feliz hubiera sido si hubiera podido compartir o lo que me traspasó el corazón y dándome la vida ahora me la quita!

Nuevamente recuerdo que por aquí pasaste en mil ocasiones. Unas veces venías durmiendo, otras cantando y algunas, llorando. Te he visto llorar muchas veces. En tu pequeño corazón también se ha instalado el dolor y en más de una ocasión te ha dolido mucho. Por aquí pasaste aquella tarde y llevabas tus ojos llenos de lágrimas. Te dolía el fin del curso, lo que te habían hecho, la injusticia que tus ojos habían visto y muchas más cosas. Te dolían muchas cosas y llorabas. Nada pude hacer ni nada puedo hacer. Fui y soy el más derrotado de todos y por eso esta tarde vuelvo y también lloro. Sólo Dios me ve y nadie más. ¡Cuántas cosas tienes para contar y tengo! ¡Cuánta belleza y cuanto dolor hay en todo esto! ¡Cuánta ilusión destrozada y cuántos mundos rotos antes de que incluso nacieran! ¡Cuántos rosarios de hermosura, de cosas nítidas y puras, aunque todas bañadas con su dolor concreto!

Según la carretera se va elevando por esta ladera repleta de pinares el pantano queda más a lo lejos y más en lo hondo. Es hermoso, bien lo sé. Aunque por estos días tenga poca agua el pantano es hermoso porque se recoge en la vega más bella de este gran parque natural. Mil días y mis tardes con sus mañanas dejé por los caminos que surca esa vega y ahora rodean al pantano. Por eso en estos momentos no me es indiferente. Lo miro mientras avanzo hacia el corazón de mi dolor y el rincón de tu paraíso y quiero verlo como un inmenso mar abierto y que me mira para decirme algo. Me mira mudo y

atravesado de un dolor que se parece al mío. Hoy tiene poca agua el pantano. A lo largo del verano le han estado soltando agua y por eso ahora está casi vacío. Vacío de agua pero lleno como si se tratara de un corazón abierto porque necesita chorrear el dolor que lleva dentro. El pantano me mira desde su vega y mientras subo y me alejo me grita sin que por mi parte pueda quedarme ni compartir nada. La sombra de las nubes lo hacen más hermoso hoy que en los días de fuerte sol y cielo limpio.

La carretera se introduce y alarga por entre los espesos pinares de pinos casi raquíticos. Son de la especie de los carrascos y por eso ni son recios ni altos ni bellos. De entre ellos mana el monótono concierto de las chicharras tostándose al sol del medio día. También de ellos mano un delicado aroma de resina derretida. El sol calienta tanto que parece como si quisiera fundir y mezclar a los paisajes con mi mar de soledad y dolor. Y el aroma que de estos pinos mana también es dulce y amarga como la hiel. Es mi despedida y estoy solo. Me están arrancando de raíz y a lo bruto de la tierra donde tengo mis raíces y de donde me alimento y por eso me amarga el sol que ahora cae, el aroma de los pinos, el canto de la chicharras y el fino viento que me roza en la cara. Me acaricia todo para que la soledad no sea tan dura y porque la caria es tan dulcemente delicada y amorosa, me amarga con un sabor agrio y de muerte desesperanzada. Es caricia de despedida y como bien sé que aquí se queda lo que amo y yo me voy al destierro, no puedo sentir gozo ni dulzura sino amargor profundo y espeso.

Estas sierras, esta cuesta, la cumbre hacia la que voy y los horizontes que se me va abriendo, Dios mío, cómo la tengo yo soñada. Mil veces la escribí y describí y otras tantas la pisé y la metí en mi corazón en días de nieve, frío, hielo, viento, nieblas espesas, primaveras fabulosas y veranos como el de esta tarde. Tanto ha sido todo que se me transformó dentro del corazón y del alma de tal manera que llegué a ser ella y ella, yo. ¿Cómo a partir de estos momentos puedo darme media

vuelta e irme sin más? ¿Cómo, aunque al fin me vaya, podré olvidarme?

Los romeros se aplastan contra las rocas, ahora no tan verdes como en primavera pero sí igual de bellos. De ellos mana también un perfume especial. Recuerdo en estos momentos que de estos romeros me he alimentado a lo largo de muchos años. Un amigo mío tiene por aquí muchas colmenas. Todos los años “corta” la primera cosecha de miel antes de llegar la primavera.
- Es pura de romero.
Me decía siempre y de ella me regalaba, unas veces y otra le compraba, bastantes kilos. Luego yo la iba regalando a los amigos, entre ellos tú y los tuyos y también me la iba comiendo. Cada mañana al levantarme lo primero que entraba en mi boca era una cucharada de esta miel. El mejor alimento que he probado en mi vida y por eso me curó de lo que bien yo sé. Ningún médico ni medicina me curaba y la miel de mi amigo, sacada de estos romeros, sí. Bien lo sé yo y por eso ahora lo recuerdo. Por eso al pasar en estos momentos por aquí y ver a los romeros agarrados a las rocas y a la gris tierra de la solana, su aroma me da vida. Ellos no son igual a cualquier otra planta de romero por cualquier otra parte del mundo. Ellos son mis romeros, con su miel especial, casi color diamante y dulce como ninguna otra miel. Ellos exhalan par mí un aroma diferente. Bien lo sé y desde lo más hondo del alma.

Me voy acercando al barranco que nace y viene desde la Cumbre. La que bien conoces por sus hermosos pinos laricios, su nieve, sus praderas de hierba verde y sus horizontes azules. ¿Te acuerdas de aquel día, a dos pasos de la Navidad, cuándo aquella gran nevada? Regresabas del colegio con los tuyos y tus amigos y al llegar a esta, cumbre donde dentro de unos minutos estaré, ya no pudimos avanzar más. El viento, la nieve, la niebla y la oscuridad de la noche que caía nos acorraló. Vinieron a rescatarte los que bien te quiere y seguisteis hacia el rincón de tu cuna. Yo me volví y la nieve me fue acorralando mientras regresaba. La noche se

cerró y al poco toda la sierra se cubrió con una gruesa capa de nieve. Fue tremendo aquel día y yo estuve en su centro, por tus tierras, muy cerca de ti y conociendo las cosas que desde que naciste envolvieron tu vida.

La carretera que llevo traza una curva más. Una muy cerrada y por entre la monotonía de los pinares. La sierra tuya es muy hermosa. Creo que la más hermosa de todas las sierras en este planeta tierra pero a veces, los pinares son tan espesos y extensos que se convierten en pura monotonía. Aunque así y toda la belleza restalla por doquier como en estos momentos el hiriente sol. Guardo de nuevo silencio como si de este modo pretendiera que el momento y el dolor sea más eterno. Me envuelve la misteriosa melodía que lame mi dolor. La que me viene acompañando desde que salí del pueblo por la loma. Las notas que ahora suenan forman el comienzo de una fuga impresionante. Al resonar mis notas, las que intento extraer desde el dolor del corazón, su funden, se quiebran, se abrazan con las de la melodía real que me viene acompañando. Y Dios mío qué grito más desgarrador. ¡Cuánta hermosura en estas horas de este día, por estos campos tan hondos y para un pobre como yo y con tantísima soledad asfixiándole!

Si se me permitiera encontrara las palabras que expresaran con exactitud el momento y la emoción estoy seguro que transmitiría a la Humanidad lo más sublime que nunca la Humanidad conoció. Porque así lo es, en verdad pero como soy tan pobre y tengo tan poco en mis manos me quemo una vez más y me muero sin poder decir cómo son las cosas y lo que siento. Y son dolorosas, tristes, amargas y dulces a la vez. Y de nuevo me pregunto y pregunto: ¿Es que tú, Dios mío, eres tristeza o es que me está enseñando que el único camino par ir de verdad a ti es la tristeza? ¿Es la tristeza la única fuerza que consigue que el corazón se meta en sí mismo, se funda con la sangre y carne que tiene y ya se encuentre contigo, única gota de vida real en todo el Universo? ¿Tú eres tristeza, Dios, o qué eres? Y lo pregunto porque ahora estoy

descubriendo que cuanto más grande es la tristeza que me arranca la vida parece que más me acerco a ti y más te encuentro. Como si no existiera ningún otro camino para el abrazo definitivo contigo.

Aquí vuelco ahora para el barranco que antes te decía. El que nace en la misma Cumbre y baja señorial por entre espesos pinares y empinadas laderas. Son cerradas las curvas y se suceden una detrás de otra. Es muy estrecha la carretera, los pinares se tupen, el monte lo mismo, con su romero y muchas matas de espliego y mejorana y algunos álamos. No te digo el nombre de este punto concreto porque lo conoces perfectamente. Por la izquierda es por donde ahora me empieza a quedar el barranco. El grandioso barranco por donde las aldeas fueron varias y sólo una, con cuatro casas, existe todavía. Repito que por aquí has bajado y has subido muchas veces y todavía seguirás haciéndolo quizá a lo largo de todos los años de tu vida. ¿Cuánto serán?

Si todo transcurre normal, tus años de vida serán muchos. Yo me moriré mucho antes que tú, si todo va según lo que la Humanidad llama normalidad. Y cuando llegue ese día o esos días ¿Aun tendrá valor y será algo lo que ahora mismo estoy sintiendo y sueño en ti? Me asusta el tiempo por lo mucho que se come y las muchas heridas que cura. Y lo digo porque una herida como la mía, con este dolor concreto nacido de un amor distinto por completo, parece que debería quedar para siempre. Quisiera que se quedara para siempre y sirviera de algo para otras generaciones. Me gustaría que fuera así ya que no le he servido para nada a la sociedad y personas de mi tiempo. Con las que me ha tocado vivir esclavizado y condenado. Si mi dolor al menos sir viera para algo en el futuro me alegraría.

Ahora mismo algo me dice que el trozo que en estos momentos recorro es lo más importante de cuanto en este día voy a vivir. Quizá lo más importante en esta ruta irreal, loca y extraña que esta tarde estoy trazando por las tierras que te

pertenecen. Y quizá no sólo sea importante en el día y en el tiempo sino en la región de la eternidad que tanto necesito para mantenerme con vida. No sé por qué es lo más importante pero algo me dice que a partir de aquí ya empiezo a penetrar en el corazón mismo de lo que mi corazón busca con tanta urgencia. Y parece como si ahí estuviera el final cuando el realidad la razón me dice que es el comienzo de todo lo que sueño y anhelo.

Ahora comienzo a oler a espliego y lo veo. Por estos parajes crece en gran cantidad. Al borde mismo de la carretera que recorro y por todas las laderas que me van quedando a ambos lados. Un día cogí de por aquí unos tallos de espliego florecido y te las llevé. Por donde te abrazan los días y el viento no crece esta planta. Aquello son paisajes de alta montaña y aunque sí crecen otras muchas y hermosísimas plantas el espliego, no. No sé si algún día más volveré coger espliego de por aquí. ¿Qué día será ese y adónde lo llevaré? En mis pensamientos y alma no hay nada más que incertidumbres y desnudez sin ni siquiera un rayo de esperanza.

Llego al arroyo donde corre el chorrillo de agua limpia. La fuente tan irreal como yo porque se trajeron el agua desde su manantial natural por un negro tubo de plástico y para que cayeran en tornajo de madera le pusieron un tronco de pino y ahí engancharon el tubo de plástico. Pero aun así esta fuente es importante en toda la experiencia que esta tarde estoy viviendo. Es importante la fuente, el rincón con sus espesos pinares y sombras, las runas de la casa por la izquierda, el perfume que mana de las plantas del espliego, el viento que por aquí se mueve y el silencio contenido en los espacios.

Una tarde, no hace mucho, pasaste por aquí con tu amiga y bebiste agua en este chorrillo domesticado. ¿Lo recuerdas? ¿Lo recordarás alguna vez más a lo largo de tus días? Te hiciste una foto y ahí estás: con tu sonrisa en los labios, con las manos llenas de agua, con tu cabeza doblada para el lado el chorrillo y con el verde de los pinos y el gris de

las rocas abrazándote. ¿Te acuerdas? Fue no hace mucho y ya parece que han pasado siglos. Durante un rato jugaste por entre los troncos de los pinos y tus amigos te hicieron más fotos. Fue breve aquel momento pero tan fantástico y bello que en mi alma está como perla que pertenece a lo eterno. Así es como vivo: siempre de ausencias y de bellezas fugaces que se clavaron hondo pero que ni siquiera pude tocar. Así es como vivo y por eso es tan distinto y agudo este dolor mío.

Frente a este para mí bellísimo rincón y por la izquierda queda la gran roca rubia y bajo ella el blanco y delicado pueblecito llamado Capellanía. Creo que nunca estuviste por ahí pero yo sí y por eso lo conozco y lo amo. Las cuatro personas que viven en ese sencillo y soleado pueblo una vez al año celebran unan fiesta. Hacen algo de romería y torean algunas vaquillas y es en este rincón del chorrillo y las ruinas de la casa donde la celebran. Se vienen a este rincón y por aquí montan algunos chiringuitos y celebran la fiesta. ¿Viniste alguna vez a esta fiesta? Creo que no pero sí sé que tienes noticias de ella.

¡Qué tarde más grandiosa, Dios mío fue aquella tarde! Y aunque fue tan breve, tan casi segundos, con que fuerza y vida se me quedó clavada en el alma y el corazón. Es lo que me pasó siempre: aquello que más perseguía y amaba, se me convirtió en brevedad y fugaz. Lo de la tarde de tu presencia bebiendo en este blanco chorro de agua se me quedó gravado y creo que trasciende a todas las demás imágenes y vivencias de mis días. Todos los demás días, mañanas y noches que por aquí viví quedaron y quedan eclipsados y desvanecido por la luz de aquella tarde. ¡Qué locura la mía, trazando esta ruta por aquí hoy, a estas horas del día, tan solo y herido y tan lejos del mundo que en realidad piso!

Avanzo en la soledad total, ignorado por todos y todo y por eso nadie sabe ni dónde estoy ahora mismo ni hacia dónde voy. Creo que hasta los paisajes que voy atravesando me miran extrañados:

- Te conocemos. ¿Qué te pasa y adónde vas hoy?
Me preguntan desde su silencio.
- Llevo un dolor en mi alma y busco algo que me lo calme. Quizá donde poder depositarlo y quedarme a su lado para morir con él.
- Estás loco. No eres el mismo que por aquí pasaste a lo largo de tanto tiempo. Casi no te conocemos. ¿Qué te pasa? ¿De quién o qué huyes y qué o a quién buscas? ¡Qué locura la tuya!
- ¿Quién permite o quiere que sienta y viva lo que ahora mismo llevo conmigo?

Intento sacudirme no sé qué y otra vez vuelvo a cantar. Sin querer ni saber qué vuelvo a cantar. Como si pretendiera huir de mí mismo o calmarme con lo único que tengo: dolor. La música me sale y sólo son unas cuantas notas sin armonía ni ritmo. Intento abrir una puerta hacia la necesidad que me urge. Intento abrirla con la llave de esta oscura y amarga melodía, única y extraña bajo el sol. Pero ¿qué puerta es? ¿Hacia dónde y qué pretendo encontrar tras esa puerta?

Se abre el cielo por la loma que he venido recorriendo y destacan los pueblos blancos. Sin embargo, por aquí queda oscuro. Hay muchos cuervos que de vez en cuando levantan vuelo y graznan. Me encuentro con higueras que ya tienen sus frutos bastante gordos. Las conozco y me conocen. Crecen por donde en otros tiempos hubo huertos y ahora se las comen las zarzas y la soledad. Ahora se han asilvestrado y, dejadas de la mano de los hombres, crecen y dan sus frutos a su aire. Hay rocas que por la izquierda van coronando y parecen como si quisieran construir la más misteriosa, hermosa o extraña de todas las montañas. A partir de donde terminan estas rocas ya es el cielo. Las conoces y te conocen porque siempre que pasas por aquí te ven y las ves.

Quisiera que ahora mismo me dijeran algo de ti. Que me hablaran y me transmitieran un mensaje ilusionante. Y hay mucho verde. Pinos verdes que me miran, vegetación de enebros, zarzas, romeros, espliego. Ya la carretera se mete por

el barranco que baja desde la Cumbre y asciende buscando el mejor paso. Sin querer mis ojos se van hacia la imagen que aquí delante he puesto para ir viéndote. Y no sé ni lo que siento cada vez que mis ojos se clavan en este cuadro. No lo sé. Ciertamente que debo estar loco. Quisiera y no sé diferenciarte de los paisajes que voy recorriendo y el viento y el aroma que me va regalando el bosque. Lo que mi corazón siente, las melodías que mis oídos están percibiendo y esta locura mía. ¿Cómo puedo diferenciarte, concebirte o asociarte a estas cosas o sentimientos? ¿Dónde empiezas y acabas tú, el dolor que me quema, yo y mi soledad, los paisajes que recorro y el fino latir de Dios? ¿Dónde acaba una realidad y empieza la otra o por qué son cosas distintas cuando tanto me dice que todo es un sólo universo?

Por momentos quisiera pararme y no seguir avanzando. Desde la razón no tiene sentido esta ruta mía. Desde el corazón es una locura que salta por alto a todo lo que es materia bajo el sol. No quisiera seguir más porque ¿para qué seguir y a dónde voy? ¿Para qué necesito seguir en busca de lo que busco? No lo encontraré y en caso de que sí lo encontrara no me serviría para nada. No solucionaría la necesidad que me urge. Por momentos quisiera pararme y volverme para atrás. Pero no lo hago. Avanzo quizá con más prisa. Como si algo, como si alguien, como si Dios mismo o mi propio destino me empujara a seguir. Es necesario que sea el fin de algo. Así lo experimento.

Aurora clara ¿Qué quieres que te diga cuando ya lo he dicho todo? Pues que voy subiendo por la carretera que lleva a la Cumbre de tu sierra. Que te voy sintiendo ahora, ayer, ante de ayer y aquel invierno de la nieve y eres silencio y lejanía. Aquel día de la nieve, cuando ya regresaba de la Cumbre, dejándote por tu paraíso, me fui quedando por entre las ramas de estos pinos, los copos blancos que iban cubriendo el paisaje y la oscuridad de la noche que caía. Me fui quedando por aquí y en todos esos elementos y, desde entonces y otras veces de antes, por aquí estoy. Como si al estar más fundido y con los

paisajes que te pertenecen me ayudara a sentirme más cerca de ti. Aquel día de la nieve con la noche que se cerraba, cuando lo estaba viendo, me parecía el último y sin embargo no lo fue. Han pasado ya varios años y ahora me encuentro en esto otro día, tan distante y tan diferente.

Unas de las voces de la melodía que suena, parece como si se hubiera desligado de las demás voces y de pronto, a su aire, por su mundo y a su manera, ha lanzado un grito nuevo, distinto, extraño. Un grito que se me ha clavado en el corazón y me ha arrancado otro grito. El que es mío y me pertenece porque en él van los ríos de mi dolor. Ambos se han unido y de ellos ahora sale otro grito, más nuevo, distinto y extraño aun que dice: “Aquí está. No sigas más. Ya es el final pero sigue porque todavía queda”. Algo a gritado no sé qué y un estremecimiento me sacude.

Por la izquierda me roza con un arroyuelo que cae por su cascada. La conozco desde hace muchos años. Casi todos los inviernos se hielan y por eso, cuando en aquella ocasión pasé por aquí, me la encontré tan bella. Le hice unas fotos que salieron muy hermosas. Ahora me digo que quizá ya nunca sirvan para nada estas bellas fotos. Como tantas otras cosas que fui consiguiendo a lo largo de mis días, duermen en su silencio cerca de donde duermo y ni siquiera sé si algún día servirán para algo. Quizá nunca sirvan para nada a pesar del amor y el esfuerzo que he puesto en esto y en aquello.

Has pasado por aquí muchas veces. Y me parece que ni solo una te fíjate en esta redondica y bella cascada. Lo encuentro norma y por eso no lo digo como queja. Encuentro normal que para ti pasen muy inadvertida montones de cosas y detalles por estos paisajes y montañas. Son los escenarios por donde continuamente te mueves y existes y por eso no los ves tan hermosos como sí lo ven mis ojos. Es la condición del ser humano. Nunca uno percibe ni la belleza ni otros matices en aquellas cosas o personas que rozada a diario. Lo de fuera, lo

que está lejos, lo inalcanzable es lo que siempre uno cree es importante, bueno y bello.

El arroyuelo que viene por este lado izquierdo y baja desde la cumbre, desciende por una sencilla cañada que tiene mucha hierba. Son hermosos estos parajes. Te lo digo en serio: son muy hermosos estos parajes y también te digo que los tengo pisados por casi todos sus rincones, sendas y rocas. Junto a la carretera encuentro troncos de pinos amontonados. Los han cortado no hace mucho y los han ido apilando junto a la carretera para cargarlos en caminos y llevárselos. Son los pinos que crecen por tus sierras. Los hermosos y recios pinos de las sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y las Villas.

En la vieja aldea, toda pura ruina, que me va quedando por la izquierda junto al arroyo de los huertos, el hormiguero y las zarzas, estuve a lo largo de muchas tardes. Estuve buscando lo mismo que busco en estos momentos y creo que tendré que seguir buscando hasta el último día de mi vida. En aquellas tarde de las cuales ni sabes, también estaba solo. También me dolía el alma y el corazón como en estos momentos y estaba solo. Terriblemente solo y poseído de una extraña melancolía. A partir de aquellas tardes corrieron los días, los meses, los años y aquí estoy siendo el mismo que en aquel momento. Terrible y más lo será según intuyo y me tienen anunciado. Terrible y amargamente triste para una vida humana.

Te lo repito otra vez: me equivoqué de camino, de lugar, de estancia, de rincón y de compañeros. Me equivoqué y por eso todo en mí chirría y llora queriendo escapar de la cárcel que no puedo amar. Según va pasando el tiempo descubro más y más que me equivoqué de camino. No escogí o no me ayudaron a escoger lo correcto y como empecé a caminar, sin querer voy recorriendo el camino que no me pertenece. Ni el camino ni los compañeros ni la casa ni nada de lo que por mi camino voy encontrando. Nada me pertenece ni mi corazón lo

quiere y por eso sufro lo que sufro. Unos y otros me dan voces cuando menos lo espero y es porque no hago lo que ellos quisieran. Sé que no hago las cosas tal como ellos lo quisiera pero también sé que no puedo hacerlas porque las cosas que me piden no son las que mi corazón anhela porque le pertenece. Lo siento de veras y lloro desconsoladamente sabiendo que soy un intruso porque me he colado donde no debí nunca colarme. Lo siento de veras y pido perdón. Que Dios me perdone y perdone a los que me hostigan sin comprender mi tragedia.

En las la ruinas de la pequeña aldea que me va quedando por la derecha estuve en aquellas tardes. Saltando por las rotas paredes, entrando por los huecos de las ventanas, asomándome al viejo horno donde cocieron el pan y luego me senté a la sombra de las encinas que ahí crecen. ¿Qué buscaba y por qué no lo encontré? Recuerdo que en aquella tarde, desde el hondo silencio de estas hermosas sierras tuyas y arropado por el intenso azul del cielo, recé. Recé desde mi soledad y lloré desconsoladamente. Pedí al cielo con todas las fuerzas de mi corazón que me abrazara y me fundiera al viento que pasaba para quedarme allí de una vez y para siempre. Pedí al cielo su abrazo porque como esta tarde lo necesitaba. Me dolía la vida, las horas, la luz del sol, la soledad, mi pobreza y el desajuste de mi vida. Pero en aquellas tardes, como en estas y quizá en las que sigue, el cielo no me premió con le que le pedía y tuve que seguir.

Tengo que seguir sin querer y sabiendo que haré daño a todos los que me vaya encontrando por el camino. Les haré daño porque no soy de su raza y por eso ni los comprendo ni me pueden comprender. Fíjate qué tremendo es lo que te estoy diciendo: que me siento un ser por completo distinto a lo que son ellos. Tal como lo digo lo siento y por eso me son tan difíciles las cosas y no pueden entenderme ni ellos ni otros ni nadie. ¿Cómo me van a entender? ¿Cómo puedo comportarme del modo que a ellos le agrade? ¿Cómo puedo hacer lo que a ellos les gusta sino es lo que yo necesito? ¿Cómo puedo ser

feliz y persona estando inmerso en realidad tan extrañamente desconcertante? Y sin embargo una vez y otra pido perdón. Tengo que pedí perdón porque si ellos creen de veras que lo suyo es bueno se salvarán porque Dios así lo quiere. Pido perdón porque Dios no es culpable de la tragedia que en mi vida estoy viviendo.

Un poco más arriba de las ruinas de esta aldea, hace unas tardes también estuve sentado. A la sombra de los pinos, frente al viento fresco y puro que subía desde el valle del pantano y estaba solo. Me comí un bocadillo, bebí un trago de agua mientras lloraba y rezaba sintiendo la quemazón de la soledad y amargura royéndome las entrañas. Miré al cielo y pedí con todas las fuerzas de mi alma la ayuda divina. La pedía y te busqué a ti para que me dieras un el punto de apoyo que necesitaba. Ni una cosa ni otra se me hizo realidad y tuve que seguir sin saber adónde iba ni para qué. Igual que ahora mismo. Igual que será dentro de un año en aquel rincón al que me destierran y que tan amargamente intuyo ahora. ¿Qué haré en aquella cárcel y lejanía con mucha más privación aun de lo que ahora mismo tengo y he tenido en los años pasados? ¡Dios del cielo y hermana qué terrible pasión estoy soportando!

Ya por aquí los pinos son de la especie laricios, blancos, rectos, altos. La hierba aun está verde porque por este arroyo el sol del verano no seca del todo a los campos. Hay mucha humedad y como el bosque se espesa también hay mucha sombra. Una gran curva se abre para la derecha porque la carretera tiene que cruzar el arroyo. Algo más arriba hay otras y enseguida el espacio de la alta cumbre. La que bien conoces de tantas y tantas veces como por aquí has pasado. ¿Te acuerdas aquel día de la nieve? ¡Qué tarde más misteriosamente bella, repleta de nieve, viento, frío, niebla y la oscuridad de la noche que empezaba a caer! Qué tarde aquella y como se me quedó clavada en el alma. Ojalá aquella tarde se me hubiera acabado la vida. Ojalá aquel día Dios me hubiera llevado con él. Así me habría evitado pasar por el trance que ahora paso y por los que presiento. Aquel día, con su niebla, su

nieve, su frío, el viento y la espesura de los pinos resultaba un hermoso día para un final total en esta tierra. Si hubiera sido así ahora no tendría que escribir estas páginas para contar las penas y angustias de mi alma.

Si Dios me está permitiendo que recoja las impresiones, el gusto, el dolor y todo lo que por aquí hoy voy viviendo y sintiendo ¿por qué me arranca de este modo y tan dolorosamente? De la manera que pueda lo voy a recoger y escribir en un papel. Luego te lo voy a regalar aunque no sé si algún día lo leerás. Quisiera creer que no te comportas conmigo como sí lo hacen otros. Esto quiero creer y no sé hasta dónde acierto o que equivoco. Pero quizá como otros, pienses que ni siquiera tiene valor esto que digo y dejo escrito. Pero al lo mejor, cuando alguna tarde pases por aquí o alguna mañana o algún día cualquiera, a lo mejor alguna de las veces que pases por aquí me recuerdes y piense que hoy paso yo y voy muriéndome a chorros mientras escribo esto pensando en ti. Ningún valor tiene si lo ponemos al lado de otras muchas cosas que tienen entre manos tantos y tantos en este planeta tierra pero yo no tengo más consuelo y fortuna que el pequeño gozo que me da contar lo que estoy contando. Lo es todo para mí y no tengo más. Por eso lo considero tan importante.

Quizá recuerdes que fue el último día que viene por aquí. La última tarde que recorrí los amados caminos que pierdo para siempre mientras te recordaba y lloraba mi dolorosa marcha. Voy uniendo a mi vida y a los latidos de mi corazón estos limpios paisajes que tan amablemente me besan y abrazan. No dejo de estar unido a Dios. Pero también voy pensando que ahora cuando termine de coronar a la cumbre, cuando llegue ahí ¿qué voy a hacer? Todavía me queda un buen trecho hasta el bonito rincón de tu valle, donde se refugian los tuyos, corre el río diamantino, retozan los borregos y tienes tus juegos y sueños desparramados. Todavía antes de llegar al dulce rincón que te regaló cuna cuando naciste tendré que recorrer toda la cumbre. Varios kilómetros por las crestas más elevadas y donde los vientos soplan siempre frescos y

limpios y los pinos se afanan en un concierto sin igual. Pero cuando acaba de remontar a las partes más altas de esta cumbre ¿Qué voy a hacer?

¿Adónde voy a ir? ¿En qué me voy a convertir? ¿Qué voy a llorar? ¿Qué voy a decir? ¿Qué voy a esperar o qué voy a soñar? Y lo digo porque parece que lo que gusto, experimento y digo en cada momento es como lo último. Lo máximo que ya soy capaz de expresar y sentir. Al otro lado de la palabra y dolor que justo ahora mismo estoy pronunciando y sintiendo ya no hay más. La totalidad está concentrada y se acaba en lo que en este preciso instante siento y digo. Por eso, cuando termine de coronar a la Cumbre que tanto te conoce ¿adónde voy a ir o qué voy a decir?

Según remonto el aire me roza y es más fresco. El aroma son las aromas de tus sierras, el paisaje es el mismo, el de siempre, el que llevo en mi alma desde hace tantos años y el que voy a perder en cuento se acabe esta tarde. Por aquí crecen los pequeños cardos azules que tanto me fascinaron desde la primera vez que los vi. Los conoces pero para ti no tienen importancia porque es lo que a cada paso encuentras por estas sierras desde que naciste. Aunque son simples cardos y abundan muchos por todas estas sierras, cada vez que los veo me fascinan. Me llenan de asombro y me arrancan un sentimiento de amor y respeto por todo lo que en tus sierras existe y por el creador de tanta belleza.

Se me cruzan algunos coches de vez en cuando y al verlos me digo: ¿Adónde vais vosotros por aquí? Si estos rincones no os pertenecen. Si sois extraños a todos estos paisajes. Si esta carretera, este paisaje, este viento, estas aromas y la luz que mana desde el azul cielo están atravesadas de Dios y hoy, a estas horas de la tarde, sólo me pertenecen a mí. Sólo yo las estoy llorando, sólo yo las he recorrido, sólo yo las penetro, las quiero y las abrazo y las tengo vida en mi propia sangre. Las tengo puestas en un altar y por eso ellos me pertenecen de una forma especial. Como si

estuvieran esperando a que Dios dijera: “Aquí estoy”. A lo que yo respondería: “Pues aquí está Señor, todo lo que me regalaste y en el centro estoy yo. Más en el centro estás donde espero encontrar el sueño que fui persiguiendo a lo largo de mis dolorosos años de vida. Me enseñaste el camino y permitiste que lo recorriera para que supiera de ti de una forma especia y al margen de la gran cultura y cosas del resto de seres humanos. Aquí estás tú y aquí estoy yo.

Pero de vez en cuando se me cruzan otros coches, los que ya sabes, los que son de los pastores que siempre poblaron estas sierras y huelen a pastores, a carneros, a lana de oveja sudada, a borregos que retozan, a cagarrutas de ovejas amasadas, a hierba rumiada por las ovejas y a noches de nieve, tiento, frío y dolor. Y estos coches sí que me son conocidos. Estos sí que no me son extraños. Estos sí que hacen que mi corazón sienta como si un vuelco, como si un pellizco le retorciera para que rezume la vida.

Voy llegando a la Cumbre. La música no ha dejado de sonar en todo momento. Han sido fugas, tocatas y otros movimientos. Ahora que corono se quiebra en un adagio lento, lento. No es el mismo de antes. Es otro adagio con otra melodía, belleza y dolor. Aquí la carretera se cruza y un ramal se va derecho a tu rincón. Se desliza loma adelante y esta loma es muy distinta a la de los olivos que también voy a perder dentro de unos días. Ésta está llena de pinares, de rocas blancas, de rodales de hierba fresca en primavera y de nieve inmaculada en invierno. Con mucha hierba tapizando casi todo el año y con un perfume que yo diría es rocío del cielo. ¡Qué gozo si ahora, en este preciso momento fuera el fin de mi vida!

Con la carretera giro para la derecha y ya voy dirección al sol de la tarde que es la misma dirección que me lleva a tu primoroso valle. Recuerdo por estos incomparables paisajes con aquel sueño tuyo que fue tan bello. Con aquel otro y mil más que siempre me dejaron en el alma un hondo sabor a

eternidad. Cuando eras niña, cuando ya fuiste más grande, ahora que te hacer mayor a ritmo agigantado y en mil momentos más que ni siquiera conoces. Es como si pretendiera abrir el tiempo y estrujarlo junto con mi me memoria para que rezumara todo lo que de ti y de mí ahí hay empapado. Eso es lo que quisiera para así ahogarme y morir en lo que de verdad amo y de ningún modo tengo conmigo.

Lo repito: cuando mañana, dentro de un mes, el año que viene y en los siguientes, cuando pases por aquí, recuérdame. Tu mente y tu corazón estarán ocupados en otras cosas y personas pero recuérdame en esta tarde tan triste. Creer que así lo harás me ayuda a soportar la amargura que en la tarde voy viviendo. Los pinos son rectos, largos, hermosísimos y están quietos. Como parados en el viento y el tiempo porque no hace viento hoy. Sí un poco de frío a pesar de ser mes de agosto. Por aquí siempre hace fresco y en el invierno mucho más. Es por donde más nieve cae y las nieblas se espesan hasta cerrarse como en una noche eterna. Mil veces no pude pasar por aquí por la cantidad de nieve que se acumula en la carretera. La última vez fue este invierno. Próximo a la Navidad quise llegar hasta donde tu pequeño y hermoso valle, por donde el río diamantino, y al llegar a los cuatro pinos, me tuve que volver. Por donde se aparta el carril de tierra que lleva a la aldea de Cabeza Gorda. La nieve se había acumulado, la niebla se había espesado y el viento soplaba con tanta fuerza que era una locura seguir. Me volví y lo sentí mucho porque iba a visitar a los tuyos y a otros amigos pastores. No puede llegar y me volví.

Ya no estoy lejos de tu rincón. A partir de este punto todo es recorrer la cumbre en el sentido contrario hacia el sol de la tarde. Hacia donde está la playa de finísima arena con la casa de ladrillos. Esta cumbre es como un barcón a muchos rincones de las grandiosas sierras que tanto amo y por eso me duelen tanto. Al pasar por aquí nunca caíste en la cuenta ni de esto ni de otras muchas cosas. Así es este mundo y así es la condición humana: lo que se tiene cerca y se ve todos los días

muchas veces casi no se valor y aquello que se pierde y no se puede conseguir siempre se desea con mucha fuerza. Creo que la belleza, la verdadera belleza, la que únicamente se paladea bien con el paladar del alma, se aprecia mejor cuando ni se tiene cerca ni se puede conseguir.

Tenía que decirte muchas cosas. Millones de cosas que ahora bullen en la sangre de mi corazón y quisiera que se quedaran escritas para siempre. Tenía que decirte muchas cosas y todas tan hermosas como lo son estas sierras nuestras. Pero se va consumiendo la tarde y la distancia y no me sale nada más que llanto y soledad. Pienso que un día, no sé cuándo ni de qué modo, algunas personas leerán estas letras y con mi dolor se emocionen y pregunten por ti. Hasta puede que les guste conocerte y hablarte. Pienso que esto pudiera pasar algún día pero de todos modos, aunque fuera así ahora no me sirve de nada. Lo único que me consolaría sería tu presencia y la noticia que me confirmara mi presencia eterna por estas tierras.

La carretera por esta cumbre es un barcón a las sierras de las Villas, al valle del Guadalquivir, al pantano del Tranco y a las cumbres de las Banderillas y otros montes. Para el lado de la mañana también es barcón a las sierras de Segura y a las que se pierden para Murcia y Albacete. La carretera por esta cumbre es un gran barcón a casi toda la sierra de este hermosísimo parque natural. Es un barcón y al mismo tiempo es una cresta donde nacen varios ríos. Los que vierten para Andalucía y los que vierten para Murcia y otras regiones. ¿Por qué privilegio especial viniste a nacer justo a la fuente primera del río más cristalino de la Tierra?

Sigue sonando la música y tanto me emociona que en más de un momento me vengo diciendo que un día, me podré y para ti y en recuerdo a las sierras que voy a perder, escribiré y tocaré músicas hermosas. Músicas distintas que nunca nadie ha escuchado bajo el sol porque serán para ti y para las sierras que tanto amo. Y hasta he pensado que si un día alguien

quisiera hacer algo por mí le pediría que cuando me muera me traigan a estas sierras y en ellas esparzan las cenizas de mis carnes y huesos. Y que cuando sea este momento, que suene la música que voy a dejar escrita y grabada como recuerdo y testimonio del dolor que tuve que beber en mis días de vida. Si algún día alguien quisiera hacer algo por mí, ahora mismo y desde aquí, le pido que haga esto. Es mi último sueño, mi última voluntad ya que otra cosa ni tuve ni me dieron nunca en los días de mi vida mortal.

Para donde el sol y las estrellas es para donde siempre mi corazón quiso ir. Y desde que te conozco es contigo y por esos caminos por donde mi alma busca libertad. La música que ahora mismo suena me sugiere estos caminos y hasta me los representa. Por ahí no es por donde estar el Dios que amo pero el corazón intuye que deben encontrarse las puertas que dan paso a la presencia de Dios. La cumbre que ahora mismo recorro hacia tu rincón de paz además de barcón a gran parte de estas sierras también parece como si ya fuera el último trozo del camino que se debe recorrer para llegar a las puertas que antes decía.

Las nubes ahora se han abierto. Por el horizonte, allá en la loma de los pueblos blancos y los olivares, el cielo se muestra azul. Hay una barra larga de nubes blancas y luego otra barra larga de nubes más negras y espesas. Por encima otras nubes semejan a mares de montañas que flotan en el vacío. Son las hermosísimas nubes que siempre se dan por estas sierras. Hasta en esto son especiales las sierras. Parece que quiere llover pero no lloverá. Algo ya conozco los fenómenos del tiempo y de la naturaleza por estos montes. Y vuelvo a decirte que cuando ahora llegue a tu rincón, a las tres y algo de la tarde ¿qué voy a hacer? ¿Adónde voy a ir? ¿Qué voy a decir? No estás y aunque sí tu casa y los tuyos hoy no me consuela sino tu presencia porque me pones con el Dios que en estos momentos necesito.

No quiero saludar a nadie. Tampoco conozco a mucha gente por aquí. Sólo a unos cuantos pastores y nada más. Siempre me pasó lo mismo: no fui capaz nunca de hacerme amigo de muchas personas. Sólo de algunas y ni siquiera sé por qué razón especial. Por eso son pocos los amigos que tengo bajo el sol. Los puedo contar con los dedos de la mano y me sobran dedos. Sin embargo sé que algunas personas de este rincón tuyo les gustaría saludarme y charlar conmigo un rato. Son personas buenas las que por este rincón tuyo hay y por eso se alegra cada vez que me ven. Pero hoy, especialmente hoy, no quiero hablar con nadie. No tengo ganas de saludar a nadie. Mi corazón está tan triste que ni siquiera la presencia de personas buenas pueden apartarlo de su dolor de muerte. Pero cuando termine de llegar a tu rincón, ya estaré y desde ahí tendré que escaparme para algún sitio o rincón de estas sierras.

Es como si buscara el rincón especial, la cumbre concreta, la pradera, el viento, el silencio, la hierba, las rocas, la fuente y hasta el rayo de sol exacto para el momento justo. Ahí sí quiero pararme y quedarme en todo lo que soy y con todo lo que en estos momentos me grita desde dentro. ¡Qué bonitas son las vistas que desde esta cumbre se abren hacia la honda sierra o hacia la parte de la sierra por donde más te concentras! Es ahí donde sí quiero quedarme. Son barrancos inmensos repletos de pinares, laderas por donde se ve la tierra a veces roja, a veces gris y otras veces casi blanca. Las crestas están coronadas también de rocas blancas por donde en invierno sólo hay nieve, el vuelo lento de algún buitre leonado, las nubes en los días nublados y también las hermosísimas nieblas que suben por los barrancos.

El primer collado donde aquella tarde te paraste en compañía de tu amiga y bebiste agua en los tornajos. Es el collado donde crece el poleo, los berros en el agua fría que brotan de la fuente, los juncos y los cardos azules. Aquella tarde cogiste uno de estos cardos azules y me lo regalaste. Desde aquí se ve el pantano. La grandiosa masa de agua azul

verdosa escurrida de estas sierras. Ahora en este collado sólo hay quietud, dulzura con sabor a tristeza, un poquito de hierba verde, las rocas blancas, los pinos laricios y el azul intenso del cielo arropando. La veredilla que recorriste va por entre los pinos y se asoma balcón que se abre hacia el hondísimo valle del pantano y el río Guadalquivir.

Se abren las nubes, sale un poco el sol y parece que quiere llover. Las nubes están como deshilachadas. Por esta cumbre la hierba ahora está seca, los pinos están torcidos en la dirección que siempre sopla el viento, revolotean algunos grajos negros, arrendajos y algún buitre leonado. Todo en soledad. En una dolorosa y honda soledad que aterra. La carretera se curva y ahora se me viene a la mente un pensamiento: cuando pase el tiempo y otra vez llegue el verano, dentro de un año por estas fechas, pasarás por esta misma carretera y ya vendrás conduciendo. Este año te estás preparando para sacarte el carné. Dentro de un año seguro que ya lo tienes y tienes coche y lo conduces y muchas más cosas. ¿Dónde estaré yo? Seguro que muy lejos de aquí, encerrado en la cárcel del rincón que no amaré y con el mismo dolor y pena que esta tarde me quema. Dentro de un año puede que las cosas sean más o menos como he dicho pero ¿tú? Dios mío y esta tortura sin fin.

La carretera se curva y me mira indiferente. Ajena a unos y a otros y sin embargo el corazón parece como si quisiera besarla porque sabe de ti y hasta es parte tuya. Te vuelvo a mirar en la imagen que traigo sobre el salpicadero del coche y qué hermosa. Como la imagen siempre es imagen se mantiene estética. Nunca me dice nada aunque siempre me habla de ti más de lo que yo quisiera. Pero mi pensamiento vuela. Como ayer, hace un mes y lo mismo que dentro de un año. ¿Qué soñarás, qué dolor tendrás hoy en tu cuerpo?

Aunque supieras que estoy aquí y supieras lo que estoy sintiendo nada podrías hacer. Todo te sería indiferente ¿cómo podrías penetrar al universo por donde yo ahora estoy

viviendo? Ni siquiera te lo pediría ni siquiera me atrevería a decirlo. Tu mundo es tu mundo y el mío es el mío. Aunque los dos nos lleven a Dios y a lo que soñamos hermoso y eterno.

Ahora la carretera vuelca hacia el lado del pantano. Por este lado y en lo hondo, sobre el costado de un pequeño cerro pelado, aparecen las ruinas de la aldea que también fue abandonada. Por entre los escombros de esta aldea también caminé muchas tardes. Con mi soledad, tristeza y esperanza a cuestas y con mi macuto sobre las espaldas lleno de ciruelas y otras frutas que cogí de los árboles que ahí se quedaron abandonados. Sobre todo ciruelas de las redondicas y verdes pero muy dulces cuando están maduras. Siempre que pasé por aquí me sentí atraído por las ruinas de esta hermosas aldea y nunca supe por qué. Por aquí cerca a la derecha de la carretera han montado ahora un secadero de jamones. Ni me interesa.

Sé que también cuando pasas por aquí te muestras indiferente a estas y a otras muchas cosas que a mí tanto me duelen. Sé que yo ahora vengo por aquí como recogiendo, como intentando libar la fina esencia de cuanto por aquí late para así no irme del todo ni dejar las cosas vacías de mí. De cualquier brizna de pasto, cualquier pino, roca, nube o bocanada de viento.

Ahora recuerdo que hace unas tardes pasaba por aquí en compañía de los tuyos y mi corazón era feliz como pocas veces lo ha sido. Ya en ese momento yo sabía que hoy no te tendría pero aun así era feliz. Tú, lo tuyos y las sierras que te dieron cuna ha sido lo único limpio y bello que de verdad me ha querido en este suelo. Ahora todo soy dolor. Tanto o más como en aquel momento era felicidad. En este momento tengo frente a mí el collado de la tierra blanca. El de los pinos enanos y tus pisadas en esta arenosa y descarnada tierra. Las nubes blancas coronan bellamente y el azul del cielo adorna delicadamente. No puedo separarte de ninguna de las cosas, valles, montañas y praderas que mis ojos van viendo.

La carretera continua y yo por ella avanzando sin una intención concreta. Me dejo llevar por lo que el corazón busca. Ya no sé qué más decir. Lo he dicho todo y he agotado todas las palabras y aun así tengo la sensación de no haber dicho nada. Es como si me estuviera muriendo de sed y a pesar de beber y beber siga muriendo de esta misma sed. En realidad sigo contigo, sigo con el Dios que amo, sigo con mi dolor y vengo por aquí buscando apagar la sed que me mata.

La música por tercera vez arranca de nuevo. Su armonía es dulce y grita con el mismo grito de hace unas horas. Aquí comienza el último trozo de carretera antes del bueno. El tramo nuevo que hicieron no hace mucho al pasar justo por la primera aldea que baña el dulce río diamantino. Este trozo es el estrecho y el de las curvas cerradas. Por donde van los pinares de troncos rectos y blancos y por donde vienen y van las ovejas cuando los pastores se ponen de “verea”. Y ahora parece que descifro algunas de las notas de la melodía mía y la que sale de la cinta que traigo puesta.

Ya dejo atrás los pinares. La carretera ahora se alarga durante un trecho por la loma. Y la loma qué hermosa ella en este momento y vista con los ojos con que hoy miro. El cielo azul se me abre a un lado y otro. Qué verde por aquí todavía la hierba. Hasta las amapolas están florecidas y parecen como si se hubieran abierto esta mañana mismo para recibirme y para que mis ojos las vea. Como si de parte de Dios estuvieran a punto de entregarme un mensaje. ¿Qué quieren decirme?

Ya no queda mucho para el rincón de tu nido, tu río, tu valle, tu paraíso, tu cielo y mi dolor. Ya aparece ante mí. Ya lo tengo en la retina de mis ojos. ¡Qué hermoso es tu valle! Al remontar la curva, por donde los cardos amarillos por la derecha y por la izquierda, se me presenta el hermoso valle del río diamantino. Coronando el valle el gran cerro que tantas veces te ha visto y el gran barranco por donde tantas veces fuiste con los carneros. Es por ahí por donde yo esta tarde

quiero irme. Es por ahí por donde se siente atraído el corazón. Hacia esos bosques de pinares espesos, esas llanuras grandiosas, esas soledades, ese azul del cielo y ese viento frío que abraza, de la muerte y la vida con el sabor tuyo y el beso de Dios. Pienso ahora que es mejor que no estés y tengo mis razones aunque sea más dolor para mi herida.

Arranca otra vez la gran fuga y es justo en el collado done por la derecha se aparta una carretera que lleva a dos o tres aldeas. Es por aquí por donde dicen quieren construir la nueva carretera para venir a tu valle y a los pueblos de esta sierra tuya. A partir de este punto la carretera es nueva. Casi una autopista. Ya lo necesitabais todos los que por aquí viví. Se abre otra vez el valle justo al coger el nuevo tramo de carretera. Al frente y al otro lado del río estoy viendo la gran cumbre hacia la que me dirijo. Es como si me llamara, como si me gritara y proclamara que por ahí estás. Estás en tus juegos, besando la hierba de las praderas, entretenida con el viento que pasa y siendo la delicia del Dios Creador de todas estas montañas.

Sigue sonando la melodía y ahora parece como si una mano, una hermosa y ancha mano desde la melodía se alargara y se tendiera hacia mí diciendo: “Ven. Quiero llevarte. La puerta está ahí y si no vienes se queda abierta esperando”. Ya he dicho que al fondo quedan las grandes cumbres, por la izquierda el hondo barranco o cañón por donde se aleja y pierde el río y por la derecha las pequeñas vegas donde los tuyos siembran tomates, pimientos y habichuelas. Por el lado de arriba se sube a la cañada por donde penetran en la sierra tus ovejas y los tuyos cuando acompañan al rebaño.

Antes de llegar al valle está la gran llanura. La que siempre sembraron de trigo, cebada, centeno y garbanzos. Por aquí se encajona el río y se apiñan las blancas casas de las aldeas. Por la llanura están los cardos con su delicada flor color oro, las tinadas, las veredas que trazan las ovejas, el olor de estos rebaños, sus excrementos. Aquí están las casas

amontonadas y en el más terrible de los silencios. Ya veo al río y la limpia corriente que baja por su cauce. La carretera que se curva otra vez para salvar el puntal de la gran roca del agujero. Las primeras casas del pueblo, los álamos, las tinadas bajo las paredes rocosas, el río, el viejo molino que conozco bien y ahora ya la carretera que se va río abajo por el surco que las aguas fueron abriendo. La música como que patina, como si quisiera seguir y algo se lo impidiera.

Las nogueras se amontonan entre las aguas del río y la carretera, las zarzas, los rosales silvestres, más álamos, las ruinas de otros molinos y por la izquierda la áspera cresta del monte solitario y gris. Pura roca y tierra blanca muy arañada por las aguas de las lluvias. Siguen arropando las nubes negras y hace frío. Aquí ya las casas del otro pueblo. El más grande de todos estos rincones. Ahora recuerdo aquel día que los tuyos nos invitaron a comer cordero criado por ti. No se me olvidará nunca aquel día y la escena en la mesa. No se me olvidará.

Voy atravesando el pueblo. Sólo coches aparcados, nadie por las calles y un remolque donde hay cuatro machos de cabras blancas. El puente famoso por lo antiguo y todo solitario. La carretera también. Salgo del pueblo, remonto la lomilla de las rocas blancas y enseguida la pequeña cañada. Por la derecha se aparta la carretera que lleva a tu rincón hermoso. Y ahora que llego quiero seguir y no quiero. Quedan sólo unos metros para el rincón de tu cuna pero no quiero llegar. Quiero quedarme en este primer barranco por donde estoy intuyendo que estás en la más pura esencia. Quiero quedarme por aquí y aunque no traigo mucha comida ni ropa apropiada para ir por el monte ni manta para dormir voy a echarme barranco arriba a ver si por ahí te encuentro. El cielo se ha abierto. Sólo una franja de nubes blancas por el lado de tu valle.

Por aquí hay algunos de los tuyos que han venido en forma de turistas. Por la carretera se pasean admirando el

paisaje. Mucho pasto, muchos manzanos, muchos huertos que ya nadie cultiva, tupidas zarzas y rosales silvestres. Hace unos días me dijiste que por aquí tienen los tuyos manzanos. Conozco la fruta de estos manzanos porque me la has regalado muchas veces. Los majuelos por aquí también se espesa y las retamas. La cañada se cierra, el cielo es azul y sale el sol y el viento es fresco. No quiero llegar a donde te acurrucas. Hoy no estás pero es tu rincón por derecho propio y por amor. Te miro en la imagen y te veo grandiosa y hermosa como el más bello de los sueños. ¡Qué momento este, Dios mío, qué momento!

¿Sigo, me quedo, me paro, hacia dónde voy? Nadie sabe que estoy por aquí. Ni tú ni los tuyos ni otros. Sólo Dios. Ni siquiera los tuyos y fíjate que voy a pararme a solo unos metros de tu rincón amado. A Dios le pido que en él me perdonen ellos pero no lo hago por despreciarlos o tenerlos en menos. Hay en mí otras razones. Es que ahora mismo a mi corazón le apetece otra cosa.

Antes de coronar al collado de tu tinada, donde guardas las ovejas y por donde luchas con tus borregos a tajo parejo con los tuyos me paro en el barranco de la izquierda. Dejo el coche, retiro tu imagen para que si alguien pasa no la vea y cargo con mi mochila casi vacía para remontar el barranco hacia las tierras que me llaman. Son las cuatro de la tarde cuando me paro en este arroyo. En estos momentos acaba de pasar por aquí un camión que viene desde tu valle y viene cargado de borregos. ¿Son los tuyos? Al pasar el aire se queda impregnado de olor a ovejas. Hoy ni siquiera me he traído gorra. Sale el sol y ahora caliente mucho.

Hoy y a estas horas debería estar en aquel rincón mío pequeño preparando las maletas porque me tengo que ir y sin embargo me he venido a tus montañas arrastrado por una extraña locura. Ya tomo el surco del arroyo y subo siguiendo la sendillas de las ovejas. Aquí hay muchos majoletos y estas tierras, con toda seguridad, fueron tierras de cultivos en

tiempos pasados. Poco sé yo de la historia de este hermoso rincón tuyo. Veo nogueras y muchos álamos. Remonto por el lado izquierdo del arroyo. El vientecillo al pasar mueve las ramas de los álamos y las hojas dejan escapar un hermoso siseo. No hace mucho aire pero los álamos son altos y muchos.

Recuerdo que un día pregunté:
- ¿Tú sabes lo que son las endrinas?
Y respondiste:
- ¡No lo voy a saber!
Y ahora compruebo tu respuesta. Por aquí me voy tropezando con muchos arbustos de endrinas. También con retama, majuelos, rosales silvestres y otras plantas. Este arroyo no es muy grande y por eso por estas fechas no tiene agua. Hoy no tiene agua. Me encuentro a la mejorana florecida. Según remonto el surco del arroyo se va cerrando. En algunos tramos la sendica que recorro se mete por el mismo surco del arroyo. Me paso al lado derecho y por aquí sí me encuentro buenas tierras de huertos.

Vuelvo a recordar todas esas veces que llevaste manzana, tomates, pimientos y patatas de estos huertos tuyos. Siempre me regalaste las sencillas cosas de tu tierra. Hasta setas de cardo, níscalos y espárragos. Me encuentro con cerezos, ciruelos y los manzanos que ya dije argados de manzanas todavía verdes. Por la sendica que piso sé que pasaron muchas personas desde los más lejanos tiempos. Me atrevo a preguntarles por las cosas y sueños que aquellas personas traían en sus corazones al pasar por aquí. Seguro que en nada se parecían aquellos sueños suyos con el que yo traigo esta tarde por aquí. Ellos no pasaron: estaban e iban y venían pero yo sí paso, porque soy extranjero y vengo en busca de un raro y misterioso sueño.

Aquí me cruzo con la acequia que viene desde el mismo nacimiento del río diamantino. Hoy no baja agua por ella. Trazaron esta acequia en tiempos muy remotos y para traer agua por ella y regar las tierras que ya he dicho fueron huertos.

La primera acequia que tiene este río cristalino porque la arrancaron de la mis fuente madre. Justo de ahí cogieron esta acequia y para que pudiera atravesar el collado por donde tu tiná le hicieron un túnel. La mina le llamáis vosotros. Y como la acequia viene justo mismo de la primera fuente el agua que por ella corre es tan pura como el viento de estas montañas. Por donde la acequia cruza el arroyo tiene su puentecico. Justo en este punto el bosque de álamos se espesa mucho. Hay con un ensanche y mucha sombra. Se nota que esto son sesteros de ovejas.

En aquellos tiempos las personas trazaban veredas y caminos para ir de una parte a otra de la gran sierra y siempre aprovechaban los surcos de los arroyos y los barrancos que originan estos arroyos. Bien que lo sé yo por lo recorrido que tengo tantas y tantas sendas en estos montes. Me tropiezo con una pared rocosa. Tengo que agarrarme a las rocas para remontar. Ahora compruebo que esta senda es de la de aquellos tiempos. Por aquí le hicieron una parata de piedras sin mezcla para sujetarla y que no se desmoronara en la pendiente.

El muro de un pequeño embalse. Es uno de los cientos de embalses menores que en tiempos pasados construyeron en muchos de los arroyos de estas sierras. La finalidad era sujetar un poco la corriente y con ella la erosión de las tierras. Este embalse que me encuentro por aquí ya no es útil para lo que fue construido. Se ha llenado de tierra, piedras y vegetación y ya no puede retener ni agua ni tierra ni nada pero el muro sigue aquí como testimonio de una época pasada.

Mientras avanzo se me escapan lamentos del alma. No tienen nombre ni se concretan en nada pero el de ahora me ha salido diciendo: “¡Ay Dios mío y este ser raro que pusiste dentro de mí! Por aquí voy equivocado como tantas veces pero voy buscando vida porque deseo no morir nunca aunque sí quiera morir ya a este mundo y a todo lo que en él estoy soportando”.

Me da el sol de la tarde en mi pelada cabeza. Se estrecha más el surco del arroyo. Hay aquí como unas cuevas por donde ya se ha cerrado mucho el arroyo. Bien tallada en la ladera ahora sube la vereda por el lado derecho. El muro de otro pantano y al mirar para atrás el gran surco del arroyo cada vez más estrecho. El cielo se ha quedado por completo sin nubes. Sólo una barra blanca de horizonte a horizonte. Los álamos verdes y espesos. Más para arriba más álamos verdes y espesos y cada vez el arroyo más cerrado. Este segundo muro de embalse tiene casi tres metros de ancho y por el lado de arriba también relleno de tierra y piedras.

Las retamas y los espinos se espesan según remonto. Otro muro más y este ya es el tercero. Por el lado de arriba de este embalse se abre una pequeña llanura con muchos álamos. Ahora el arroyo se divide a derecha y a izquierda. Opto por seguir el que me queda más recto según la dirección que llevo. Creo que es el que lleva a lo más alto de la montaña que ahora pretendo remontar. Llega la vereda a un punto donde el arroyo es pura roca. El azul del cielo es cada vez más intenso y limpio. Unas cabras por la ladera de la izquierda. Al verme se han quedado remontadas en sus rocas y me miran como extrañadas. Tiene su cencerro colgado en el cuello y al moverse tañe con un sonido monótono y dulce. ¿De qué pastor de estas sierras son estas cabras?

Por el cauce del arroyo me encuentro huesos de animales. Alguna oveja que se murió de vieja o se despeñó en los días de nieve y heladas. La cencerrilla de la cabra resuena a intervalos y no puedo resistir mirar para donde se encuentra. La veo remontada en su roca, casi perdida entre la vegetación de retamas, majuelos y pinos. Por algunos de los huecos que me deja el bosque veo el cielo. Su azul es intenso como el universo más puro. ¡Cuánta hermosura se concentra en estas sierras nuestras!

Ya parece que voy llegando al final del arroyo. Vuelvo a mirar para atrás y como colgado en la roca, entre el verde de los pinos y el azul del cielo, veo a la solitaria cabra que me mira. En el surco del cauce me encuentro unas cuantas pozas muy bonitas. Tan perfectas que parecen las hubieran hecho los mejores artistas humanos. Por lo hondo del arroyo mirando hacia la cumbre también aparece el cielo. Ya he remontado mucho. No estoy lejos de las praderas donde has venido muchas veces a darle pasto a tus rebaños. Un cuarto muro de embalse menor. Revolotean muchas mariposas.

Recuerdo unas palabras que leí el otro día. “El amor es pura fantasía”. Corrijo este pensamiento y digo que el amor es hacia Dios y no hacia ninguna otra criatura. Todo tiende hacia Dios aunque casi siempre crea lo contrario y de ningún modo lo comprenda. Las criaturas humanas y terrenales pueden despertar en el corazón este amor que sólo es a Dios. Me engaño cuando creo que mi corazón tiende con más fuerza hacia lo que pueden ver y tocar los ojos. No es hacia eso hacia donde experimentan la tensión y el amor sino hacia Dios.

Las chicharras no paran en su estridente y monótono canto. Por aquí el arroyo no tiene su fin aunque parezca que el cielo que veo anuncia la presencia de la cumbre. Por la derecha empiezo a ver rocas blancas que son señales de paisajes de elevados. Todo es un espeso bosque de pinares con muchas retamas. Por la izquierda empiezo a ver la figura de un gran cerro. Revolotean las nubes y varios buitres. Y cuando llevo casi dos horas subiendo por este arroyo me paro y me digo que ya no voy a seguir más.

Sigo sintiendo que estás aunque realmente ahora mismo estés lejos de estas sierras que tanto te aman y amas. Me pongo a comer un poco y me bebo un zumo. Corto un poco de chorizo y un poco de pan de ajo. Y cuando ya estoy comiendo siento los balidos y cencerros de tus ovejas. El rumor del aire al romperse en las acículas de los pinos es persistente, hondo y grava. Al pasar los aviones se les oyen con toda claridad. Se

oyen los vuelos de las mariposas y hasta los crujidos del pasto rompiéndose por el calor de los rayos del sol. Oigo el balar de los corderillos y también el de las madres llamándolos. Por ahí estás y ya sólo intuirte mi corazón se llena de fuerza, de vida, de gozo. Voy en tu busca amo la vida y quiero vivir eternamente. Quiero penetrar en el mismo corazón de Dios y ahí deseo encontrarte para que seas eterna, para que no mueras nunca.

Termino de comer mi sencilla comida y como hace calor y estoy cansado me dejo caer sobre las hojas secas de los pinos. Me siento bien en la profundidad de este desconocido barranco, en el centro del espeso bosque y en el corazón mismo de las hermosas sierras que te pertenecen y tanto amo. Como estoy cansado, me duele el alma y el corazón, me siento en la más terrible soledad y ahora sin la fuerza de tu presencia, me tumbo sobre las secas hojas de los pinos. En unos segundos me quedo dormido. No soy consciente de ello pero me quedo dormido y tengo un rarísimo y a la vez hermoso sueño".